

22093

R. FRAGUEIRO

LA NIÑA ARGENTINA

Serie Tercera

COLECCIÓN DE LECTURAS
PARA NIÑAS

La Niña Argentina

SERIE TERCERA

Lecturas enciclopédicas

en prosa y verso



Diálogos y Monólogos



Una Zarzuela y un Melodrama

Compiladas por

RAFAEL FRAGUEIRO



3ª Edición



CABAUT Y CIA, EDITORES

"LIBRERÍA DEL COLEGIO"

Alsina y Bolívar — BUENOS AIRES

LL
1915
FRA

A A
- 9
38



00023546

CABA EDITORES



Higiene Infantil, por el Doctor CARLOS S. COMETO.

Lecturas para niñas. Un tomo encartonado, con ilustraciones, cubierta en color.

Esta obra, escrita por disposición del Consejo General de Educación de la Provincia de Buenos Aires, y aprobada para lectura en las escuelas de la misma, contiene utilísimas enseñanzas sobre puericultura, para que las niñas puedan adquirir con facilidad valiosos conocimientos, poniéndolas en condiciones de llenar más tarde debidamente la sagrada misión de madres.

Dedícase en sus páginas especial cuidado a cuanto se refiere a la alimentación del niño, y medios de evitar alcance el elevado porcentaje a que actualmente llega la mortalidad infantil, debido al general desconocimiento de las más elementales reglas de la higiene.

“Librería del Colegio” :: Alsina y Bolívar :: Buenos Aires

LA NIÑA ARGENTINA

SERIE TERCERA

DEL MISMO AUTOR

La Niña Argentina.

SERIE PRIMERA. — Lecturas graduales, instructivas para niñas, artísticamente ilustradas. — *Un tomo encartonado.*

La Niña Argentina.

SERIE SEGUNDA. — Lecturas graduales, instructivas para niñas, artísticamente ilustradas. — *Un tomo encartonado.*

22093

DONACIÓN

La Niña Argentina

SERIE TERCERA

LECTURAS ENCICLOPÉDICAS EN PROSA Y VERSO
DIÁLOGOS Y MONÓLOGOS
UNA ZARZUELA Y UN MELODRAMA PARA NIÑAS

COMPILADAS POR

RAFAEL FRAGUEIRO

TERCERA EDICIÓN

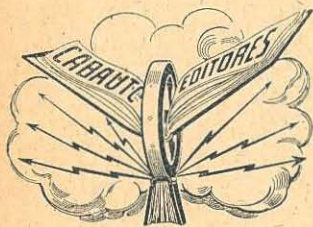


BUENOS AIRES

CABAUT y Cia. - Editores

"Librería del Colegio" — Alsina y Bolívar

1915



Hecho el depósito que marca la ley N° 7092.

LA NIÑA ARGENTINA

SERIE TERCERA

I.

Ramillete de la Joven.

LA PRIMAVERA.

Hija graciosa de la graciosa estación a la cual debe el nombre de primavera, esta sencilla flor, brota a las márgenes de los arroyos, esmalta con sus hojas de oro las verdes y frescas praderas; pero no es por ella misma, no es por el suyo sino por nuestro placer que, al hacerse ornato de la tierra, hace gala de su hermosura. Así pues, no por la vana satisfacción del amor propio es por lo que debemos hacer gala de los dones que de Dios hemos recibido, sino para su honra y gloria, para alegría y exaltación de su Iglesia. Jóvenes cristianas, la naturaleza, en la más risueña de sus estaciones, os ofrece sus lindas primaveras, y vosotras, en la más risueña de las edades,

ofreced al adorable Autor de vuestra existencia, las primaveras abiertas en el jardín de vuestro ser, es decir, los primeros pensamientos de vuestra alma, los primeros afectos de vuestro corazón.

EL LIRIO.

Así como la rosa es la reina, el lirio es el rey de las flores. Con justicia es el emblema de la virtud de las virtudes. Álzase sobre un tallo que parece elevarse al cielo, como si temiese que la tierra lo mancille, y su espléndida corola encanta la vista con su inmaculada pureza. Pero su fragilidad es tan grande como su hermosura. El paso de un insecto basta para empañar su brillo. De esta suerte hace ver al corazón puro que lleva su tesoro en un frágil vaso: le hace ver que, rodeado de seducciones, debe preservarse con sumo cuidado de todo contacto impuro, so pena de perder su hermosura al perder su candor.

Para conservar la pureza del alma preciso es cerrar el corazón a todo afecto sospechoso; fácil es impedir el paso a una pasión, pero muy dificultoso el arrojarla de él cuando ha logrado entrar.

EL PENSAMIENTO.

¿Qué flor, por la expresión de su mismo nombre, puede convenir mejor al alma cristiana, ora haya olvidado a Dios, ora le haya sido siempre fiel? Si ha

olvidado a Dios, el pensamiento se lo recordará, al recordarle todas las gracias recibidas, todos los beneficios que ponen de relieve ante sus ojos los beneficios que manifiestan las bondades de Dios para con él, y reclaman su reconocimiento. Si le ha sido fiel, esta flor le conviene muy particularmente; ella no puede despertar en un corazón sino recuerdos consoladores, será la ofrenda y el símbolo del reconocimiento y del amor.

La joven debe esforzarse por comprender más y más que en la piedad es en donde hallará valor para ser virtuosa.

EL RESEDÁ.

He aquí el modelo perfecto de la sencillez, de la modestia, de la humildad, de la dulzura y de cuantas cualidades convienen a la piedad verdadera. Amables cualidades que cautivan sin gran trabajo y, por decirlo así sin mostrarse. Su hoja es común, su altura la de una mazorca pequeña; la exigüedad de su flor es tal que sólo juntándose a sus hermanas se hace perceptible, formando un racimito que nada tiene de notable. ¿Y por qué es tan buscada esta humilde flor? Es porque de su pobre seno se exhala un balsámico aroma. Así también en la verdadera piedad todo es sencillo, modesto, exento de vana ostentación; y de este conjunto humilde nace un perfume que la

enaltece, prestándole una gracia que atrae y obliga a que se la ame.

EL NARANJO.

El naranjo es uno de los árboles más hermosos de la creación. Aspecto elegante, hojas de un verde brillantado, frutos exquisitos cubiertos de una corteza dorada, reúne todo cuanto puede cautivar la vista. Su flor se muestra como un cáliz de plata brindando al cielo. Diríase que el naranjo se eleva hacia Dios para honrarle mediante el sacrificio que celebra a la gloria de su nombre. El incienso no falta en este sacrificio. Esta hermosa flor lo exhala y envía a larga distancia. ¿En dónde hallar símbolo más gracioso y cumplido de la virgen cristiana? Radiante de juventud y de pureza, seduce la vista por su modestia y su candor. De su pecho inflamado de amor a Dios, se exhalan sin cesar santas aspiraciones, como de un pebetero sube al cielo el grato olor del incienso.

LA GLICINA.

Esta planta no es otra cosa que una liana de forma elegante, notable por su hermosura y la abundancia de sus racimos perfumosos. Los chinos la consideran como símbolo de una amistad tierna y delicada. Para desarrollarse necesita un apoyo. Como testimonio de gratitud se amolda a los caprichos y exigencias

de los que la cultivan, contenta, al menos tal parece, de brindarles sus flores azuladas. Esta planta se presta fácilmente al cultivo, es agradable y dulce como la amistad: y ¿qué se necesita para conservarla? Lo que el corazón prodiga a un amigo: ternura, desvelos y cuidados. Esto es lo que vuestros padres han hecho por vosotras: os han prodigado toda clase de desvelos y cuidados con verdadera ternura; tratad como buenas hijas y buenas cristianas de probarles vuestro reconocimiento, pagando amor con amor, ternura con ternura, afecto con afecto.

EL CEREZO.

Los bosques han producido siempre diferentes especies de cerezos silvestres que sólo piden el injerto y una buena dirección para cambiar sus frutos secos y amargos, en esas bayas hermosas que forman el encanto de los vergeles. Animado por los rayos del sol cuyo ardor principia a hacerse sentir, el cerezo ostenta sus blancos penachos con orgullo. Perdónasele este orgullo con la esperanza de recoger los frutos que promete. El corazón humano, abandonado él también a la naturaleza, es un árbol silvestre que sólo produce frutos secos y amargos. Entonces sus malas inclinaciones se desarrollan sin embarazo, haciéndole oprobio y amargura de su familia. La piedad modifica las malas inclinaciones, desarrolla los

buenos sentimientos, y la niña en la primavera de la vida se adorna y embellece con las delicadas flores, promesa para mañana de los preciosos frutos.

LA ADORMIDERA.

Las propiedades narcóticas de la adormidera son preciosísimas: da un aceite muy sano y una substancia medicinal que sirve para calmar los dolores demasiado punzantes, pero cuyo abuso es nocivo por ser un violento veneno. Del mismo modo el bien se encuentra junto al mal y se puede abusar de las mejores cosas. Apliquemos esto al sueño: es un don precioso que el cielo nos concede para que podamos olvidar nuestros males y rehacer nuestras fuerzas, pero abusando de él se hace perjudicial a la salud y al deber.

LA LILA.

Nada hay tan encantador por el aspecto de este arbusto al regreso de la primavera. La frescura de sus verdes hojas, la abundancia de sus flores, su grato perfume, su color tan tierno y variado, todo recuerda en él las célicas emociones que realzan la hermosura y prestan a la adolescencia una gracia divina. Pero todo esto, por desgracia, es de corta duración. No podríamos hallar símbolo más perfecto y gracioso de la joven. Es hermosa y galana, pero la frescura de

la juventud pronto se marchita. Para conservar la estimación y el cariño, la joven debe tener algo más que las dotes exteriores, necesita poseer la belleza del alma, la belleza de la virtud; he aquí la verdadera dignidad real, dignidad que está al abrigo de todo contratiempo, de toda contrariedad, y su trono se va afirmando con los años.

CONSEJO.— *Consagrarse al estudio, que enriquece la inteligencia, y a la modestia, que presta encantos a la virtud misma.*

EL LAUREL.

En todo tiempo el laurel ha sido el símbolo del triunfo y el premio de la victoria. Los antiguos ceñían de laureles las sienes de los guerreros y de los poetas, de los oradores y de los filósofos, de las vestales y de los emperadores. Para nosotros será símbolo de una gloria más pura que la de todos los héroes de la antigüedad; significará la graciosa aureola que rodea a la joven que sabe vencer las seducciones del mundo, lo mismo que sus temores, y la corona que Dios colocará sobre su cabeza en la gloriosa morada de los bienaventurados.

LA HORTENSIA.

Después de un largo trabajo de la naturaleza, la hortensia consigue su perfección. Sus flores desde luego son pequeñas y sin hermosura, ésta la adquie-

ren al desarrollarse poco a poco. — Nuevas flores vienen a agruparse con las primeras y su número suple un tanto a la escasa importancia de cada una en particular; reunidas forman una magnífica corona cuyo brillo aumenta de día en día. La hortensia, pues, es el emblema de la vida perfecta: fórmase con lentitud bajo la acción de la gracia, las virtudes que le prestan su hermosura las adquiere una tras otra; se ven, por decirlo así, hacer y desarrollarse poco a poco, y por fin, su brillantez hiere la vista de una manera agradable, arrebatando todos los corazones.

LA DIGITAL.

Esta planta, conocida también con los nombres de *Dedalera* o *Chupamieles*, es empleada como remedio el más eficaz que hasta hora se conoce para calmar los movimientos desordenados del corazón; el trabajo y el estudio calman y aplacan también los efectos demasiado turbulentos del alma. Pero tan saludable remedio usado con exceso, esto es, en dosis desmesurada, se convierte en violentísimo veneno. Del mismo modo, si se trabaja excesivamente por codicia o por afecto de ánimo que confía poco en la Providencia, el trabajo se hace nocivo al cuerpo con abatir y gastar las fuerzas, y sobre todo al alma, a la cual hace olvidar las necesidades espirituales.

LARFEUIL.

II.

El caer de la Tarde.

El Sol se ha puesto: sin un celaje
El cielo ostenta su limpio azul
Y sobre el lago flotan inciertos
Leves girones del blanco tul.

Nubes de aromas suben al cielo
Como el incienso sube al altar;
Duermen las brisas, callan las aves,
Todo enmudece y expira al par...

Allá a lo lejos, como un lamento
Se escucha el grave, pausado son,
Con que la esquila del santuario
Llama a los fieles a la oración.

En estas horas de augusta calma,
Al ver del cielo la inmensidad,
¿Quién, Dios bendito, te niega impío?
¿Quién no adivina tu majestad?

¿Cuál es el pecho que no palpita
De amor, henchido de santa fe?
¿Quién no te adora postrado y mudo?
¿Quién no te siente? ¿Quién no te ve?

Tiernas plegarias que amante madre
En su regazo nos enseñó,
Cuando aún el llanto del desengaño
Nuestras mejillas no marchitó.

¡Brotad del fondo del alma mía,
Y de mi anhelo ferviente en pos,
Cual otro tiempo, santas y puras,
Con mis suspiros volad a Dios!

No sé qué tienen las breves horas
Crepusculares, que al expirar
Su luz dudosa, siento en el alma
Honda tristeza, vago pesar.

La paz solemne de estos instantes,
Del puro cielo la inmensidad,
Los mil ruidos que al par expiran.
La luz que muere, la soledad...

Ese conjunto triste y grandioso
Con que la tarde toca a su fin;
La obscura noche que ya aparece
Del horizonte por el confín;

Ese gemido que de sí exhala
Lo que se extingue, lo que pasó,
Lo que concluye, lo que se aleja,
Lo que se acaba, lo que murió...

Todo es tan vago, tan melancólico,
En mi alma causa tal emoción,
Que con mi pobre lenguaje humano
No puedo darle fiel expresión.

Como evocados por un conjuro,
Del pensamiento siento surgir
Hondos recuerdos, cosas que fueron,
Que ya dejaron ¡ay! de existir.

Miro a lo lejos mi hogar bendito,
La humilde casa donde nací,
Donde en mi hermosa, risueña infancia .
Dichoso un día feliz viví.

Allí la madre del alma mía
Entre caricias me enseñó a orar,
Y hoy ¡santo cielo! ¡murió mi madre
Y está desierto mi pobre hogar!...

Horas risueñas de encanto llenas,
Bellos ensueños de la niñez,
Tiernas caricias, santas y puras,
Castos placeres, dulce embriaguez.

¿A dónde os fuisteis que con vosotros
Huyó la dicha de la ilusión?
¡Tornad, volvedme la dulce calma,
La paz bendita del corazón!

Mas ya la noche medrosa y triste
Tendió su denso, negro capuz.
La tierra envuelve crespón sombrío
Y en el ocaso muere la luz.

Nada se escucha... todo es silencio..
Allá a lo lejos muere un cantar...
Los astros brillan en las alturas
Como las lámparas del sacro altar

Mudo contemplo tanta grandeza,
Y de un impulso secreto en pos,
Caigo de hinojos, y mi plegaria
Ferviente y pura se eleva a Dios.

M. S. y A.



III.

El Sol.

El Sol es un cuerpo de figura redonda, luminoso por sí mismo, y cuya luz, difundiéndose en el espacio, nos comunica claridad y calor. Ocupa el centro de nuestro sistema planetario, y tiene un movimiento de rotación. Mirando atentamente al Sol con un telescopio, se ha notado que este cuerpo tan resplandeciente tiene algunas manchas, y por ellas se ha descubierto que daba vueltas sobre sí mismo, como pudiera hacerlo una bola atravesada por el medio con un eje de hierro. Estas manchas se perciben a un extremo del Sol, se van adelantando, se ven después en el lado opuesto, y por último, desaparecen por detrás, para volver a presentarse algún tiempo después. Se ha observado que para volverlas a ver de nuevo en el punto de donde parten, hay que esperar veinticinco días y doce horas; de donde se deduce que éste es el tiempo que necesita el Sol para dar una vuelta completa sobre su eje.

Se calcula que su diámetro real es de 320,000 leguas, es decir ciento once veces y media más grande que el de la Tierra, y que su volumen es un millón cuatrocientas mil veces más grueso que el de nues-

tro globo, del cual dista de 36 a 38 millones de leguas, por término medio; pues la distancia varía a consecuencia del movimiento de la Tierra en su órbita, que no es redonda del todo, sino algo prolongada.

Algunos astrónomos han supuesto que el Sol es una gran masa encendida y que concluirá por consumirse en la serie de los siglos; otros han sentido que el Sol es un núcleo opaco, rodeado de una atmósfera luminosa, y esta opinión es la más probable, porque los muchos experimentos que se han hecho demuestran su verosimilitud, y es la única que da una explicación verosímil de las manchas negras que se notan en la superficie solar.

El Sol aparece por el Oriente y se oculta por el Occidente, procediendo a su aparición y siguiendo a su desaparición ese amortiguado resplandor llamado crepúsculo, producido por la refracción de sus rayos en los vapores atmosféricos que cubren el horizonte. Como la Tierra gira alrededor del Sol al mismo tiempo que sobre sí misma, y el plano del ecuador es oblicuo respecto al de la órbita, esta combinación de movimientos y la distribución de luz y calor que de ellos resulta sirven para explicarnos la diversidad de climas, la sucesión de estaciones y la desigualdad variable de los días y las noches. Puede comprenderse fácilmente que, estando inclinado el eje de la Tierra sobre el plano de la eclíptica, y moviéndose siempre paralelamente a él, deben llegar dos posiciones que están situadas simétricamente a los dos lados

de la órbita terrestre, en los cuales el Sol alumbrá igualmente los dos polos, y cuando la mitad de los dos hemisferios norte y sur tienen luz las otras mitades están en la sombra, porque el Sol nunca puede iluminar más que la mitad de la Tierra. Mientras que la Tierra gira, cada uno de sus puntos describe la mitad de su carrera en la sombra y la otra mitad en la luz: es decir, que el día es igual a la noche, y entonces se dice que el Sol está en el equinoccio: estas dos posiciones de la Tierra tienen lugar una el 21 de Marzo que es el equinoccio de Otoño, y la otra el 21 de Septiembre que es el equinoccio de Primavera.

Todavía hay otras dos posiciones simétricas muy notables, que son aquellas en que la mitad de los hemisferios norte y sur no está iluminada con igualdad; en la primera sólo el polo norte está iluminado y permanece en la claridad hasta la posición segunda, en que el polo sur está iluminado y el polo norte en la sombra; este intervalo dura seis meses, por manera que cada polo tiene luz medio año, y en el otro medio año, sombra. En cada una de estas dos posiciones particulares hay una porción de la esfera que rodea el polo, que está iluminada; esta porción, cuya extensión está limitada por la inclinación del eje de la Tierra sobre la eclíptica, se llama región polar; está circunscrita por un círculo denominado ártico en el norte y antártico en el Mediodía.

Estas dos posiciones de la Tierra en su órbita se

efectúan una el 21 de Diciembre, que es el *solsticio de verano* y corresponde para nosotros, que habitamos el Sur, a la época de los días más largos, y el *solsticio de invierno* (21 de Junio) al de las más largas noches. Para nosotros los días van en aumento y son mayores que las noches, desde el equinoccio de primavera hasta el solsticio de estío, que son los más largos; luego van disminuyendo hasta el equinoccio de otoño, en que las noches son iguales a los días; y desde esta época van siendo más cortos que las noches hasta el solsticio de invierno, que son los más pequeños; después van creciendo hasta el equinoccio de primavera en que igualan a las noches.

Del mismo modo se ve cual debe ser la distribución de las estaciones; cuanto más tiempo permanezca el Sol en el horizonte, más elevada debe ser la temperatura; así pasamos de la primavera al estío, que son los días más largos; cuando éstos disminuyen, pasamos del estío al otoño y del otoño al invierno, que son los días más cortos; y cuando éstos se van alargando, pasamos del invierno a la primavera.

En cuanto a los climas, el movimiento aparente del Sol nos da una distribución natural; la parte de la Tierra en donde los rayos del Sol caen en casi toda ella perpendicularmente debe sufrir un calor excesivo, y se llama *zona tórrida*: está limitada en ambas partes del ecuador por dos círculos denominados *trópicos*; el uno es el de nuestro hemisferio y

se llama *trópico de Capricornio*; el otro se llama *trópico de Cáncer*. El espacio comprendido entre los trópicos y los círculos polares presenta dos regiones llamadas regiones templadas, porque su clima es suave, a causa de que los rayos del Sol bajan algo oblicuos. Nosotros habitamos la región templada del Sur. Por último, las regiones polares reciben tan oblicuamente los rayos del Sol que en ellas el frío es excesivo.



IV.

La niña María Luisa.

Cogiendo flores en la campiña,
Más vaporosa que el aura leve,
Aquella dulce, risueña niña

Vió una mañana

Dos nubecitas color de nieve,
Que se tiñeron color de grana.

«Quiero ser nube», dijo la niña,
Más vaporosa que el aura leve.
Y con las flores de la campiña,

Cintas y galas,

Y con sus velos color de nieve,
La dulce niña formó sus alas.

Cuando en los huertos de la campiña
Y al viento leve de la mañana
La pobre madre buscó a su niña,

¡Ay!... en su anhelo

Vió que entre nubes color de grana
La dulce niña volaba al cielo.

JOSÉ RAMÓN YEPES.

V.

El premio a la Caridad.

Había una reina tan buena y tan sumisa a las enseñanzas de Dios, que daba con su virtud decoro al trono y con sus buenas obras ejemplos provechosos a sus vasallos.

Estableció esta gran reina un premio para aquel que, durante el año transcurrido, hubiese hecho la mayor y más perfecta obra de caridad, conociendo que era esto una gran enseñanza práctica, al alcance de todas las inteligencias.

Cuando llegó el plazo señalado, reunido un inmenso concurso, que ella presidía en su trono, se acercó uno y dijo que había construido en su pueblo un hermoso hospital para los pobres. El corazón de la buena reina se llenó de gozo al oír esto y preguntó al benéfico sujeto si estaba el hospital concluido.

—Sí, señora, contestó el interrogado; sólo falta poner en el frontispicio la lápida con letras de oro, en que conste en qué fecha y por quién fué construido el edificio.

La reina le dió las gracias, y se presentó otro.

Éste dijo que había costeado a sus expensas un

cementerio en su pueblo. Alegróse la virtuosa reina de tan útil y caritativa obra y le preguntó si estaba concluído, a lo que contestó el interrogado que sí y que sólo faltaba concluir el hermoso sepulcro que en el centro estaba construyendo para él y su descendencia. Dióle gracias la reina; y en seguida se presentó una señora, que dijo que había recogido una pobre niña huérfana que se moría de hambre y la había criado, adoptándola por hija.

—¿Y la tienes contigo? preguntó la reina.

—Sí, señora, contestó la interrogada; es tan bien dispuesta, que cuida de las cosas de la casa y me asiste a mí con esmero; por lo que no se separará de mí mientras Dios me dé vida.

Celebró mucho la reina esta digna obra de caridad, y fué distraída por un tropel; las gentes abrían calle a un hermoso niño, el que arrastraba tras sí a una pobre anciana de miserable aspecto, que hacía esfuerzos por desasirse de su manos y huir de aquel lugar tan concurrido.

—¿Qué quiere ese bello niño? preguntó la reina, que era más bien la madre de sus vasallos que la soberana y jamás negaba audiencia a quien deseaba hablarle.

—Quiero, contestó el niño con mucha gravedad y dulzura, traer a V. M. a la que ha merecido el santo premio instituído para la mayor obra de caridad.

—¿Y quién es? preguntó la reina.

— Esta pobre anciana, contestó el niño.

— Señora, dijo toda cortada y confusa la anciana, nada he hecho ni puedo hacer, porque soy una infeliz que vivo de la limosna.

— Y no obstante has merecido el premio, dijo en tono suave, pero decidido, el niño.

— ¿Pues qué ha hecho? preguntó la noble reina, que antes de todo quería ser justa.

— Me ha dado un pedazo de pan, respondió el niño.

— ¡Ya veis, señora, exclamó apurada la anciana, ya veis, un mendrugo de pan!

— Es verdad, repuso el niño, que no fué más que un pedazo de pan, pero estábamos solos y fué el único pan que tenía.

La reina alargó conmovida el premio a la caritativa pordiosera, y el niño, que era el Niño Dios, se elevó a las alturas, bendiciendo a la grande y virtuosa reina que daba premio a la caridad y a la buena y humilde anciana que lo había merecido.



VI.

Manuela Pedraza y otras patriotas.

Doña Manuela Pedraza, más conocida con el nombre de *la Tucumana*, se distinguió de una manera heroica durante la invasión inglesa (1806), lanzándose en medio de la pelea al campo de batalla, por cuyo hecho fué premiada con el grado de teniente. Mujer hubo, dice el doctor Funes, cuyo postrer adiós fué decir a su marido: *No creo que te muestres cobarde; pero, si por desgracia huyes, busca otra casa donde te reciban.*

Más tarde, cuando Buenos Aires rompió las cadenas que la ligaban a la Península, las madres excitaban a sus hijas, las hermanas a los hermanos, las esposas a los esposos para que arrostrasen los peligros y sostuviesen la independencía.

En esta memorable lucha se distinguieron notablemente las señoras doña TOMASA DE LA QUINTANA, doña CARMEN QUINTANILLA DE ALVEAR, doña REMEDIOS DE ESCALADA, doña MAGDALENA CASTRO, doña ANGELA CASTELLI DE IGARZÁBAL, doña NIEVES DE ESCALADA, doña MARÍA DE LA QUINTANA, doña MARÍA DE LA ENCARNACIÓN ANDONAEGUI, doña MARÍA EUGENIA DE ESCALADA, doña ISABEL CALVIMONTE DE AGRELO, doña

PETRONILA CORDERO, doña MARÍA SÁNCHEZ DE THOMPSON, doña RAMONA ESQUIVEL Y ALDAO y doña RUFINA DE ORTEGA, que solicitaron del gobierno grabase sus nombres en las armas que debían servir a los patriotas, además de muchos servicios que prestaron con sus personas y bienes.

La señora doña TIBURCIA HAEDO DE PAZ presentó a sus dos hijos don José María y don Julián al servicio de la patria, cortando así sus estudios, pero quedando a la República Argentina la gloria de contar a uno de los hijos de esa matrona como uno de los primeros generales de Sud-América.

Doña MARGARITA ARIAS DE CORREA es otra matrona argentina que se distinguió en el mismo sentido que la precedente, y cuyos hijos fueron más tarde víctimas en la guerra contra el general Quiroga.

Doña TEODORA SUÁREZ DE ROLDÁN, anciana de 70 años, se hizo también célebre por su patriotismo. Habiendo pasado a descansar a su pobre habitación el doctor don Juan José Castelli, con otros jefes y oficiales del ejército patriota, doña Teodora, transportada de gozo, presentó al doctor Castelli una flor del campo. Movido éste de la curiosidad al ver el semblante alegre de la anciana, que parecía ser la abuela de aquella humilde familia, le preguntó la edad que tenía: *Señor*, contestó sonriendo, *no soy tan vieja como parezco; no cuento sino cuatro meses de edad*. Sorprendido Castelli, pidió explicaciones de aquel enigma: *Sí, señor*, añadió ella, *nací el*

25 de Mayo; hasta entonces, no he vivido un solo día; cuyas palabras pronunció con voz sonora y rostro animado por la satisfacción que experimentaba.

Argentina hubo que diera hasta ocho hijos que fueron todos ellos, con excepción de uno solo, sacrificados por la patria. Esa mujer, de más de cien años de edad, que no había tenido noticia de ninguno de sus hijos, emprendió un viaje hasta Santiago de Chile, donde encontró al único sobreviviente de *sargento condecorado* en la escolta del presidente de la República.

En 1810, habiendo llegado el primer ejército auxiliar de Buenos Aires a un punto de las inmediaciones de Córdoba en que debía mudar caballos para pasar adelante, se presentó al general en jefe, don Antonio González Balcarce, con el número suficiente de estos animales, la viuda del maestro de posta y le dijo: «Señor general, acepte Vd. estos caballos para el servicio de la patria. Aquel jefe, sabiendo que ellos constituían todo su patrimonio, elogió su desinterés; pero al mismo tiempo le hizo ver que las circunstancias no exigían semejante sacrificio, y dió orden al comisario para que le pagase. «Pues, bien, replicó, ya que Vd. no los necesita por ahora, considérellos siempre como propiedad pública; disponga de ellos cuando la salud del país lo exija; yo los cuidaré mucho con este objeto. Llévelos Vd. hasta donde guste; pero le ruego que no me confunda con la gente mercenaria, y no me agravie ofreciéndome dinero».

Asombrado de este rasgo de patriotismo, quiso el general persuadirla que sus deberes de madre de familia merecían la preferencia sobre todos los demás. *No*, le contestó, *mis bienes, mis hijos, mi persona, todo pertenece a la patria; todo lo debo a ella, y todo lo sacrificaré gustosa por su felicidad y por su gloria.* A esta elocuente exposición de sus bellos sentimientos no había respuesta que dar; se le concedió lo que solicitaba; y al frente de sus peones tuvo ella la satisfacción de transportar el ejército gratuitamente hasta la segunda posta.

Un testigo de vista, persona de todo crédito, que nos ha favorecido con la relación de este pasaje, no ha podido, por desgracia, acordarse ni del lugar de residencia, ni del nombre de aquella buena patriota argentina.



VII.

Fe, Esperanza y Caridad.

La apacible primavera
Muestra su grata sonrisa,
Y levántanse las plantas
Con nuevas galas vestidas.

«¿Quién os sostuvo en invierno»,
Exclama el aura benigna;
«Quién en invierno os sostuvo,
Inocentes florecillas?»

«El agua cayó a raudales,
Ronco el ábrego rugía,
Y la nieve y el granizo
Asolaron las campiñas.

«¿Cómo firmes arrostrasteis
Esas borrascas impías,
Cuando abatidos cayeron
Robles y fuertes encinas?»

—«Oye y sabras nuestra historia,
Nuestra historia peregrina»,
Las dulces hijas del prado
Apacibles le replican.

« Cuando el trueno amenazante
Por los espacios rugía,
Con pródigo instinto al cielo
Elevábamos la vista.

« Si nos cercaba la niebla,
Esperábamos tranquilas
A que luciera de nuevo
El astro puro del día.

« Si el hielo nos azotaba,
Con mutuo cariño unidas,
Dulce auxilio nos prestábamos,
Dolientes y compasivas.

« Así sufrimos humildes,
Aguardando que propicia
A dar fin a nuestros males
La bella estación vendría.»

— « Y llegó para vosotras;
Alentad, flores benignas,
Que si en el dolor al cielo
Fieles alzabais la vista;

« Si esperasteis ver la lumbre
Cuando la niebla os ceñía,
Y prestándoos mutuo apoyo
Vida os disteis compasivas,

«Justo es que alcancéis el premio,
Ya que humildes y sencillas,
Fe, esperanza y caridad
Escogisteis por divisa.»

Tal dice el aura. A las flores
Con tierno cariño mira;
Y sin cesar a su lado
Las leves alas agita.

Luego el aroma acogiendo
Que en el cáliz escondían,
Rauda del polvo se aleja
Y hacia el cielo se encamina.

Dulces flores animadas,
Tiernas, inocentes niñas,
Escoged también vosotras
Esa celestial divisa.

Las tempestades del mundo
Ella piadosa mitiga,
Y otra estación os ofrece
De sempiternas delicias;

El hálito de la muerte
En aura trueca de vida,
Aura que al cielo conduce
Al alma que en Dios confía.

ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE.

VIII.

El Ángel de la Guarda.

En este suelo de proscripción, en este valle de lágrimas donde nuestra existencia y nuestra memoria desaparecen tan fugaces como el relámpago que brilla un momento en el horizonte, después de haber arrastrado esta mísera existencia entre lágrimas y padecimientos, tenemos a nuestro lado un genio benéfico que nos guía a través de las seducciones y peligros que sin cesar se nos ponen al paso por nuestro áspero sendero; un ser celestial que nos hace cerrar los oídos a las pérfidas sugerencias de los vicios, que nos alienta cuando vamos a caer agobiados con el peso de los males, efecto del castigo impuesto a nuestros primeros padres, y que nos hace por fin levantar los ojos al cielo, donde nos espera la merecida recompensa de tantas fatigas.

La Providencia, solícita siempre por la felicidad eterna de las criaturas, puso a nuestro lado este Ángel de la Guarda, para que nos asistiera y consolase en todas nuestras aficciones. ¡Admirable don y gracia inestimable de la divina providencia! Nos está prometida una gloria eterna, es verdad, después de

esta vida de tribulaciones y de miserias; pero también es cierto que tenemos que hacer méritos para conseguirla, con valor y constancia, y que solamente la alcanzará y será salvo, el que hasta el fin perseverare. El camino del cielo está erizado de espinas; el Evangelio de Jesucristo no nos predice más que la cruz y la mortificación en la vida terrenal, y el mismo Redentor de los hombres tuvo que ser crucificado para entrar en el cielo: fué preciso que Cristo padeciese para que entrase en su gloria.

Parecía, pues, justo y natural: que si no se sube al cielo por el camino de las delicias, de los placeres y de la abundancia; que si el mismo hijo de Dios, tuvo que sujetarse a las penalidades que afligen a la naturaleza humana y combatir solo contra todos los enemigos de su gloria, hasta verse en el extremo de clamar a su padre por qué le había desamparado, no tuviéramos nosotros mayor preeminencia, ni encontrásemos a nuestro lado quien nos amparase y defendiese, convirtiendo ese camino de espinas en un sendero de rosas; pero el inefable amor de Dios a los hombres les proporciona todo esto en el ángel que destinó a su guarda, a su amparo y compañía; y si acaso, pagando el tributo a la humana flaqueza, incurrimos como míseros mortales en alguna funesta caída, el Ángel de la Guarda es quien nos ayuda a levantarnos y quien, por último, nos guía como astro de esperanza a las mansiones eternas, donde reside la verdadera felicidad.

IX.

Historia de una Tetera.

He aquí lo que recuerdo de mi vida.

Un día, después de haber sentido una gran sacudida, fuí deslumbrada por un esplendor desconocido.

Miré; estaba sobre un montón de substancia blanca. Alrededor mío verdeaban los árboles y los matorrales; arriba resplandecía un cielo azul, el cielo de la China.

Un hombre se inclinó hacia mí y me tomó entre sus manos.

«Este es del más puro y más hermoso kaolín, dijo; he aquí una magnífica muestra que es necesario poner aparte. Nos servirá para fabricar la pieza de porcelana que debemos ofrecer al emperador como muestra de los productos de esta mina ».

Supe después que este hombre era un mandarín y que el descubrimiento de aquel yacimiento de kaolín al cual yo pertenecía era debido a sus sabias investigaciones.

Siguiendo la orden que había dado el mandarín, se me llevó y se me puso en las manos de un obrero,

que me mezcló con bastante cantidad de agua, me amasó, me comprimió en un molde y después me remitió a otro obrero. Éste me colocó sobre una máquina de la que yo no podía adivinar el uso y que más tarde supe era un torno de alfarero.

Bien pronto, por un movimiento de un pedal, sobre el que apoyaba el pie, este segundo obrero, dando impulso a la rueda del torno, me imprimió un movimiento de rotación bastante rápido. Al mismo tiempo, pasó sobre todos mis contornos un útil destinado a perfeccionar la redondez de mis formas. Cuando estuvo satisfecho de su trabajo, detuvo el torno, me sacó y me colocó en una especie de caja que me rodeaba por todas partes.

Hasta entonces, no encontré nada muy agradable en la existencia.

Se me colocó dentro de una gran sala redonda, de un brillo deslumbrante. Otros trozos de kaolín estaban colocados en orden circular. Todos estaban, como yo, encerrados dentro de moldes.

Desde luego, sentí un dulce calor que me penetró haciendo evaporar la humedad de que antes tan desagradablemente se me había impregnado. Poco a poco el calor aumentó, comencé a sentirme incomodada; en fin, me hallé tan mal, que me pareció que iba a disolverme. Entonces, me sentí elevar dulcemente; se me extraía del horno. Se me dejó enfriar lentamente, al abrigo de todas las corrientes de aire que hubieran podido dañarme; después, se me des-

embarazó, de las trabas del molde. Estaba blanca como un lirio: ya tenía este redondeado vientre y este pico gracioso, al cual debo mi armoniosa voz.

—¿Gracioso llamas a ese largo pico? murmuró la caldera colocada en el fuego. ¿Y te atribuyes la voz más hermosa? Yo no tengo pico y canto por lo menos tan bien como esta vieja china. Lo que es necesario para cantar, es esta hermosa forma redondeada que constituye toda mi gracia.

—¡Cantar, tú! dijo el vapor de agua, que en blancos copos se esparcía. Soy yo quien canta en ti, cuando el calor producido por el hornillo me pone en libertad. Veremos si cantas cuando yo me vaya.

—Pero, ¡oigan a esa caldera! replicó la cafetera. ¿Qué tiene ella que decir de los picos largos? Yo las encuentro verdaderamente ridículas a las dos, y no tienen por qué envanecerse de su forma que las hace parecer, a la una un mandarín obeso y a la otra el gordo caldedero que la ha fabricado. Fijaos en mi talle esbelto y mi largo pico. He ahí lo que es necesario para ser hermoso y cantar bien.

—¡Mira que cantar tú!... dijo el vapor de agua que se escapaba en blancos copos; mientes, mientes. Soy yo el que canta en ti cuando el calor me pone en libertad.

—Si no queréis escucharme, exclamó la tetera en tono de mal humor, será mejor que me dejéis dormir.

—Habla, dijo una rica jofaina italiana que se pavoneaba sobre la mesa de trinchar.

— Como os he dicho había sufrido una primera cocción. No era todavía porcelana; pero había dejado de ser kaolín. Había pasado al estado de *biscuit*.

Cuando estuve completamente fría se me cubrió de una sustancia semilíquida; después se me volvió al horno hasta que esta sustancia, habiéndose vitricado, se transformó en el brillante esmalte que recubre todos mis poros. Gracias a esta doble prueba del fuego, ya era de porcelana.

El mandarín vino, me examinó, me palpó, y me hizo sonar.

«Es muy bella, dijo, no queda más que decorarla y entonces será completamente digna de ser ofrecida al emperador.»

¡Decorarme! ¿Qué entendía él por eso? ¿Qué nuevos martirios me reservaba todavía el capricho de los hombres? ¡Pero, al fin, qué importaba! Yo sabía de antemano que el objeto final era el de aumentar mi belleza. Acababa de oír que estaba muy hermosa. Para serlo más todavía, me sentía dispuesta a soportarlo todo.

El pintor al que se me había confiado me llevó a su casa y me puso sobre una mesa, donde se erguían un hermoso jarrón y un inmenso florero, ya decorados. Eran maravillosos y estaban cubiertos de pagodas, de personajes chinos, de flores y de pájaros.

«Cuándo estaré yo así» decía entre mí. Al fin el pintor me tomó. Pasó y repasó sobre mi superficie un pincel mojado en diferentes sustancias coloreadas.

Los movimientos del pincel eran dulces y cariñosos. De cada uno de sus besos nacía una flor. Ya estaba encantada. Cuando el pintor me dejó yo creí que todo había terminado y que no tendría ya más que hacerme admirar. Mas ¡ay! me estaba reservada una tercera y dolorosa prueba! Necesitada sufrir una tercera cocción para que mis esmaltes coloreados se vitrificasen, como lo había hecho mi esmalte blanco. Sin ella mis flores habrían tenido muy poco brillo; habrían sido de poca duración. Soporté valientemente este último sufrimiento. Apenas estuve fría se me llevó con gran pompa al palacio del emperador. Allí he vivido largos años en la intimidad de los más altos personajes. Servía yo para preparar el té que tomaba todos los días el emperador. Pero, como ha dicho muy bien un poeta francés:

La monotonía es la madre del fastidio.

Llegó un día en que me cansé de esta existencia monótona y deseé visitar otros países. Y me alegré mucho de tener que formar parte de una gran expedición a Europa.

¡Cuánto deploré yo en el vapor mi loca ambición! ¡Cuánto eché de menos el palacio de Lao-Tsé! Estaba yo con otros miembros de mi familia en una gran caja donde juncos acumulados impedían nuestros movimientos e interceptaban la luz. ¡Qué situación tan angustiosa! Casi todos mis compañeros

sucumbieron en el viaje. ¡Qué de temores pasé entonces por mi vida! Por fin llegué a buen puerto. No se oían más que gritos de admiración cuando después del desembarco se me sacó de la caja donde se me había tenido encerrada durante toda la travesía.

Jamás se habían visto en Europa flores tan brillantes como las que me adornaban.

—¿Dónde fuiste desembarcada, comadre? preguntó la jofaina. De seguro que no fué en mi patria, porque en Faenza, lejos de ser admirada, hubierais tenido que admirar lo que vierais. ¡Qué triste figura habríais hecho entre nosotros!...

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¡ah! exclamó un pequeño salero de Sajonia contoneándose sobre el brazo de un geniecillo que lo sostenía. ¡Ved esta loza de Faenza que se atreve a compararse con una porcelana! Aprended, mi estimada amiga, que en lugar de ser hecha como nosotros de koalín de un blanco deslumbrador, estáis hecha con una mala arcilla a la cual su mezcla de hierro da un tinte rosado, que vuestros esmaltes apenas pueden disimular. Y que esa tierra con que se os fabrica es tan tosca que el esmalte no puede hacer cuerpo con ella. Si yo tuviese tanta vanidad como ciertas personas, podría hablar y decir que en Viena, donde he habitado largo tiempo...

—¡Viena! ¿qué me habláis de vuestras tristes ciudades? ¡Pekín! ¡eso sí que es una ciudad! y Lao-Tsé, ¡ese sí que es un emperador!

—Callaos con vuestro Lao-Tsé. María Teresa, a

quien yo he pertenecido, valía más que todos los emperadores chinos.

— ¿Quién habla de María Teresa? preguntó con vocecilla meliflua una pequeña taza, que reposaba en un estuche de terciopelo. Yo no la he conocido, pero he pertenecido a su hija que era reina de Francia. Le fuí ofrecida cuando ella visitó a Sevres, donde nació. ¡Esos sí que eran buenos tiempos! Nadie nos habría expuesto a ser confundidas con intrigantes que bajo el pretexto de que ellas son viejas y vienen de lejos, pretenden ser más hermosas que las demás.

— Sin duda, replicó agriamente la jofaina italiana. Yo quiero admitir que vuestra arcilla es más pura que la nuestra, pero ¿que tenéis vosotras de ilustre? Mientras que todas mis hermanas lo son, ya sean de Urbino, de Pesaro, de Forli y de Deruta; y han pasado a la posteridad con los nombres de Lucca della Robia, de los dos Andreoli, de Giorgio y Cencio, de Francisco Xanto, de Bartolomé Terchi y de Oracio Fontana. En tiempo de Francisco I^o éramos tan apreciadas que se nos prefería a la más rica orfebrería.

— Porque las porcelanas no eran conocidas. Pero, ¿qué caso se ha hecho de vosotras desde que se nos ha visto nacer en Sajonia? ¿Por qué, decidme vos, que os alabáis de haber nacido en Sevres, si no ha sido para imitarnos, se os ha creado?

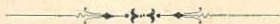
— ¡Oh! no habría sido la primera vez, dijo la pequeña taza, que queriendo imitar se hubiera perfeccionado; pero estáis en un error. La mujer del

cirujano Darnet había hecho conocer el yacimiento de kaolín de Saint-Yrieix antes que Federico Bottcher hubiese descubierto el del valle de Ase. Las primeras porcelanas de Meissen aparecieron en la feria de Leipzig en 1769, y ya hacía más de un año que se fabricaban en Sevres.

— Esto pasa de la raya, exclamó la tetera, roja de cólera. ¿Creéis vosotras que habríais visto jamás la luz del día si mi venida a Europa no hubiese hecho conocer el kaolín? Solamente con el deseo de reproducir mi hermosura se han creado en el siglo décimo-séptimo las fábricas de Delft, de donde no salían más que imitaciones tanto más malas cuanto que Delft fabricaba lozas, y no-porcelanas.

— Todo lo que queráis, dijeron en coro las lozas de Limoges, de Nevers, de Rouen, de Montier, de Strasbourg, de Marsella, una porcelana francesa de la fábrica de Saint-Cloud de 1695 y uno de los hermosos platos debidos a Bernardo Palissy, que formaban la escolta de la Italiana; pero si vos tenéis vuestra hermosura, nosotros tenemos la nuestra; se prescindió de vosotras durante siglos y hubieran podido seguir prescindiendo desde hace doscientos años.

A estas palabras la tetera hizo un movimiento de indignación tan grande que cayó y se partió en pedazos; lo que puso fin a su historia.



X.

La Araña y la Oruga.

(FÁBULA.)

Bajo un vaso cristalino
Suelo encerrar las orugas
Para saber cuándo y cómo
En mariposas se mudan.
Este insecto por instinto
Para la muerte acostumbra
Disponerse en un retiro
Lejos del comercio y bulla.
En abstinencia perpetua,
Y con vigilancia suma,
Sus postrimeros instantes
Toda su atención ocupan.
De cierto humor glutinoso
Que de sus entrañas purga,
Con delgados hilos teje
Las fatales ligaduras.
Contra lo terso del vaso
Repetidas hebras cruza,
Y sobre ellas sus cenizas
Y las esperanzas funda.
Allí con impulso propio

La antigua piel se desnuda,
Y bajo el nombre de ninfa
Una bolsa lo sepulta.
Pasados algunos días,
En que el calor la fecunda,
Ya mariposa brillante
Sale volando de la urna.

Observando este portento
Una vez, como otras muchas,
Vi en un pequeño resquicio,
Que estaba una araña oculta.
Entre el vaso y la pared
Extendió su tela astuta
Con cuyo doloso arbitrio
Su efímera vida busca.
Atisbando cautelosa
A un gusano en su clausura,
Entre dientes murmuraba,
Haciéndole mofa y burla:

«¡Qué raro tema, decía,
A este bicho preocupa!
No come, bebe, ni duerme,
Pensando sólo en la tumba.
¡Pobre diablo, con qué empeño,
Con qué calor y qué furia
Ha tomado por oficio
Labrarse la sepultura!
Las entrañas se devana
Y para morir madruga:
De las delicias se priva,

Y hasta el pellejo renuncia.
Yo también me desentraño,
Pero por la causa justa
De procurarme la vida
Y placeres, que la endulzan.
Al solo nombre de muerte
El cuerpo se me espeluzna,
Su más remoto peligro
Me hace guardar esta gruta. »

Oyólo todo el gusano
Y con su voz moribunda
Le dijo: « Los dos tenemos
Razón en nuestra conducta.
Tú en otra vida no esperas;
Así, en la presente, gustas
De sus placeres, y temes
Que la muerte los destruya.
Yo voy alegre al sepulcro,
y aun lo prevengo de industria,
Porque la muerte es el medio
De mejorar mi fortuna.
Ahora soy gusano humilde
Que me arrastro con angustia,
Y mañana ave del cielo
Volaré por las alturas. »

RAFAEL GARCÍA GOYENA.



XI.

La Luna.

La Luna es una masa esférica, un cuerpo opaco, que nos parece luminoso porque refleja la luz del Sol. La Luna es un satélite de la Tierra alrededor de la cual ejecuta sus movimientos; de todos los astros es el que está más próximo a nosotros, y por consiguiente el que mejor se ha podido observar; la distancia que media del centro de la Luna al centro de la Tierra es de 384.000 kilómetros. El diámetro real de la Luna es de 3200 kilómetros, y su volumen es cuarenta y nueve veces más pequeño que el de la Tierra.

Con el auxilio de buenos telescopios se notan en la superficie de la Luna desigualdades, que provienen de valles y montañas; estas montañas presentan casi todas caracteres volcánicos, o sea parecidos a los que ofrecen los volcanes que hay en nuestro globo. Esto ha dado margen a suponer que la Luna estaba cubierta de un inmenso número de volcanes y que los aerolitos que algunas veces caen sobre la superficie de la Tierra eran arrojados por estos volcanes, pero

semejante suposición carece de fundamento. No ha podido descubrirse en la Luna la existencia de verdaderos mares, ni huella alguna de vegetación.

La Luna no tiene nubes ni hay nada a su alrededor que denote la presencia de una atmósfera; al contrario, todo induce a creer que no la tiene, y si este astro está habitado debe serlo por seres muy diferentes de los terrestres.

Tiene la Luna dos movimientos: uno de rotación alrededor de un eje que pasa por su centro, y otro de traslación alrededor de la Tierra. Su movimiento de rotación se efectúa en 27 días, 7 horas, 43 minutos, 11 segundos y 5 décimos de segundo.

El movimiento de traslación alrededor de la Tierra se ejecuta exactamente en igual tiempo que el de rotación, y la línea que recorre, llamada *órbita lunar*, es una elipse (casi la forma de un huevo). Los dos puntos notables de esta curva son aquel en que este astro se halla más distante de la Tierra, el cual se llama *apogeo*, y en que está más próximo a ella, que se denomina *perigeo*.

El tiempo que la Luna invierte en recorrer su órbita es lo que se llama una lunación; y como éstas son más cortas que nuestros meses, debe haber más de doce lunaciones en un año: por consiguiente, si una lunación principia un año en el primero de Enero, no volverá a principiar en la misma época hasta pasado diez y nueve años. Este período de diez y nueve años es lo que llama *ciclo lunar*.

En todo el tiempo que dura una lunación se nos presenta este astro sucesivamente bajo diversas formas, que es lo que llamamos *fases de la luna*.

Cuando se halla situada entre la Tierra y el Sol, estando los tres centros en una misma línea, nos muestra la faz que no está iluminada por los rayos solares y no la vemos: ésta es la época de la *luna nueva*. Después va apareciendo poco a poco en figura de una raja de melón, y éste es su primer cuarto, o *cuarto creciente*.

Cuando la Tierra se halla entre la Luna y el Sol, nuestro satélite nos presenta su faz alumbrada, y entonces se llama *luna llena*; pero poco a poco va disminuyendo y vuelve a presentarse en figura de raja de melón, hasta que desaparece: ésta es la época de su tercer cuarto, o *cuarto menguante*. En los casos en que la Tierra está entre la Luna y el Sol y los centros de los tres astros ocupan la misma línea recta, la luz solar no puede llegar a la Luna, porque la intercepta nuestro globo, y entonces tenemos lo que se llama *eclipse de luna*.



XII.

La Niña honrada.

—A esa joven que pasa por la calle,
¿La conocéis? Mirad en su semblante
La plácida expresión de la inocencia,
La pureza de un ángel
—¿Pero quién es?— Es una santa niña
Que vive trabajando,
Llena de amor filial y de contento,
Para llevar a sus ancianos padres,
Con su jornal bendito,
La dicha y el sustento.
— Y en su afán sin segundo.
Aunque pasa la vida en el trabajo,
¿Nada posee en el mundo?
— Vos juzgaréis si es poco lo que tiene
En su existir espléndido:
Su candor, su modestia,
Los seres venturosos a quien ama,
Y limpia como el cielo la conciencia.

MANUEL RAMÍREZ.

XIII.

Beneficencia.

La obligación de la beneficencia está grabada en el corazón de cada hombre por la misma mano de Dios, que no solamente nos la inspira por un sentimiento natural, sino por prescripción, como una ley positiva, en cada página del Evangelio.

El Cristianismo, dando a la beneficencia el hermoso nombre de Caridad, ha hecho de ella un riguroso deber, al cual nadie puede sustraerse.

Antes de él la beneficencia era apenas conocida en el mundo. Las sociedades antiguas no estaban compuestas más que de ricos y esclavos; porque los pobres eran, en su mayor número, la propiedad de los opulentos dueños; éstos no tenían para sus esclavos sino los cuidados que se dispensan a los animales domésticos o a los muebles útiles. En los países paganos, el que era débil o pobre no figuraba para nada y apenas servía sino para el placer de los fuertes y de los poderosos. «Vended vuestros esclavos, decía un Romano célebre, cuando estén viejos y enfermos, y de ese modo os evitaréis gastos inútiles.»

El Cristianismo, que mira a todos los hombres como hermanos e iguales ante Dios, tomó por el contrario bajo su protección todo lo que era débil, pobre y sujeto al sufrimiento; dió a la beneficencia un ardor, una abnegación, una inteligencia maravillosa para aliviar todas las miserias, subvenir a todas las necesidades, y bajo sus inspiraciones se formó un número incalculable de asociaciones, de congregaciones religiosas, consagradas al servicio de los desgraciados.

A medida que el Cristianismo penetró en las naciones bárbaras que se habían establecido en la Galia, llevó consigo una caridad llena de solicitud para todos los infortunados. Y al mismo tiempo que conservaba la instrucción y las luces en medio de las tinieblas de la ignorancia, fundaba los hospitales, que recibían en su mayor parte el nombre de *casas de Dios*, en memoria de su piadoso origen.

En cuanto los Estados modernos quedaron organizados regularmente, se unieron a los esfuerzos que la religión inspiraba a los particulares para socorrer las desgracias. Crearon con este objeto grandes instituciones y les aseguraron recursos permanentes; formándose así diversos establecimientos sostenidos por el Estado mismo, y destinados al alivio de los desgraciados. Esas instituciones tomaron el nombre de *establecimientos de beneficencia pública*.

La beneficencia pública, este deber de la sociedad, tan ampliamente practicado en nuestros días, viene

en auxilio de la caridad privada, y la suple en caso necesario; remedia lo que puede haber de inseguro y limitado en sus dones individuales; ofrece ancho campo a las limosnas de los particulares; establece el orden, la economía y la unidad en la distribución de los socorros. Y como dispone de grandes medios, funda instituciones muy sólidas y trabaja para el porvenir.

Los establecimientos de beneficencia pública son muchos hoy en día; mas no bastan a pesar de eso para todas las necesidades.

Unas veces son fundados por el mismo gobierno, otras por las ciudades y municipios, otras por particulares que dan generoso y noble empleo a su fortuna, destinándola a la creación de algún instituto caritativo.

Entre nosotros hay muchas sociedades de beneficencia que visitan a los indigentes y les distribuyen a domicilio socorros de toda clase; mereciendo citarse especialmente los que están a cargo de las Hermanas de San Vicente de Paul; esos ángeles de la tierra que, a semejanza de nuestro divino Maestro, pasan su vida haciendo el bien.

El Asilo de Mendigos, los Asilos maternales y muchas otras sociedades sostenidas y ayudadas por el gobierno asisten a los ancianos, a los niños y a las madres indigentes.

Estos diversos establecimientos están secundados por multitud de asociaciones particulares, formadas

con el fin de multiplicar los socorros de toda naturaleza, y de hacer concurrir a las obras de caridad el mayor número posible de personas.

Tales son las asociaciones de señoras o de caballeros cristianos que bajo diversos nombres se han fundado para socorrer a los pobres, a los ancianos, a los niños y a los jóvenes de ambos sexos; las sociedades de patronato y las de San Vicente de Paul, cuyos miembros van a asistir ellos mismos a los pobres en sus tristes viviendas, etc.

No dudo, pues, mis queridas amiguitas, que, cuando os halléis en situación de ocuparos de hacer buenas obras, os apresuraréis a formar parte de alguna de estas útiles asociaciones, en que cada uno, ayudado y sostenido por el ejemplo de todos, aprende a emplear útilmente sus bienes y a pagar al prójimo una deuda sagrada.

No olvidéis nunca que la beneficencia no es solamente una satisfacción infinita para las almas generosas, sino también un deber imperioso, que es necesario cumplir bajo pena de merecer el desprecio de sus semejantes y las maldiciones celestes.

¡Recordad, sino, aquella parábola del rico malo, condenado por la Justicia Divina, porque había dejado sin socorro al pobre Lázaro, que se moría de hambre a su puerta!

Pero volvamos a los establecimientos de beneficencia pública, cuya enumeración habíamos empezado.

Los más considerables e importantes son aquellos que se designan con el nombre de *hospitales* y de *hospicios*.

Un hospital es una casa de caridad, establecida para recibir y curar gratuitamente a los enfermos indigentes.

Los primeros establecimientos de esta naturaleza fueron creados por unas piadosas damas romanas, que se habían retirado a Jerusalén hacia fines del tercer siglo después de Jesucristo, para practicar todas las virtudes cristianas bajo la tutela de San Gerónimo.

Establecieron dos casas, una en que se asistía a los enfermos pobres y otra en que se cuidaba a las personas convalecientes.

Este ejemplo fué rápidamente imitado: los pueblos cristianos establecieron un gran número de casas destinadas a los enfermos, y principalmente a los viajeros, peregrinos y extranjeros; de donde han venido los nombres de *hospicio* y de *hospital*, es decir, *casa de hospitalidad*.

Un número considerable de hospitales fueron también fundados por particulares ricos y por poderosos señores en la época de las cruzadas.

La lepra, enfermedad contagiosa, traída de Oriente por los cruzados, hizo pronto grandes estragos en Europa y requirió el establecimiento de una multitud de casas dedicadas a recibir a los infortunados leprosos. Dichas casas llegaron en Francia hasta el número de diez mil.

Cuando esta enfermedad hubo desaparecido poco a poco, las enfermerías fueron transformadas en hospitales ordinarios. A fines del siglo VI, había pocas ciudades que no tuviesen su hospital.

Los edificios que hoy se destinan a los enfermos están contruídos de tal manera que les ofrezcan salas sanas y espaciosas.

El aire y la luz penetran por todos lados. Avenidas llenas de árboles y con bancos debajo de éstos constituyen un paseo agradable y útil para los convalecientes. El orden, la regularidad, la limpieza, reinan generalmente en los hospitales, y los médicos y cirujanos más distinguidos son los que cuidan a los enfermos. De modo que las personas caritativas que visitan aquellos lugares para llevar algún consuelo a los desgraciados sienten una verdadera satisfacción al ver el feliz resultado de los esfuerzos que se hacen cada día en interés de los pobres, y se admiran de la repugnancia que sienten muchos de ellos, a pesar de su indigencia, para aprovechar los socorros que se les prodigan en dichos establecimientos.

Los hospicios son establecimientos destinados a recoger, no sólo a las personas enfermas, sino a los individuos que quedaron inválidos por su edad o por su debilidad. Durante mucho tiempo los hospicios estuvieron confundidos con los hospitales; porque en ambos se daba asilo a los pobres enfermos, mendigos, alienados y huérfanos. Más tarde

se separaron en lo posible de las casas de Caridad que recogían a los niños, los ancianos y los inválidos, de aquellos que estaban destinados al servicio de los enfermos.

Así es como están organizados hoy, con gran ventaja para todos.

Buenos Aires, y en general toda la República, cuenta con muchos establecimientos de ambas clases, y no poco de ellos, como sabéis, son sostenidos por el esfuerzo de las caritativas y nobles damas argentinas.



XIV.

El amor propio.

De rosas cercada
Y altiva entre ellas,
Su frente inodora
Levanta la adelfa.

Sus vivos colores
El eúro celebra,
Y ciega de orgullo
La flor se presenta.

«¿Cuál hay de vosotras,
Exclama soberbia,
¡Oh flores! que alcance
Vencerme en belleza?»

Ninguna responde,
Y más altanera,
La mísera juzga
De todas ser reina.

Y al ver que a su lado
La blanca azucena,
Gallarda, fragante,
Sus hojas despliega,

« Flor pálida, dice,
¿Y a mí te presentas?
¿No temes acaso
Que yo te oscurezca?

« ¿Y osada por dicha
Tus tallos elevas,
Sin ver mis colores
Lucir en tu afrenta?

« Tu faz torna al suelo,
¡Oh mísera! y deja
Que humildes, sin verme,
Tus pétalos mueran. »

Calló, su alba frente
Dobló la azucena,
Que siempre en silencio
Sufrió la modestia.

Mas pronto una rosa
Salió a su defensa.
¡Dichoso el que amigos
Tan nobles encuentra!

«¿Qué importa, murmura,
Que pálida sea
La flor pudorosa
Que altiva desprecias,

«Si grata, apacible,
Contéplase en ella
De santas virtudes
El místico emblema:

«Si en alas del viento
Suavísima llena
Los anchos espacios
Su plácida esencia?

«Y tú, flor altiva,
Tú, mísera adelfa,
Que más que otra alguna
Te juzgas perfecta;

«Si hermosa a los ojos
Tal vez te presentas,
¿Qué dones reunes
Que al par te engrandezcan?

«Aromas preciados
Tus hojas no encierran,
Tus tallos amargan,
Tu aliento envenena...

« ¡Y tú de las flores
Presumes ser reina?
¡Oh, cual te envanece
Tan loca creencia! »

Funesto amor propio
Tú arrastras, tú ciegas;
De ti el odio nace,
De ti la soberbia.

¡Oh! triste mil veces
Aquel que no enfrena
Los vanos delirios
Que osado despiertas.

ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE.



XV.

Un Arma.

Mina estaba siempre aburrída. Nunca tenía ganas de hacer nada y se pasaba el tiempo bostezando o acostada.

Una tarde de verano se recostó en el césped de la quinta y no quiso saber nada de labores ni de juegos. Llegaba la noche.

— ¡Vamos, perezosa! entra, he ahí el rocío que cae, díjole su tío Carlos, viéndola dormida allí. ¿Qué has hecho hoy? ¿Soñar y dormir como siempre? ¿Piensas que el tiempo te olvida?

Mina se levantó negligentemente sin responder y entró en el salón, donde jugaban sus hermanas menores.

— ¡Ved ahí a Mina! exclamó una de las niñas. ¡Cómo corre el tiempo! Parece que tiene alas, ¿no es cierto, Mina?

— ¡Feliz tú, que encuentras que el tiempo pasa pronto! A mí me parece que marcha muy lentamente.

Dicho esto, fué a sentarse cerca de la ventana, y

colocando la cabeza sobre una mano, se entregó a sus meditaciones habituales.

En medio de su somnolencia, le pareció oír voces que gritaban en tono de desprecio.

— ¡Esclava! ¡Esclava!

Buscó a quién se dirigían estas palabras y vió que era a ella.

— ¡Yo esclava! dijo, ¿y de quién?

— Del Fastidio y de su madre la Ociosidad; y las voces repitieron más fuertes y más amenazadoras: ¡Esclava!. ¡Esclava!

Mina salió afuera — al menos lo creyó así — y después de una carrera desesperada, llegó a una sala inmensa, donde se hallaban un viejo y un niño.

La sala tenía un aspecto singular; estaba enteramente tapizada de agujas; allí las había de todas clases, desde la aguja formada por una espina que empleaban los salvajes, hasta las finas agujas de acero templado que se fabrican en nuestras manufacturas; agujas de coser, agujas de zurcir, agujas de bordar, agujas de tejer, todas tenían allí sus representantes.

A cada momento nuevos visitantes entraban en la sala; el viejo iba a su encuentro, tomaba sin decir nada las agujas que le presentaban, las torcía, las enmohecía y las rompía, acabando silenciosamente y sin descanso su obra de destrucción.

Mina le miraba aterrada e iba a huir cuando el niño se acercó a ella y le tocó el brazo, diciéndole:

— Mira.

Entonces ella observó que, si con una mano el viejo rompía todas las agujas, con la otra hacía nacer agujas nuevas.

— Todo muere por él, dijo el niño, pero todo se renueva también por él.

En este momento, el viejo se volvió hacia Mina.

— ¡Esclava! ¡Esclava! exclamó.

— Yo no soy esclava, dijo Mina.

— Sí, contestó el anciano, y de la peor de las esclavitudes, de aquella en que se esclaviza la conciencia.

— ¿Y cómo salir de ella?

— Combatiendo.

— ¿Cómo he de combatir? No tengo armas, ni persona alguna que me ayude.

— Aquí tienes un arma, dijo el anciano tomando una aguja del muro, y yo, que soy el tiempo, te ayudaré.

Mina había llegado a este punto de su ensueño cuando un dolor agudo en la mano la hizo volver a la realidad; miró asustada y vió que, poniendo su mano sobre la almohadilla, se había pinchado con una aguja.

La tomó, la enhebró y se puso a trabajar en una labor que tenía abandonada desde hacía mucho tiempo.

El tío Carlos había terminado su trabajo; se volvió

hacia los niños y vió a Mina que sonreía, inclinada sobre su costura.

— ¿Qué tienes Mina? dijo. Parece que estás muy contenta.

— Sí, dijo Mina, estoy contenta porque he encontrado un arma para combatir el tedio.



XVI.

Orfandad.

¡Cuánto es triste pensar en tu destino,
Pobre niña que vas por tu camino,
 Sin bienhechora luz;
Atrás dejando, en sus sepulcros yertos,
Yacer el polvo de tus padres muertos
 Bajo la negra cruz!

Tú juegas, pobre niña, tú sonríes;
Cual linda mariposa entre alelías
 Por la existencia vas.
Aún no hieren tu planta los abrojos,
Aún no saben de lágrimas tus ojos,
 Es tu alma toda paz.

En tus ojos purísimos aún tienes
Algo del cielo azul de donde vienes;
 Paloma de candor,
Toda inocencia, hoy eres todavía
Hermana de los ángeles, María,
 La hija del Señor.

Mas ¡ay pobre ángel! cuando el mundo infame
En tu inocente corazón derrame
Su veneno mortal;
Cuando bañada en lágrimas, María,
Exclames sollozando. ¡Madre mía!
Y madre no hallarás.

.....

¡Ay! una madre... corazón que adora
Sin cansarse jamás, ¡Dolor que llora
Nuestro mismo dolor;
Alma a nuestra alma por el cielo unida,
Entrañable pedazo de la vida,
Único y santo amor!...

Una madre es así... y así la mía...
Y no la tienes tú, pobre María;
No hay ángel en tu hogar...
¿Quién te la puede dar sobre la tierra?
Cuanto tesoro el universo encierra
No la puede comprar.

.....

Dios, que al pájaro errante da la espiga,
Y cuida de la alondra, de la hormiga,
Y de la flor de abril;
Dios el clemente, el bondadoso, el Padre,
Es un inmenso corazón de madre
Y el cielo te dará... la tiene allí.

M. M. FLORES.

XVII.

Santa Rosa de Lima.

Primicia de los frutos de santidad que dió la evangelización de la América meridional, fué la santa cuya vida a grandes rasgos reseñaremos. Antes que ella ningún natural de aquellas vastas regiones mereció remontarse al altar cristiano; justo fué, pues, que la proclamaran su celestial patrona, y que siendo inextinguibles los fulgores de sus virtudes, siga coronada con las bendiciones de aquellos americanos pueblos.

Rosa no es el nombre que recibió ella en el bautismo, sino Isabel; pero el color perfectamente rosado de su cutis, la esbeltez de su talle, la hermosura de su fisonomía, valiéronle por espontánea y universal aclamación aquel título. Tampoco la llamaban Rosa, sino *la Rosa*, porque era tenida por la flor de su patria, antes que el olor de los edificantes hechos le conquistaran tal título en el jardín de la Iglesia.

En 1586, esto es, cincuenta y tres años después de haber Pizarro conquistado y tomado posesión del Perú en nombre del rey de España, nació Rosa, de padres españoles. Pertenece, pues, a una de las familias que fueron a establecerse en los nuevos do-

minios patrios, contribuyendo a la obra de civilización y evangelización, que era la gloriosa enseña de nuestras heroicas empresas en aquel período de nuestra historia.

Ya estaba cambiada la atmósfera moral de aquel país cuando nació Rosa, a pesar de los relativamente pocos años desde la conquista recorridos, porque era el Perú terreno ya abonado para producir la cosecha que los misioneros se prometían. Tras la cáscara fea de su tradicional salvajismo y de las preocupaciones idolátricas que allí habían reinado, descubriábase una tendencia al espíritu religioso, que parecía muy capaz de ser rectificado e ilustrado, mejor que en los países vecinos, quizá exceptuando Méjico... Es que ya en muy lejanos tiempos, siglos antes que los españoles, en el siglo X según muchos historiadores, visitó aquella casi abandonada sección de la tierra una colonia de noruegos, y fueron probablemente ellos quienes difundieron allí ideas y enseñanzas que comunicaron a los salvajes un anticipo de civilización y prolegómenos de fe.

Lo cierto es que los hombres del Perú eran ya en el siglo de que nos ocupamos menos reacios que los de otras regiones a recibir y fecundar las enseñanzas y el régimen de sus visitantes, aunque tuviese la visita honores de conquista. Adoraban al Sol, como a Dios supremo, y como dioses menores a la Luna, a Venus, al Iris y a la Tempestad. A estas divinidades consagraban, sacrificándoles, muchos animales; habíanles erigido suntuosos templos, pues el destinado

al Sol en Cuzco tenía cubierto los muros desde el pavimento al techo de láminas de oro, como el templo de Jerusalén. No eran del todo desconocidas las altas virtudes, como lo demuestra la institución de congregaciones de vírgenes, que se retiraban del movimiento mundano a vivir en la contemplación de ideales que nos son desconocidos. Los símbolos religiosos, los objetos del culto eran de puro oro. Los reyes del Perú habían hecho construir grandes palacios en varios puntos del reino. Esto demuestra que los peruanos buscaban ya la fe y la civilización que les aportaron los españoles y explica por qué, tan pocos años después de la llegada de éstos a aquel país, un ejemplar de perfectas virtudes como fué Rosa de Lima, no sólo fuese respetado por el pueblo indígena, sino proclamado su patrona.

Desde que fué iluminada por la razón en los albores de su edad, Rosa abarcó con admirable precisión el ideal cristiano y vió que la mortal vida es el camino del sepulcro y que el sepulcro es el comienzo de la vida inmortal. Uno de los primeros síntomas de la santidad que más tarde con tanta perfección obtuvo fué el desprecio, y más que esto, el horror que sentía a su indiscutible y extraordinaria hermosura. Admirábase de que la admiraran y no la compadecieran, sabiendo que había de ajarse y deshacerse el objeto de aquellas admiraciones; y considerando que aquel beneficio material podía convertirse para ella, a poco que se descuidase, en lazo en que se

prendiera y a la perdición la llevara, crecía su aversión a su hermosura, hasta tal punto que muchas veces con artificiales medios se afeaba; con polvos de fino corcho y pimienta corrosiva entoscaba la finura de su piel, cuando había de aparecer en público, a la manera y con solicitud e ingenio igual que se embellecen con finas esencias las mujeres que la alta sociedad frecuentan. De ésto a las prácticas de penitencia y mortificación no va más que un paso, y diólo Rosa suave y regocijada, haciéndose declarada enemiga de aquella carne, causa de sus zozobras.

El Señor mismo se recreó, como alma privilegiada que le era, en mortificarla como a sus más egregias santas. Decayó el estado de su familia, que era floreciente, y para proveer al sustento de sus padres, a los que profesaba filial cariño y religiosa veneración, púsose a servicio de Montalvo, regio tesorero, sin que el descenso de su posición social hiriera su amor propio. En el desempeño de su nuevo oficio, Rosa observó una asiduidad sin mengua y una fidelidad admirable. Gustábale aquel sencillo empleo, porque la tenía a cubierto de sociales lisonjas; pero Dios quiso poner tal cúmulo de virtudes en lugar a sí consagrado. Entró de religiosa dominica, en cuya comunidad pronto fué modelo de observancia. Desplegó allí el vuelo y remontóse a las alturas de la contemplación, enriquecida con iluminaciones esplendentes que le venían de su íntima unión con Dios, objetivo de sus alientos y encantos. Aquel ángel en

escultura de carne aparecía siempre a la presencia del Señor las sienes coronadas de espinas, a imitación de las que coronaban en la Pasión las sienes del Redentor, porque consideraba ella y decía que el sufrimiento es el camino de la gloria.

Probaba Dios la perseverancia de su sierva y retirábale aquellos consuelos de que para las almas místicas la oración es el raudal, y ella sufría, pero adelantando en el camino de la perfección. «También las estaciones secas, decía, son útiles a la vida.» No era inadvertido el grado de su perfección ni por las religiosas que en ella aprendían, ni por los seglares que la admiraban. Aquella vida tan ajustada, no sólo a los preceptos sino a los consejos del Evangelio, afirmaba la Fe recientemente enseñada a los peruanos, que veían en ella un prodigio vivo del cristianismo.

Rápido fué su paso por la tierra, pues sólo treinta y un años de edad contaba cuando fué atacada por su última enfermedad, que fué larga y penosa, pero que sufrió con admirable paciencia sabiendo que era el camino que la conducía a la verdadera Patria. La santidad de su muerte coronó la universal simpatía que le tenían conquistadas las virtudes de su vida. En 1671, el Papa Clemente V llenó de júbilo a la orden dominicana, al Perú y a toda la América meridional, concediendo los honores del altar a Rosa de Lima, que así fué la primera americana que llegó a tal excelsitud de gloria.

EDUARDO M. VILLARRASA.

XVIII.

La Falsedad.

Joven urraca habladora
Convocaba a toda hora
A las aves con afán.

Y aunque insufrible es su charla,
Curiosas por escucharla
Muchas anhelantes van.

A ella acércase, impaciente,
Tierno jilguero inocente
Que su amistad deseó:

Bien recibido a su lado
Fué, y por ella agasajado
Al instante se miró.

Mas observa que su amiga,
Si a cuantos llegan obliga
Con protestas de amistad,

Cuando se alejan, a todos
Con denigrantes apodos
Satiriza sin piedad.

Ni los tiernos ruseñores,
De la selva trovadores,
Ni la tórtola gentil,

Ni las palomitas puras
Alzan el vuelo seguras
De su mofa necia y vil.

Alguno, con mira impía,
Los sarcasmos aplaudía
Del locuaz y vano juez,

Sin comprender que en su ausencia,
Con igual malevolencia
Será tratado a su vez.

El jilguero, aunque inocente,
Echó, y no en vano, prudente,
Esta cuenta para sí:

« Si en aves de tal valía
Se ensaña la urraca impía,
Después, ¿ qué será de mí? »

Dice; y mudo y aterrado,
Para siempre apresurado
De la falsa amiga huyó;

Y las aves que lo vieron
Su ejemplo en breve siguieron,
Y ella al fin sola quedó.

En vano luego a su lado
Torna el ejército alado
Anhelante a convocar.

Todos con temor se alejan,
Y desdeñada la dejan
A sus solas criticar,

Tened ¡oh niños! presente
Que del falso y maldiciente
Ésta al fin la suerte es.

Si escuchado es un instante,
De su crítica punzante
Recelan todos después.

Que como el cauto jilguero
Puede con razón, severo,
Cada cual pensar así:

«Si éste con fiereza extraña
En los ausentes se ensaña
Después, ¿qué será de mi?»

ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE.



XIX.

La Margarita.

Oid lo que voy a contaros:

Fuera de la ciudad, en el campo, lindando con el camino, se levanta una suntuosa quinta, que sin duda habréis visto todas vosotros más de una vez. La precede un jardín cubierto enteramente de cuadros de flores y rodeado de una verja pintada; y entre el jardín y la quinta se abre un foso alfombrado de césped verde y lozano, por entre el cual asoma una mata de margaritas.

Brillaba el sol, y como sus vivificadores rayos la acariciaban del mismo modo que a las magníficas y preciosas plantas del jardín, crecía y se desarrollaba por momentos. Una mañana la flor abrió su capullo, y sus hojitas blancas y brillantes rodearon el pequeño sol amarillo claro que constituía el corazón de la corola. Y a pesar de que nadie se fijaba en ella, y de que era una florecilla olvidada, no se regocijó menos de haber nacido, volviéndose agradecida hacia el sol, y escuchando con embeleso los cantos de la alondra que cruzaba el espacio.

Tan contenta estaba la margarita, como si el día

en que se abrió fuera día de fiesta, y sin embargo era un lunes: los niños habían ido a la escuela, y mientras ellos, sentados en el banco, aprendían sus lecciones, la modesta flor, erguido sobre su tallo, aprendía a conocer la bondad de Dios reflejándose en el sol y en la naturaleza; y el dulce reconocimiento que sentía, sin poderlo expresar, lo interpretaba la alondra con sus alegres cantos. Así miraba con un especie de respeto al feliz pajarillo sin envidiarle sus alas ni sus cantares. «Veo y oigo», pensaba, «el sol me calienta y la brisa me mece dulcemente. ¡Cuántos seres carecen de una dicha semejante!»

Dentro de la verja había multitud de flores escogidas, que se ponían muy huecas, con la particularidad de que las que daban menos perfume, eran las más desdeñosas. Las peonías se hinchaban para aparecer más grandes que las rosas; pero no se debe al tamaño el mérito de las flores. Los tulipanes eran los que más brillaban por la viveza de sus colores, y como de ello estaban plenamente convencidos, se tenían tiesos como estacas para ponerse en evidencia. Ni las unas ni los otros se dignaron dirigir una mirada a la humilde margarita, la cual en cambio los contemplaba con el mayor respeto, pensando: «¡Cómo brillan! ¡Qué colores tan vivos y hermosos! Sin duda el gallardo pajarillo que descende de las nubes viene por ellas. ¡Loado sea Dios por haberme dado su vecindad! ¡Así podré admirar a mi gusto al lindo cantor!»

Y en efecto, llegó la alondra cantando su acostumbrado *quirevit, quirevit*; pero sin pararse en las peonías ni tulipanes, traspasó la verja, y fué a posarse sobre la yerba, brincoteando entorno de la pobre margarita, que presa de la mayor emoción, apenas se dada cuenta de lo que pasaba.

El pajarillo iba saltando graciosamente y cantaba: « ¡Qué blanda y fresquita está la yerba!... ¡Oh! ¡qué preciosa florecilla, tiene el corazón de oro, y un engaste de plata! »

Es imposible dar una idea del embeloso que sentía la margarita; pero su dicha llegó al colmo, cuando la alondra la acarició con el pico, regalándole un trino de *quirevit, quirevit*, deliciosamente modulado.

Luego se remontó al aire, sin detenerse en otra flor alguna.

Pasó más de un cuarto de hora sin que la margarita lograra reponerse de su emoción; y luego penetrada de júbilo, contempló a las demás flores del jardín, testigos de su ventura y del honor que el pajarillo le había dispensado.

Los tulipanes estaban más tiesos que nunca, y con sus pétalos puntiagudos, cubiertos de manchas rojas, expresaban cólera y despecho por haberse visto puestos a una flor humilde, insignificante; y en cuanto a las peonías, mostrábanse más hinchadas que antes, pues no tienen otra manera de expresar su mal humor.

Notó la florecilla el disgusto de sus vecinas, y esto le causó profunda pena.

Algunos momentos después penetró en el jardín una muchacha armada de un afilado cuchillo que relucía a la luz del sol, y dirigiéndose en derechura hacia los tulipanes, fué cortándolos uno tras otro y se marchó con ellos.

« ¡ Oh, qué desgracia! » exclamó la margarita. « Verse segados en la primavera de la vida. ¡ Dichosa yo que permanezco oculta entre la yerba, sin llamar la atención de nadie! »

En esto llegó el sol a su ocaso, y la florecilla cerró sus pétalos, se durmió y estuvo toda la noche soñando con el pajarillo.

A la mañana siguiente, apenas abrió sus blancas y delicadas hojas, reconoció el acento de la alondra; pero su canto rebosaba profunda melancolía. ¡ Pobre alondra! La habían aprisionado y encerrado en una jaula colgada en una ventana. Con patética tristeza cantaba su libertad perdida, recordando su vuelo rápido como una flecha por la azulada atmósfera, y sus placenteras expansiones a través de los tiernos tallos de los sembrados. ¡ Cómo había cambiado su suerte!

Bien hubiera querido la margarita ayudar al pobre pájaro cautivo, a quien debía los más gratos momentos de su existencia; pero ¿ cómo verificarlo? Sin hacer caso ninguno del sol que brillaba espléndidamente, ni de la felicidad que a su alrededor difundía la naturaleza toda, no pensaba más que en amortiguar los pesares del pobre prisionero, y no viendo medio ninguno, estaba desconsolada.

Al poco rato salieron dos niños del jardín uno de los cuales empuñaba un cuchillo tan grande y afilado como el que llevaba la joven que había cortado los tulipanes.

Entrambos se dirigieron hacia la margarita que no podía adivinar sus propósitos.

«¡Toma! dijo uno de ellos, aquí podremos arrancar un buen pedazo de yerba para la alondra.» Y se puso a abrir un corte cuadrado en la tierra, dejando en medio a la margarita.

«Quita la flor», repuso el otro.

Y la pobre margarita tembló de espanto, no por ver amenazada su existencia, sino porque había vislumbrado la posibilidad de reunirse en la jaula con la alondra cautiva, y esta esperanza pendía del capricho de cualquiera de entrambos chicos.

«No, dejémosla, observó el otro, aquí en medio está muy bien.»

La dejaron, pues, en el sitio en que estaba, y así penetró en la jaula de la alondra.

El pobre pajarillo se quejaba amargamente de su cautiverio, y golpeaba con las alas los alambres de su cárcel. Por primera vez experimentó la margarita un vago sentimiento de envidia: la tuvo de los seres que tienen el don de hablar. ¡Ah! Ella habría querido consolar a la desventurada prisionera.

Así paso toda la mañana.

«No hay agua aquí, dijo la alondra; todo el mundo ha salido sin dejarme una gota de agua. Me

estoy abrasando de sed, tengo fiebre, me ahogo. Voy a morir; no veré más la hermosa naturaleza, la fresca verdura, la luz del sol en que antes me agitaba libremente!»

Al decir esto hundía el pico en el copo de yerba que conservaba un poco de humedad, con lo cual experimentó un breve consuelo. Sus miradas se fijaron en la margarita, y saludándola con la cabeza y acariciándola con el pico, le dijo:

«¡Desventurada flor! También tú te secarás en este horrible calabozo. Vas a morir por mí. Aquí te pusieron con esa yerba que debía servirme de bosque, y a fin de que no echara a menos la campiña por donde antes me espaciaba a mi antojo.»

«¡Si me fuese dable consolarla!» pensaba sin cesar la margarita. Pero la pobre no podía hacer más que exprimir de una vez todo el suave y delicado perfume de su corola. Lo advirtió la alondra, y aunque desesperada iba arrancando todos los tallos de la yerba, tuvo el mayor cuidado en no tocar a la cariñosa flor.

Cerró la noche y nadie se acordó de traer una gota de agua a la cautiva. Entonces tendió sus hermosas alas y las sacudió convulsivamente: de su garganta se exhaló un tristísimo *pip, pip*, inclinó su cabecita sobre la flor y murió de pesar y de sed.

La margarita ya no pudo cerrar sus pétalos y dormir y soñar como la víspera. Apesadumbrada y mustia, se inclinó sobre su tallo.

Los niños no volvieron hasta la mañana siguiente, y al ver al pajarito tendido y sin vida, lloraron con amargura. Luego cavaron en el jardín una bonita fosa rodeada de flores, en la cual enterraron el cuerpo de la alondra metido en un estuche de caoba y seda. ¡Magníficos funerales! Mientras vivió la alondra la tuvieron abandonada; pero una vez hubo muerto la lloraron y la dieron pomposo enterramiento.

En cuanto a la yerba con la margarita, fué arrojada entre el polvo del camino; y nadie pensó en la delicada florecilla, la dulce compañera de la alondra, que gustosa habría dado toda su vida para salvarla.

ANDERSEN.



XX.

La Ardilla, el Dogo y el Zorro.

Madama Ardilla con un Dogo fiero,
Compadre antiguo suyo y compañero,
Salió al campo una tarde a solazarse.
Entretenidos iban en gustosa
Conversación, y hubieron de alejarse
Tanto, que encapotada y tempestuosa
Los sorprendió la noche a gran distancia
De su común estancia.

Otra posada no se les presenta
Que una alta encina añosa y corpulenta.
El hueco tronco ofrece albergue y cama
A nuestro Dogo; la ligera Árdilla
Se sube de tres brincos a una rama,
Y lo mejor que puede se acuelilla.
Danse las buenas noches y dormidos
Quedaron luego. A lo que yo barrunto,
Eran las doce en punto,
Hora propicia al robo y al pillaje,
Cuando aportaba por aquel pasaje
Uno de los ladrones forajidos

De más renombre, un Zorro veterano,
Terror de todo el campo comarcano,
En leguas veinte o treinta a la redonda.

En torno el árbol ronda,
Alza el hocico hambriento

De palpitante carne, atisba, husmea
Y ve a la Ardilla en su elevado asiento.

Y en su imaginación la saborea,

Y la boca se lame,

Y la cola menea;

Mas ¿cómo podrá ser que a tanta altura,

Si no le nacen alas, se encarama?

Iba casi a decir *no está madura*,

Cuando le ocurre una famosa idea.

«Bella señora mía,

Vuesa merced perdone, le decía,

Si interrumpo su plácido reposo.

Después de tanto afán, cuando el consuelo

De hallarla me concede al fin el cielo,

No puedo contener el delicioso

Júbilo que de mi alma se apodera

¿No me conoce Ud.? Su buena madre

Hermana fué de mi difunto padre.

Tengo el honor de ser su primo hermano.

¡Ay! en su hora postrera

El venerable anciano

Me encomendó que luego en busca fuera

De su sobrina, y la mitad le diera

De la hacenduela escasa

Que al salir de esta vida

Nos ha dejado. A mi paterna casa

Sea Ud., pues mil veces bienvenida,
Y déjeme servirla en el viaje
De escudero y paje.
¿Qué es lo que duda Ud.? ¿Qué la detiene,
Que de una vez no viene
A colmar mi ventura en lazo estrecho
Juntando el suyo a mi amoroso pecho? »
Ella que, por lo visto, era ladina
Al par que vivaracha y pizpireta,
Y al instante adivina
La artificiosa treta.
Así responde al elocuente Zorro :
« Fineza tanta, mi querido primo,
Y el liberal socorro
Del piadoso difunto,
Que en paz descanse, como debo estimo.
Bajar quisiera al punto;
Pero ya veis... ¡ Mi sexo!... A la entrevista
Es menester que asista,
Si lo tenéis a bien, un deudo caro,
Que de mis años tiernos fué el amparo;
Es persona discreta
A quien podéis tratar sin etiqueta
Y que holgará de conoceros. Vive
En ese cuarto bajo;
Llamadle.» Don Marrajo,
Dándose el parabién de su fortuna
Que le depara, según el concibe,
Dos presas en vez de una,
Con la mayor frescura y desahogo
Fué, en efecto, y llamó. Pero la suerte

Se vuelve azar. Despierto airado el Dogo,
Se abalanza, le atrapa y le da muerte.
Esta sencilla historia nos advierte
 A un tiempo, hija querida,
 Tres importantes cosas:
De un seductor las artes alevosas,
De la maldad el triste paradero,
Y lo que valen en lances de la vida
La acertada elección de un compañero.



XXI.

Las Estrellas.

Llamamos estrellas a esa multitud de cuerpos luminosos que brillan en el firmamento por la noche, las cuales forman uno de los cuadros más grandiosos de la naturaleza y nos hacen concebir la idea más sublime del Supremo Hacedor. También las veríamos de día si no fuera porque la claridad del sol las hace desaparecer de nuestra vista.

Estos numerosos astros se distinguen en dos clases, que son: estrellas errantes o planetas, porque dan su vuelta en más o menos tiempo alrededor del Sol; y estrellas fijas, llamadas así porque no se las ve cambiar de posición.

Los planetas son cuerpos opacos, que no tienen más luz que la que reciben del Sol, y que describen alrededor de este astro elipses más o menos grandes y casi circulares. Se presume que estos globos inmensos son, así como la Tierra, otros tantos mundos habitados. Antes solo se contaban siete, que eran: Mercurio, Venus, la Tierra, Marte, Júpiter, Saturno y Urano; pero después se descubrió el más lejano,

que es Neptuno, y además otros muchos menores, que pasan de cuatrocientos, y están situados entre Marte y Júpiter.

Son llamadas *estrellas fijas* las que a causa de su distancia prodigiosa nos parece que permanecen siempre en el mismo sitio; sin embargo también se mueven en el cielo; pero estos movimientos son imperceptibles para nosotros. Las estrellas fijas se dividen en estrellas de primera magnitud, segunda, tercera, etc.; y a la simple vista se distinguen hasta de sexta magnitud; pero con el auxilio de instrumentos ópticos se descubre una cantidad innumerable. Lo que llamamos *vía láctea*, ese inmenso cinto blanquecino que vemos en el cielo en las noches serenas, no es más que la acumulación de un inmenso número de estrellas, imperceptibles a la simple vista.

Las estrellas más próximas a la Tierra están a distancias tan grandes de ella que se cuentan por millones de millones de leguas. Su luz necesita más de tres años para llegar hasta nosotros. Muchas se han clasificado por constelaciones, como la Osa Mayor, la Osa Menor, etc., que son unos grupos de estrellas de formas determinadas.

El brillo y dimensiones de estas estrellas varía infinitamente; giran unas alrededor de otras como centros, y cada una arrastra sin duda en sus movimientos sistemas planetarios como el nuestro, a los cuales sirve de Sol.

XXII.

La Rosa de sí misma enamorada.

(APÓLOGO)

Un día, a la alba luz de un puro cielo,
Una purpúrea nacarada rosa
Se miraba en un límpido arroyuelo;
Y enamorada, al verse tan hermosa.
De aquella propia gala,
 « ¿Quién, decía, me iguala
 En brillo ni en colores
Entre la turbamulta de las flores?
 ¿No soy yo la señora?
 ¿Qué vale, con la mía,
De la camelia audaz la fantasía?
 ¿Qué de dalia inodora
La estultez de estrellada simetría?
 ¿Qué la azucena que nominan pura
Con su cansada perenal blancura?
 ¿Y qué la bellorita
Que con mayo se va, si con el viene,
Y, si el sol le da un día, se marchita?
¿Pues y la minutisa ponderada.

Que con tan leve hojilla como tiene,
Del clavel digna esposa,
Siendo del débil sexo, es tan barbada?
La pasionaria hermosa,
Con su misterio triste, aunque profundo,
Buena para el altar, no es de este mundo.
¡La anémona es tan fría! ¡Y la cuitada
Violeta, pobre sierva
Que se esconde, asustada
De verse tan humilde, entre la yerba!
¡Yo sí que soy la reina de las flores!
Cuando en mi tallo el céfiro se mece,
Su aliento se estremece,
Y me dicen sus ecos gemidores
Con plácida dulzura:
— ¡Tú eres luz, y esplendor de la natura!
Las matronas te ansían; su belleza
Con la tuya resalta,
Y luce su cabeza
Más noble y arrogante.
¿Y qué merced más alta
Ofrecé a la que adora el fino amante?
¿No van siempre contigo los amores?
¡Tú sí que eres reina de las flores!
Mientras hablaba así tan dominante,
Al día, antes sereno... (¿quién se fía
En el albor de un día?)
Un repentino viento
Empezó a castigar, y de tal modo,
Que agitándolo todo,
Dió al manso arroyo un ímpetu violento;

Y a la altanera rosa un momento
Embiste, y la despoja
Del espléndido orgullo de su hoja,
Y el arroyo hecho un río... ¡oh desventura!
Se la lleva, y con él va su hermosura,
Quedando ella, desnuda y abatida,
En seco palo estéril convertida.
Aprended, jovencillas, de las rosas,
A temer de los vientos de la vida;
No fundéis vuestro orgullo en ser hermosas:
Sólo amar la virtud es la belleza,
Y amarse uno a sí propio vil flaqueza.

EL CONDE DE CHESTE.



XXIII.

La viuda de Zehra.

El cadí de Zehra, Benbékir, encontró un día a una viuda que vertiendo abundantes lágrimas, arreaba a un pobre asno flaco.

—¿Por qué lloras, pobre mujer? le dijo.

—¡Oh! contestó ella, soy muy desgraciada; este asno, este costal vacío, estos vestidos que me cubren, son hoy toda mi fortuna; el Califa me ha arrebatado el resto.

—¿Y de qué se componía antes tu fortuna? preguntó Benbékir sorprendido.

—De una pequeña granja, patrimonio de mis abuelos, de mi difunto marido y de vuestra servidora; ¡nos era tan querida! Allí habíamos nacido; allí habíamos pasado nuestra infancia; los días felices de nuestro casamiento se deslizaron en ella; ahí todavía, sobre su lecho de muerte, mi marido me hizo jurar que la conservaría intacta para mi hijo. ¡Oh! mientras el pobre niño vierte tal vez su sangre por su príncipe, ¡éste arrebató todo a su madre!

Y los sollozos entorpecieron su palabra.

—¿Y por qué te ha privado de tus bienes el Califá? prosiguió el cadí.

—Porque quiere construirse en ese terreno una casa de campo.

«¡Dios mío! pensó Benbékir, ¡tiene ya tantos palacios y quintas de recreo, y por la satisfacción de contar con una más despoja así a una pobre viuda!»

—¿Qué indemnización te ha dado? añadió en voz alta.

—¡Indemnización! replicó la viuda. ¡No se trata de eso! Al principio, me hizo ofrecer una pequeña suma; pero viendo que yo no quería deshacerme de una propiedad que me era tan querida, me la tomó por la fuerza.

—¿Le has expuesto tu triste situación?

—Me eché a sus pies, los bañé con mis lágrimas, le rogué, supliqué, y le dije todo lo que mi dolor, mi pesar, mi desesperación me sugirieron, contestó la pobre mujer... y el llanto la impidió continuar su narración.

—¿Y tus súplicas no produjeron ningún efecto en él? continuó Benbékir, interesándose por la situación de la infeliz viuda.

—Me ha tratado con toda la dureza imaginable.

Entonces, Benbékir, levantando los ojos al cielo, dijo: ¡Dios todopoderoso, este hombre es tu representante sobre la tierra, el osa rechazar los ruegos de los que sólo reclaman justicia y equidad, mientras tú

acoges con bondad y paciencia las peticiones más injustas e inicuas de los mortales!»

— ¡Señora! añadió después de esta corta reflexión, déjame tu asno y tu costal por unos instantes y sígueme de lejos; yo tengo alguna influencia con el Califa; ¿dónde está?

— Está ahora en la propiedad que yo antes llamaba mía. ¿Pero qué queréis hacer con el asno?

— Tranquilizaos y seguidme, replicó el cadí.

Dicho esto, se apoderó del asno y se dirige hacia donde estaba el Califa, que le hizo una buena acogida.

— Hace ya mucho tiempo que no te he visto; ¿cuál es la causa de que tenga la dicha de encontrarte aquí? le preguntó.

— Ilustre soberano de los creyentes, dijo Benbékir, acabo de prometer que os vería a una pobre mujer a la que...

— ¡Ya comprendo! dijo en tono malhumorado el Califa, y no quiero escucharte por más tiempo; ¿acaso no está en mis facultades el disponer de la vida y de los bienes de mis súbditos?

— Vuestro poder es ilimitado sobre la tierra, contestó Benbékir; pero esta viuda no reclama ya sus bienes de otro tiempo, sino solamente un pequeño reuerdo; si tú quieres permitírmelo, llenaré de tierra este saco; eso es todo lo que pide.

— Si no se trata más que de eso, dijo sonriendo el Califa, puede llenarlo diez veces... De aquí a unos

días, Benbékir, tú no reconocerás ya estos parajes: aquí se levantará un magnífico palacio; allí una caída de agua encantará la vista, y más lejos se hará una alta torre desde la que se podrán ver los alrededores.

— Verdaderamente, replicó Benbékir, que durante ese tiempo había llenado de tierra su costal, ya he terminado mi trabajo. Ahora, ilustre príncipe, permitidme dirigiros un ruego tan insignificante como el primero.

— Habla, contestó el Califa.

— El costal está lleno, ayudadme, yo os lo ruego, a colocarlo sobre la espalda del asno.

— ¡Singular petición! exclamó el Califa. ¿Cómo te atreves a expresarme tal deseo? Llama a uno de mis esclavos, él podrá darte ayuda.

— No me rehuséis señor, está gran merced.

— ¡Insensato! contestó el Califa. ¿No comprendes que la carga es demasiado pesada para mí?

— ¡Demasiado pesada! un costal de tierra, una tan mínima parte de la propiedad que nosotros estamos hollando con nuestros pies... ¡muy pesado un solo saco de tierra! ¡Oh, señor! ¿y no pensáis en el terrible día en que os será necesario comparecer ante vuestro Juez y el nuestro? Ese día, no solamente este costal de tierra sino todo el conjunto de los palacios y las torres que vos tenéis la intención de construir y las lágrimas de los desgraciados a quienes habéis despojado, ¿no serán para vos un fardo mucho más pesado?

Aquí abajo, vos sois dueño absoluto; la vida de vuestros súbditos está en vuestras manos; algunas palabras de vuestra boca son suficientes para hacer millares de desgraciados; pero un día llegará en que estaréis en el mismo rango que vuestros esclavos.

Si no me engaño, continuó Benbékir después de un momento de silencio, vuestro poder actual será para vos la causa de mayores suplicios. Cada uno de vuestros súbditos no tendrá que dar cuenta más que por sí; vos responderéis por todos.—Adiós; ¡perdonad a vuestro esclavo su osadía!

Benbékir se alejaba. El Califa le llamó.

—¡Perdonarte! le dijo, al contrario; te doy mil gracias por haberme hecho comprender la cruel injusticia que estaba cometiendo. Llama a la viuda; que entre en posesión de su herencia paterna; para indemnizarla de sus lágrimas, que se le dé de mis bienes tanto como yo la había quitado. En cuanto a ti, Benbékir, no te alejes de mi lado; quédate conmigo, quiero recompensarte generosamente; los reyes tienen necesidad de un consejero leal que no les oculte la verdad, que les haga evitar las faltas y les mantenga en el camino de la virtud. De hoy en adelante, tú serás el mío.



XXIV.

Una Ofrenda a la Virgen.

Aunque de eternas y brillantes luces
Está tu frente virginal ceñida,
Luces que eclipsan tus supremos ojos,
Reina del cielo;

Y aunque guirnaldas y gloriosos ramos
Entre un concierto de celestes voces
Los querubines a tu paso riegan,
Fuente de gracia;

Y por alfombras el azul del cielo,
La luna, el sol y las estrellas todas
Entre el incienso de tu gloria eterna
Huellan tus plantas;

Admite grata mi sencilla ofrenda,
Humilde, sí, pero sincera y pura
Cual las que allá en la eternidad te ofrecen
Manos sagradas.

Admite, sí, con tu ternura inmensa,
Con tu infinita y singular dulzura,
Mi pobre ramo de modestas flores,
Flores que beso.

Y al colocarlas a tus pies divinos,
Llena de puro y religioso encanto,
Juzgo mirar en tu adorable boca
Blanda sonrisa;

Sonrisa llena de bondad sublime,
De amor intenso y celestial dulzura
Que se derrama por mis venas todas
Suave, apacible.

¡ Oh, madre mía! mientras yo contemplo,
Llenos de llanto los humildes ojos,
Tu faz augusta en que radiantes brillan
Célicas gracias,

Sobre mi frente que humillada inclino
Fija tu santa y celestial mirada,
Para que goce el corazón, Señora,
Dicha suprema.

LUISA PÉREZ DE MONTES DE OCA.



XXV.

Humildad y Soberbia.

Carolina era hija de un honrado artesano, y desde sus primeros años había anunciado viva inteligencia y sensibilidad profunda. Una sonrisa de Carolina consolaba a su madre de todas sus penas, y reanimaba el valor abatido de su padre. Fué época funesta en la que nació esta niña. En la guerra y en el patíbulo se vertía la sangre más pura de Francia; los cadalsos al fin habían caído, pero la guerra continuaba más sangrienta y encarnizada que nunca, y Napoleón pidió al instante su juventud a la Francia. La muerte abría empero tantas brechas en sus filas, que cada día eran precisas nuevas levadas, llegando a tal extremo que ni el título de padre ni el de esposo podían exceptuar a nadie del común destino.

Esta desgraciada suerte le tocó al padre de Carolina, quién, bañando en lágrimas el rostro de su hija, la entregó con amarga pena a los cuidados de su fiel y amada esposa.

«Adiós», les decía, «adiós para siempre... amada esposa... hija de mi corazón; os dejo, pero no es posible resistir la separación de seres tan queridos.»

Aquella despedida cruel costó la vida a su esposa, que murió a los pocos meses presa de una fuerte melancolía que no pudo soportar. Carolina no tenía madre.

Lo que había sido de su padre desde entonces, lo ignoraba. En los primeros días, algunos amigos de la familia se habían encargado de ella, hasta que cierto día paróse un coche delante de la casa de sus nuevos padres; una señora se había presentado, les había dicho algunas palabras, y desde aquel momento se llevaron a la niña a la Escuela Real de San Dionisio.

Este real Colegio estaba fundado por Napoleón, y por cierto fué una noble inspiración la que tuvo este Emperador. Era natural que todos los antiguos guerreros del Imperio fuesen con más valor al combate cuando sabían en manos de quién dejaban sus hijas. Daban su sangre a la patria; pero ésta, en desquite, se encargaba de mantener y educar a aquellas. Ciertamente que, si la igualdad debía reinar en alguna parte, era entre aquellas niñas, que todas recibían la misma educación, pudiendo todas considerarse como huérfanas, porque la muerte les arrabataba cada día, a la una un padre, a la otra un hermano amadísimo. Pero las distinciones sociales habían sabido introducirse hasta en aquel noble asilo, y la hija del general acogía con desdeñosa sonrisa a la del coronel, mientras que ésta apenas se dignaba hablar a la hija del oficial. Así, en las horas de recreación se formaban grupos entre las señoritas de un mismo rango, y allí trataban

hasta de combates y conquistas; otras veces hablaban de su fortuna, de sus familias y del brillante porvenir que les esperaba en el mundo, porque el orgullo y la vanidad se habían introducido en aquella tranquila morada.

Habían pasado diez años; Carolina contaba diez y seis; era una joven hermosa, modesta, cuya mirada dulce, pero melancólica, inspiraba simpatía vivísima a cuantos la miraban. Mientras las otras jóvenes hacían sus grupos y reuniones, ella se paseaba sola por el jardín de la casa, sola, sin familia, sin rango que esperar y despreciada de las demás compañeras porque era hija de un artesano.

Continuamente se la veía, por los lugares más retirados del Colegio, juntar sus manos puras, levantar sus ojos preñados de lágrimas hacia la Virgen su Madre, implorando su consuelo. Otras veces buscaba en el estudio una distracción a sus penas, siendo tanta su aplicación y su celo por la enseñanza, que numerosos premios la recompensaban cada año. La directora del Colegio la quería como a hija propia, sintiendo interiormente la desgracia que parecía seguir a un ser tan débil, y que merecía tanto ser feliz.

Un día se formaron grupos más animados y más numerosos; las conversaciones eran más vivas, y todos los semblantes manifestaban la alegría. Una reflexión penosa venía de cuando en cuando a entristecer a algunas de aquellas jóvenes; pero era un relámpago

que desaparecía pronto, seguido de locas aclamaciones y gritos de alegría. Las pensionistas estaban entreteniéndose con sus sucesos del día, cuando una de ellas llegó muy sofocada:

«¿No sabéis la noticia?» exclamó desde lejos así que la pudieron oír. «¡Un general está en el locutorio! ¡Un general nombrado en el campo de batalla! Yo no he podido saber su nombre; pero viene enviado por el Emperador a traer a Francia las banderas tomadas a los rusos, y ha pasado a ver a una de nosotras.

¡Oh! ¡Cómo todos los corazones palpitaron en aquel momento! Todas esperaban que sería un pariente o un amigo, y se acercaron con ansiedad hacia la puerta para estar prontas en cuanto oyesen pronunciar su nombre. Entretanto, Carolina, la humilde hija del artesano, se hallaba sola en su aposento, meditando en su triste situación. Tomó un libro para disipar la melancolía que la asaltaba; mas en vano procuraba concentrar su atención en la página abierta delante de sí, porque su espíritu estaba muy lejos. Creía ver a su desdichado padre y oír de su boca aquella triste despedida que debía ser eterna.

En esto sintió pasos precipitados que se dirigían a su habitación.

— Niña, preguntan por vos en el locutorio.

— ¡Por mí!...

Pálida y trémula, pero con la esperanza en su corazón, vuela al locutorio; pero la directora de la

Casa le sale al encuentro y le dice profundamente conmovida.

— Hija mía, si vuestro padre, a quien creéis perdido, no lo estuviese... si viviera... si se hallase ahora en...

— ¡Mi padre! ¡mi padre! ¡oh! Por favor, señora, no me engañéis, yo me moriría. ¿Dónde está mi padre? Yo quiero verle, abrazarle...

Al decir estas palabras se le presenta un hombre con brillante uniforme de general, cubierto de cruces y de placas. Carolina retrocede por un movimiento involuntario, no atreviéndose a creer tanta felicidad.

Este solo instante hizo olvidar a la hija del soldado diez años de dolores y de lágrimas.

La Providencia quiso premiar la humildad de Carolina, y la resignación con que había sufrido el arrogante desdén de sus compañeras, cuya soberbia y necio orgullo fueron suficientemente mortificados con tan imprevisto suceso.

Poco tiempo después, Carolina ocupaba, al lado de su padre, el lugar distinguido que en la sociedad le correspondía.

F. F.



XXVI.

La Tumba y la Rosa.

A la Rosa galana

Dijo la Tumba un día:

«¿Qué haces tú con las lágrimas que caía
En tu seno de virgen la mañana?»

Con voz que era una cántiga armoniosa,
Y agitando su pétalo entreabierto,

Le replicó la Rosa:

«¿Do va el despojo yerto

Que en tu abismo recibes siempre abierto?

¡Oye, oh Tumba! yo hago

De este fresco rocío

Miel y perfumes en el seno mío,

Con que a las auras sus caricias pago.»

Y la Tumba exclamó: «Flor generosa,

Yo soy almo consuelo;

Yo hago del cuerpo que cayó en la fosa

El ángel puro, habitador del cielo.»

J. G. COLL.



XXVII.

La Oración.

La plegaria no exige del alma que ruega grandes luces, conocimientos superiores o un espíritu más elevado y culto que el de otros hombres; únicamente exige más fe, más compunción, más deseo de ser librado de las tentaciones y de las miserias humanas. La plegaria no es un secreto o una ciencia que se aprenda de los hombres; un arte y un método desconocidos sobre lo que haya necesidad de consultar a maestros hábiles para saber sus reglas y preceptos. Los medios, las máximas que se nos ha querido dar en nuestros días son o vías singulares que no es necesario jamás proponer por modelos o las especulaciones vanas de un espíritu ocioso o de un peligroso fanatismo que, lejos de ser grato a la Iglesia, ha merecido sus censuras, y servido de irrisión a los impíos, dando al mundo nuevos pretextos de disgusto y desdén por la oración. La plegaria es un deber para el cual todos nacemos instruídos: las reglas de esta ciencia divina no están sino dentro nuestros corazones, y el espíritu de Dios es el solo maestro que lo enseña.

Un alma sencilla e inocente que está penetrada de la grandeza de Dios, advertida de la severidad de su inquebrantable justicia, conmovida por sus misericordias infinitas; que no cesa de humillarse en su presencia, confesando dentro de la sencillez de su corazón sus bondades y sus maravillas, y adorando las órdenes de su providencia para aceptar con valor las penas y los dolores que la sabiduría de sus consejos le impone; que no conoce ninguna plegaria más sublime que la de sentir delante de Dios toda la pequeñez de su propio corazón, gemir sobre su dureza y sobre su oposición a todo bien, pedirle con fe viva que le convierta, que destruya en él la tendencia a pecar, la que a pesar de sus más firmes resoluciones le hace incurrir todos los días en tantas desviaciones del sendero de la perfección; un alma de este carácter está mil veces más instruída en la ciencia de la oración que los maestros y los doctores mismos, y puede decirse con el profeta: *Super omnes docentes me intellexi.* (*Me entiende mejor que todos los doctos.*) Ella habla a su Dios como un amigo a su amigo; se aflige de haberlo ofendido; se reprocha no tener todavía la fuerza de renunciar a todo lo que le agrada; no se complace en la sutilidad de sus pensamientos, se contenta con dejar hablar a su corazón, se abandona a toda su ternura ante el objeto a que únicamente ama. En el tiempo mismo en que su espíritu se descarrila, su corazón vela y habla por ella; sus disgustos mismos forman una plegaria por los senti-

mientos que se forman entonces dentro de su corazón, se entenece, suspira; se disgusta, se acusa a sí misma; siente la dureza de sus cadenas; se reanima como para desprenderlas y romperlas: renueva mil veces sus protestas de fidelidad; trata de ser cada vez mejor; he ahí todo el secreto y toda la ciencia de su oración. Y ¿qué hay en esto que no sea accesible para toda alma sencilla y buena?

¿Quién había enseñado a orar a la pobre mujer cananea? Una extranjera, una hija de Tiro y de Sidón, que ignoraba las maravillas de la ley y los oráculos de los profetas; que no había escuchado aún de la boca del Salvador las palabras de la vida eterna; que estaba todavía sumida en las tiniebras de la ignorancia y de la muerte. Ella oraba, no obstante; no se dirigía a los apóstoles para aprender de ellos las reglas de la plegaria; su amor, su confianza, el deseo de ser acogida, le enseñaban a orar; su corazón conmovido daba el mayor de los méritos a su plegaria.

En verdad que si para orar fuere necesario elevarse a esos estilos sublimes de oraciones, que Dios inspira a algunas almas santas, si fuera necesario estar embelesado, como Pablo, hasta en las profundidades del cielo para comprender esos secretos inefables que Dios no descubre al hombre, o estar, como Moisés sobre la montaña santa, colocado sobre una nube de gloria y ver a Dios cara a cara; si fuera necesario llegar a ese grado de unión íntima con el Señor en que el alma, como si estuviese ya despojada

de su cuerpo, se eleva hasta el seno de Dios mismo, contempla sin velos sus perfecciones infinitas, olvida, por decirlo así, sus miembros éorporales, que permanecen sobre la tierra, no está perturbada ni aún distraída por los fantasmas de los sentidos, sino fija y como absorta en la contemplación de las maravillas y de las grandezas de Dios, y, participando en cierto modo de su eternidad, no contaría un siglo entero pasado en este estado de éxtasis más que como un instante corto y rápido; si, para orar, fuera necesario ser favorecido con esos dones raros y excelentes del Espíritu Santo, vosotros podéis decirnos como los nuevos fieles, según San Pablo, que no habéis recibido esa gracia y que vosotros hasta ignoráis cuál es el Espíritu que comunica tan preciosos dones.

Pero la plegaria no es un don particular, reservado a ciertas almas privilegiadas, es un deber común, impuesto a todo fiel; no es solamente una virtud de perfección y reservada a ciertas almas puras y santas, es una virtud indispensable como la caridad, necesaria tanto a los perfectos como a los imperfectos, fácilmente accesible a los sabios como a los ignorantes, ordenada a los sencillos como a los más esclarecidos; es la virtud de todos los hombres, es la ciencia de todo fiel, es la perfección de toda criatura. Todo el que tiene un corazón capaz de amar al autor de su ser; todo el que tiene un corazón capaz de conocer la nada de la criatura y la grandeza de Dios, debe saberle adorar y rendirle gracias, recurrir a Él,

apaciguarle cuando está irritado, llamarlo cuando está alejado, darle gracia cuando favorece, humillarse cuando Él está herido, exponerle sus necesidades o pedirle dones.

Tanto es así que cuando los discípulos pidieron a Jesucristo que les enseñara a orar: *Doce nos orare*, Él no les descubrió la altura, la sublimidad, la profundidad de los misterios de Dios; les enseñó que para orar solamente era necesario mirar a Dios como a un padre eterno y bienhechor, que siempre oye a quien le habla; dirigirse a Él con una familiaridad respetuosa, con una confianza mezclada de veneración y de amor; hablarle en el lenguaje de nuestra debilidad y de nuestras miserias, invocarle con sencillez de corazón; no pretender elevarse hasta su altura; exponerle nuestras necesidades, implorar su socorro; desear que todos los hombres le adoren y le bendigan; que Él establezca su reino en todos los corazones; que el cielo y la tierra estén sometidos a sus santas voluntades: que los pecadores entren en los caminos de la justicia; que los infieles lleguen al conocimiento de la verdad; que nos perdone nuestras ofensas; que nos preserve de malas tentaciones; que nos tienda la mano en nuestra debilidad; que nos libre de nuestras miserias. Todo es sencillo, pero todo es grande dentro de esta divina plegaria; ella recuerda al hombre que para seguir a su divino modelo no necesita sino sentir bien sus propias necesidades y desear vivamente la redención.

Y he ahí por qué os he dicho que nadie puede ni debe acogerse al pretexto de que no sabe orar y que no conoce tampoco las necesidades infinitas de su alma. Porque, pensad en esto, hermanos míos, ¿es, acaso, necesario enseñar a un enfermo a pedir su restablecimiento, a un hombre lleno de hambre a solicitar su alimento, a un infeliz combatido por la tempestad y a punto de naufragar a implorar socorro? ¡Ay! La necesidad por sí sola ¿no nos ofrece entonces las expresiones que necesitamos para hacer conocer nuestro mal? ¿No se encuentra en el sentimiento mismo de los males que se sufren, esa elocuencia viva, esos movimientos persuasivos, esas súplicas apremiantes que solicitan el remedio? Un corazón que sufre, ¿tiene necesidad de maestro para saber cómo es necesario lamentarse? Todo habla en él; todo expresa su dolor, todo anuncia su pena, todo solicita un consuelo; su silencio mismo es elocuente.

Cuando ama, el corazón sabe bien pronto cómo es necesario proceder para que conozca sus sentimientos el ser amado; no necesita ir a buscar muy lejos lo que debe decir. ¡Ay! él no alcanza a decir todo lo que siente. Restablezcamos el orden en nuestros corazones, hermanos míos; sustituyamos a Dios a la faz del mundo; entonces nuestro corazón no se encontrará ya como un extraño delante del Señor. El desarreglo de nuestras afecciones es lo que produce nuestra incapacidad para orar; no se sabe meditar las verdades que no se aprecian; no se encuentra

nada que decir a un Dios a quien no se quiere conocer; se ignora cómo solicitar dones que se desean, uno no sabe hacer instancias para obtener el perdón de pasiones que no detesta; en una palabra, la plegaria es la lengua del amor, y nosotros no sabemos orar porque no sabemos amar.



XXVIII.

La perfecta Hermosura.

Levántate lozana,
Rosa gentil, orgullo de las selvas,
Que ya brilla en las puertas de la aurora,
Entre celajes de zafir y grana,
El astro rey que los espacios dora.

¿Por qué no alzas tu seno
Más que las flores todas arrogante,
Y no que humilde entre el follaje creces,
Tú, que en el valle y el vergel ameno
Como reina de todas apareces?

¿Qué falta a tu hermosura?
Oro y carmín se aunan en tu frente,
Y entre verdes pimpollos y hojas bellas,
● Fresca, amorosa, y matizada y pura,
Con gracia y majestad siempre descuellas.

¿No ves cuál te engalana
Al matutino albor grato rocío,
Y entre aplausos sin fin el aura leve
Gira amorosa en tu redor, y ufana
Con blando halago tu corola mueve?

¿No ves cómo suaves
Los árboles risueños te saludan
Con sus murmullos dulces y acordados,
Y cuál te admiran las canoras aves
Y señora te aclaman de los prados?

Mas ¡ah! que la belleza
Ignoras que el Eterno te concede,
Y dichosa, al oír que aves y flores
Entusiastas bendicen tu pureza,
Y tu dulce fragancia, y tus colores,

Al escuchar que hermosa
El aura en torno sin cesar te llama,
Tú, que no abrigas insensato orgullo,
Humilde esquivas siempre y temblorosa
Su lisonjero y apacible arrullo.

Ya tu frente se inclina
Si aves, auras y flores te saludan;
Ya carmín más subido te colora...
¡Cual la grata modestia, flor divina,
Tus célicos encantos avalora!

Jamás el necio orgullo
De la hermosa en el alma se entronica
¡Feliz la que temor tan sólo siente
De la lisonja ante el feliz murmullo,
Y del aplauso al seductor arrullo
Humilde inclina con rubor la frente!

ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE.

XXIX.

Los Relojes.

Ernestina acaba de cumplir catorce años; ha rendido brillantemente sus exámenes, obteniendo la clasificación de sobresaliente, y como obsequio del día de su Santo y en premio a su aplicación, le ha regalado su mamá un lindo reloj de oro.

Éste era desde hacía tiempo el objeto de las aspiraciones de Ernestina, y no tengo necesidad de decirles cual fué su júbilo al recibir semejante regalo. No podía separarse un instante de su reloj, y tenía necesidad de apelar a todo su buen criterio para no darle cuerda tres o cuatro veces por día.

Carlos, el hermano de Ernestina, ambicionaba vivamente semejante premio y se prometió merecerlo muy pronto, trabajando con todas sus fuerzas.

—He ahí un pequeño aparato, dijo el papá de Ernestina a sus hijos, que habría despertado pocos siglos ha la admiración y la envidia de los reyes. Hoy día, con nuestros relojes y nuestros péndulos, medimos el tiempo muy fácilmente, pero en otros tiempos no sucedía lo mismo. ¿Queréis saber cómo

se arreglaban los antiguos cuando no se conocían ni relojes ni péndulos?

— Ciertamente, papá, dijo Ernestina, porque no comprendo cómo es posible darse cuenta del tiempo y de la hora sin relojes.

— Te haces más ignorante de lo que eres, hija mía. Seguramente has notado muchas veces sobre la pared de la escuela ese cuadrante donde las horas están indicadas por la sombra de una aguja de hierro.

— ¡Ah! sí, papá; ¡un cuadrante solar!

— Pues bien, hija mía, éste fué el primero de todos los relojes. A mediados del siglo séptimo antes de Jesucristo, un astrónomo caldeo enseñó a los griegos el arte de construir cuadrantes solares. De allí llevaron el invento a Sicilia y a Roma.

Pero la presencia del sol es indispensable para hacer funcionar el cuadrante solar. A fin de poder medir las horas en cualquier momento, se idearon luego los relojes de agua o *clepsidras*, compuestos de dos frascos de igual tamaño, colocados el uno debajo del otro en sentido opuesto y juntándose por sus bocas, que eran muy estrechas, como dos botellas cuyos golletes estuviesen aplicados el uno contra el otro por su abertura.

El frasco superior dejaba caer, gota a gota, en el frasco inferior el líquido de que se hallaba colmado. Cuando el inferior estaba lleno y el otro, por consiguiente, vacío, se invertía el aparato y el agua comenzaba a caer de la misma manera que antes.

Los frascos estaban dispuestos de tal modo que el líquido empleaba una hora, media hora o un cuarto de hora en pasar de uno a otro, y servía así para medir cierto período fijo de tiempo.

Las clepsidras recibieron a menudo una forma más elegante y muy ingeniosa. Un pequeño aparato dejaba caer el agua gota a gota en un largo tubo dividido en grados, a lo largo de los cuales el líquido se elevaba poco a poco, o bien en un vaso sobre el cual flotaba, por ejemplo, una figurita de niño que con la mano extendida indicaba la hora en una columna graduada y colocada en el centro del vaso.

Las clepsidras fueron pronto reemplazadas por los *relojes de arena*, instrumentos del mismo género, pero cuyos frascos están llenos de arena. Esta substancia, que se desliza con menos ligereza que el agua, puede medir, por consecuencia, un lapso de tiempo más considerable.

Ya ves, hija mía, que semejantes relojes son incómodos, pues necesariamente se detienen en el instante mismo en que la arena y el agua dejan de caer. De ahí que si sirven para medir la duración de una hora, no pueden indicar si se está a tal o cual hora del día. Comprendes muy bien que los relojes deben servir para estas dos cosas a la vez; porque, si es útil a menudo el saber cuanto tiempo se emplea en cierta ocupación, no lo es menos el saber en qué momento del día estamos, a qué distancia nos hallamos de la mañana o de la noche. Así es que debe mirarse como

un acontecimiento de extrema importancia el descubrimiento de los relojes de ruedas y de resorte que reunen, a más de la condición de darles cuerda de tiempo en tiempo, las dos indicaciones esenciales de que acabo de hablar.

Parece que los primeros relojes de ruedas fueron inventados hacia el siglo octavo de nuestra era. Marchaban con la ayuda de un peso suspendido, que hacía dar vuelta a las ruedas; tales son, todavía, los relojes que se ven frecuentemente en los campos.

El emperador Carlomagno recibió del califa de Bagdad, Haroum - al - Raschid, uno de esos relojes, como un regalo maravilloso.

Se imaginó muy pronto regular el movimiento de estos instrumentos por medio de un péndulo o sea una varilla de hierro, terminada por un disco, que se balancea debajo del reloj y que le ha dado su nombre. Los relojes de repetición no fueron inventados hasta más tarde, hacia el siglo décimocuarto. Bajo el reinado de Luis XI de Francia (siglo XV) se comenzó a fabricar pequeños relojes con timbre que podían transportarse y servir, aunque no tan cómodamente, para los mismos usos que nuestros relojes de bolsillo.

Éstos eran entonces verdaderos objetos de lujo, reservados para los palacios de los reyes.

Se cuenta que un gentilhombre de la corte de Luis XI, habiendo perdido en el juego sumas considerables y viéndose completamente arruinado, se dejó arrastrar por la tentación de robar un pequeño reloj

portátil que se hallaba en la cámara del rey, con la culpable esperanza de venderlo a elevado precio a algun príncipe extranjero. Lo ocultó en uno de sus grandes mangas, pero al cabo de dos o tres minutos el reloj dejó oír su campanilleo y de este modo descubrió al ladrón, que en ese momento estaba a algunos pasos del rey.

Luis XI se volvió al oír el ruido que partía tan inopinadamente de la manga del gentilhomme, y le pareció la aventura tan chistosa que prorrumpió en una carcajada, y en lugar de castigar al autor del hurto, le regaló el reloj, cuando supo la causa que lo había impelido a una acción tan denigrante.

En el siglo décimosexto se comenzó a reemplazar los pesos por los resortes, lo que permitió colocar los relojes o péndulos sobre los muebles, mientras que los pesos obligaban a colgarlos a lo largo de las paredes, a bastante altura.

Los relojes de bolsillo propiamente dichos fueron inventados en el siglo décimosexto, y en su arreglo ocupaba buena parte de sus ratos libres el emperador Carlos V, cuando se retiró al monasterio de Yuste después de su abdicación.

Pero estos primeros relojes, mi querida Ernestina, se parecían muy poco a ese pequeño instrumento, aplastado y ligero, que se oculta tan fácilmente en tu bolsillo: eran grandes máquinas pesadas, voluminosas, ovales, que se llevaban suspendidas del cuello. Por eso los primeros relojes de esa clase, fabricados

en Nuremberg (Alemania), fueron llamados *huevos de Nuremberg*.

Los relojes de repetición fueron inventados a fines del siglo décimooctavo.

Poco a poco se ha ido disminuyendo el volumen de los relojes de bolsillo sin perjudicar su movimiento, y hoy día se halla en casa de nuestros hábiles relojeros relojes que no son mayores que una moneda de dos francos.

Se fabrican para los viajes marítimos y las observaciones astronómicas unos relojes llamados *cronómetros*, cuya precisión es verdaderamente maravillosa.

Los perfeccionamientos introducidos en la construcción de estos útiles aparatos le ha valido al relojero *Breguet* una verdadera celebridad.

De entonces acá esta industria ha progresado muchísimo, y ya se fabrican hermosos cronómetros de bolsillo.

Ya ves, hija mía, que estamos muy lejos del tiempo en que era necesario esperar un rayo de sol para conocer la hora, o volver veinte veces por día un reloj de arena para seguir la marcha del tiempo. Hoy día podemos con poco gasto, gracias a nuestros péndulos y a nuestros relojes, poner en nuestras ocupaciones la mayor regularidad.

No basta medir el tiempo con exactitud; es necesario, sobre todo, aprender a emplearlo bien. El reloj que nos señala una hora perdida en la ociosidad o

consagrada a pasatiempos inútiles nos dirige un silencioso, pero elocuente, reproche. ¿Por qué razón — parece decir — por qué razón he de medir el tiempo para aquel que no sabe usarlo?

Piensa en ello, hija mía, mirando el reloj que te he dado en premio de tu aplicación, es decir, del tiempo que has sabido emplear bien, y no olvides esta frase del sabio Franklín que he tenido quizás ocasión de citarte otras veces: «¡Oh, amigos míos! no perdamos el tiempo, porque ésta es la tela de que está hecha la vida».



XXX.

El « Padre nuestro ».

(CUADRO NOCTURNO).

Escenario: una alcoba; entre albas nubes
De transparente gasa y lazos rosas,
Aguardando a sus dueños, tres querubes,
Tres diminutas camas primorosas.
Actores: una madre, dos chiquillas
Que no suman entre ambas nueve años,
De ojos negros y mórbidas mejillas,
Cabellos ondulantes y castaños;
Un chiquitín que goza sueño blando,
Al seno de la madre suspendido,
E invisibles, cuatro ángeles velando
Por la dicha inefable de ese nido.
Las dos niñas se han puesto de rodillas,
Y alzando hacia la joven sus miradas,
Unen con santa unción sus manecillas
Y recitan las preces consagradas.
«*Padre nuestro*», comienza en tono grave
La religiosa dama; y las pequeñas:
«*Padre nuestro*», repiten con voz suave;
Y: «Mamá, mire al niño que hace señas
Y se ríe», interrumpe la chiquita.

— ¡Silencio! Ahora rezad: tú, Luisa empieza:

Padre nuestro...

— Mamá, lo sé solita:

Padre nuestro que estás... Julia no reza.

— Vamos, ¿no seguiréis? *Que estás...*

— *Que estás*

En los cielos

— *Los cielos...*

— ¡Claro, ea!

— ¿En los cielos mamita? — ¿Allí no más?

Papá me ha dicho que, aunque no le vea,

Él se halla en todas partes...

— ¡Pizpireta!

Vais a empezar de nuevo, por castigo.

— Mi papá me ha ofrecido una peseta...

Y a mí también...

— Si de corrida digo

Los Mandamientos y la *Salve* entera.

— ¡Pero tú no lo sabes y yo sí!

— ¿Qué no lo sé? Verás. *Los Manda...*

— Espera...

— ¿Vais a reñir?

— Si Julia...

— ¿Yo, que? Di:

— Basta, que ya me enojo. ¡Quietecitas!

¿De ver al niño no tenéis vergüenza

Más formal que vosotras?

— Las manitas,

Mamá, las ha enredado aquí en mi trenza

Y sabe tirar duro... ¡Ay, señorito,

Suelta!...

— No grites, que ya arruga el ceño.

— ¿Mas, por fin, no rezamos un poquito?

— Muy poquito, que estoy muerta de sueño.

—Volved a arrodillaros. Ya está: ahora,
Tornad hacia esa imagen vuestros ojos
Y a la Virgen pedid, Reina y Señora,
Con el alma también puesta de hinojos,
Que de talento en vez, belleza y oro,
Os dé de un alma justa la templanza,
De critianas virtudes el tesoro,
Santa Fe, ardiente Amor, viva Esperanza;
Humildad, mansedumbre y obediencia
A todos los preceptos celestiales;
Pues los bienes mayores seran males
Si tenéis una mancha en la conciencia.
Pedidle que conserve sin mancilla...
Mas ¿qué veo, dormís?... »

Sí; ya reposa
En graciosa actitud, sobre una silla,
De Julia la cabeza primorosa;
Mientras que de su madre en el regazo
Mezcla con los rosados piececillos
Del gordinflón *bebé*—doblando un brazo,
Y sobre él acostada— los anillos
De su cabello, la hechicera Luisa...
Vaga aún por los labios sonrosados
De entrambas niñas plácida sonrisa...
¡Venid, venid, pintores inspirados,
Venid, grandes poetas y escultores;
De esos niños la angélica figura,
De los maternos ojos los fulgores,
Copie el mármol, el verso o la pintura!

LASTENIA LARRIVA DE LLORACH.

XXXI.

Sor Juana Inés de la Cruz.

(CÉLEBRE POETISA).

Entre las mujeres americanas, ésta es la que más se ha distinguido por su gran talento y su vastísima cultura e ilustración, siendo conocida entre sus coetáneos con el nombre de *Décima Musa*, y pasando su fama al través de los mares, hasta remotas tierras.

Nació en San Miguel Nepant el 12 de noviembre de 1651, siendo sus padres D. Pedro Manuel Asbaje, natural de Vergara en Guipúzcoa, y la señora mejicana doña Isabel Ramírez de Cantillana, que poseían bastantes bienes y un puesto distinguido en la sociedad. Desde muy niña, sor Juana comenzó a dar pruebas que se pueden llamar maravillosas, sobre todo en una época tan atrasada en civilización, en la entonces llamada colonia de la Nueva España. Ella misma nos habla con candor y verdad de su niñez: «No había cumplido los tres años de mi edad, cuando enviando mi madre a una hermana mía mayor que yo, a que se enseñase a leer con una de las que se llaman amigas, me llevó a mí tras ella el cariño y la

travesura; y viendo que la daban lección, me encendí yo de manera en el deseo de saber leer, que engañando, a mi parecer, a la maestra, la dije: *Que mi madre ordenaba me diese lección*. Ella no lo creyó, porque no era creíble, pero por complacer al donaire me la dió. Proseguí yo en ir, y ella prosiguió en enseñarme, ya no de burlas, porque la desengañó la experiencia, y supe leer en tan breve tiempo que ya sabía cuando lo supo mi madre, a quién la maestra lo ocultó por darle el gusto por entero y recibir el galardón por junto: y yo lo callé creyendo me azotarían por haberlo hecho sin orden».

A la corta edad de ocho o nueve años se la llevó a la capital, en donde un bachiller llamado Martín de Olivas le dió unas veinte lecciones de idioma latino, que después poseyó perfectamente, y se dedicó al estudio con intenso cuidado, «que siendo así — dice — que en las mujeres (y más en tan florida juventud) es tan apreciable el adorno natural del cabello, yo me cortaba de él cuatro o seis dedos, midiendo hasta donde llegada antes e imponiéndome ley, de que si cuando volviese a crecer hasta allí, no sabía tal o cual cosa, que me había de volver a cortar, en pena de la dureza. Sucedió así, que él crecía, y yo no sabía lo propuesto, porque el pelo crecía aprisa y yo aprendía despacio, y con efecto le cortaba en pena de la dureza; que no me parecía razón, que estuviese vestida de cabellos cabeza que estaba tan desnuda de noticias, que eran más apetecible adorno».

Volaba por todas partes la fama de su perspicaz ingenio, de sus gracias personales y su gran erudición, de tal modo, que fué nombrada dama de honor de la virreina, esposa del conde de Paredes D. José de la Cerda, marqués de Laguna, y sustituto del rey en Méjico. Esa corte era un remedo en galantería de los últimos años del reinado de Felipe IV, y aquellas costumbres un poco licenciosas debieron poner a prueba y acrisolar después la virtud de nuestra poetisa, que mil veces se vería atacada por la insinuante lisonja, a que servirían como imán poderoso su cabal belleza y su agudo talento. El virrey, para probar el grado de saber de Sor Juana, llamó a los hombres más doctos que encerraba la capital, para que la examinasen en las materias más raras y difíciles, y a todos dejó admirados por su sabiduría y la prontitud de sus respuestas, lo que sirvió para levantar a más alto grado el pedestal de su fama.



XXXII.

A la muerte de una joven.

¡Ya el cisne del arroyuelo
Perdió sus gentiles galas,
Tuvo que plegar las alas
Al tender su primer vuelo!

Dura suerte

Que nos sorprenda la muerte,
En esa edad de emociones
Y ocultas palpitaciones;
¡Cuando soñando quimeras
Cierne sus alas la mente
En el éter transparente
De diez y ocho primaveras!

Cuando a través de un cendal
De luz, el mundo se mira,
Y se siente y se respira
Un aire primaveral;

Y los sueños

Vaporosos, halagüenos,
Nos embriagan con la esencia
De la primera inocencia;
Y allá en el alma, cual una
Lluvia de igneo meteoro,
Vuelan mariposas de oro
Y tiemblan rayos de luna.

¡Oh, niña casta y gentil,
Muerta en tus dichas primeras,
Cual mueren las tempraneras
Rosas de Marzo y Abril!

Tu hermosura

Eclipsó la muerte obscura,
Hiriendo apenas sus galas
Con la punta de las alas:
No te dejó cruento rastro,
Y así duermes dulcemente
Como una Venus yacente
En su lecho de alabastro.

Vi con profunda amargura
Llegar tu supremo instante;
Vi cubrirse tu semblante
De una nítida blancura:

Vi tu frente

Doblarse lánguidamente;
En tu pupila apagada
Temblar tu postrer mirada,
Y por tus mejillas yertas
Vi rodar el llanto frío,
Cual dos gotas de rocío
Sobre dos camelias muertas.

¡Cómo el recuerdo me hierde
De tu marchita belleza!
¡Qué infinita es la tristeza
De una joven que se muere!

Aun te veo

Al vago y tardo chispeo

Del flamero funerario
Que alumbraba tu calvario;
Y a su luz tenue y cobarde
Contemplo en tu frente fría,
La dulce melancolía
Del héspero de la tarde.

Yo vertí con aflicción
Por tu ausencia repentina,
Esa lluvia cristalina
Que brota del corazón.

¡Qué elocuente

Es llorar cuando se siente!
¡El llanto es iris que calma
Las tempestades del alma!...
Mas, ¿por qué tu larga ausencia
Todos llorando, sentimos,
Si en la tumba recibimos
Germen de nueva existencia?

¡Feliz!... Huyes con la palma
De la virgen inocente.

¡Sin una mancha en la frente,
Sin una sombra en el alma!

Si la tierra

Se agita en perpetua guerra,
Y sólo encuentran los ojos
Nieblas, y los pies abrojos:
Si hondas las penas nos hieren
En los mundanos desiertos,
¿A qué llorar por los muertos?
¡Dichosos los que se mueren!

¿A qué llorar, si el caído
Sabe en acerbo quebranto,
Que nuestras gotas de llanto
Sorbe voraz el olvido;
 Que el consuelo
Borra esa pena, ese duelo
Que allá en el alma nos dejan
Los que del mundo se alejan?
¡Ay! por eso esculpe nombres
En las losas el cincel;
¡Que hasta el mármol es más fiel
Que el corazón de los hombres!

¡Goza tu vida inmortal
Do las almas se confunden
En el alma universal!

 Ya tu vida
Es una chispa perdida
En la impenetrable esencia
De la infinita existencia...
Y de tu ausencia al través
¿Qué nos dejas, niña hermosa!
¡Tu nombre sobre una losa,
Sobre la losa un ciprés!

JOSÉ JOAQUÍN PALMA.



XXXIII.

Sor Teresa.

Entre los héroes de fines del siglo XVIII muchos quedaron ignorados para siempre; sólo Dios ha podido contemplar muchas sublimes acciones. Sin embargo, algunos hechos y algunos nombres nos han quedado, y por fortuna no de los menos ilustres.

Lo que voy a contar pasó en pleno período revolucionario, en 1793.

Muchos sacerdotes, dispersos, se ocultaban; ofreciendo de tiempo en tiempo el Santo Sacrificio, y no administrando los sacramentos más que con peligro de su vida y de la vida de los asistidos.

Sin embargo, varias santas mujeres que pertenecían a la orden fundada en el siglo anterior por San Vicente de Paul, aunque perseguidas por los hombres sanguinarios del Terror, no dejaban de ejercer su misión de abnegación y caridad.

Muy grande era la miseria en aquella época terrible. Nadie trabajaba. ¿En qué se habría podido trabajar? ¿Quién habría soñado en construir o reparar alguna casa? Nadie pensaba en adornos ni en modas. La gente se ocultaba bajo humildes y modestos vestidos.

La mayor parte de las familias que ocupaban obreros de todas clases, ya directa o indirectamente, habían visto subir al cadalso a varios de sus miembros; muchos estaban encerrados en hediondas cárceles, esperando análoga suerte; los demás habían huído, expatriándose. Ya no había trabajo para los obreros de ambos sexos; aquello era pues la miseria, la miseria más completa, más negra, aumentada con todas las tristezas, con todas las angustias que se sufrían en aquellos tiempos.

Y la gente que trajo semejante estado de cosas, se alababa de ser patriota y amiga del pueblo.

Los verdaderos amigos de los pobres y de los que sufren, eran entonces, como ahora, los mismos. No hablaban sino que obraban, a costa de mil fatigas y peligros.

En el mismo París, muchas familias eran socorridas por una Hermana de San Vicente de Paul, conocida con el nombre de Sor Teresa. Las horas de aquella santa mujer se contaban por el número de sus buenas acciones. Mucho se la elogiaba... pero esperemos el fin de este relato para hacernos eco de las confidencias que entre sí se hacía la gente pobre asistida por su infatigable caridad.

*
* *

Era la noche del 25 de Diciembre de 1793. Triste fiesta de Navidad en aquella ciudad, en que tantas

cabezas acababan de caer y en donde los sacerdotes no podían dar a los desgraciados los consuelos espirituales, rodeándose de mil precauciones.

Los malhechores podían sin temor alguno circular por doquier; los verdaderos amigos, los verdaderos consoladores, los verdaderos sostenes de aquellos que sufren estaban vigilados como envenenadores, asesinos o peligrosos enemigos de la humanidad. Ésta es una historia que se renueva con harta frecuencia desde el establecimiento del cristianismo. Cuando no se le hace guerra con espadas y cañones, se intenta matarle con malas e injustas leyes.

Pues en aquella noche del 25 de Diciembre de 1793, tan triste y tan desolada, Sor Teresa se encontraba en una miserable vivienda de la calle Taitbout, momentáneamente bautizada con el pomposo nombre de calle de Bruto.

En aquella pobre buhardilla una joven acababa de dar a luz a dos gemelos; en aquella noche bendita, los dos recién nacidos no tuvieron cuna donde dormir, y les faltó poco para que, como el Salvador del mundo, no tuvieran más que un poco de paja donde acostarse.

La más horrorosa miseria reinaba en aquella choza, pues a más de los dos pequeñuelos, lloraba un niño mayorcito—de unos tres años—y el pobrecito se moría de hambre y se consumía por la fiebre.

El padre de estas pobres criaturas había muerto tres semanas antes, y en aquella triste época poco

podía esperarse de la caridad de los vecinos; pues unos estaban en la mayor miseria, y los que no, eran muy egoístas.

Sor Teresa, después de haber provisto a lo más urgente, se halló en una gran angustia, porque no poseía ni la más ínfima moneda, y aquellos desgraciados necesitaban pan y fuego. Recurrió, pues, a su único refugio en los más críticos momentos; rogó al Niño Jesús que ayudara a las desnudas criaturas, pidiéndole una inspiración para salvar de una muerte segura a la pobre madre y a los hijos.

* * *

Mientras iba rogando, la religiosa no se quedaba inactiva; sino que con pedazos de ropa vieja tapaba las rendijas de las puertas y ventanas. Entregada estaba a tal faena, cuando por los cristales, sin cortinas de la ventanita, vió en frente, del otro lado de la calle, un hotel magníficamente iluminado.

«¡Ah! es el niño Jesús que contesta a mi oración»; dijo para sí Sor Teresa. «Allí habrá con que calentar y alimentar a estos pobres seres».

Sor Teresa sabía perfectamente que la casa en que estaban de fiesta era la vivienda de un feroz convencionalista, de uno de aquellos hombres que se habían enriquecido con los despojos de los desgraciados a quienes enviaron al caldalso.

Si Sor Teresa no hubiese consultado más que sus repugnancias, muy grandes, no hubiera puesto el pie

en aquella casa; pero no tuvo un solo momento de vacilación. Por aquella vez, a lo menos, la fortuna salida del crimen sería empleada para una buena obra. Y ella, Sor Teresa, la piadosa y la caritativa, se empeñó en conseguir una limosna de aquel hombre, que no hizo ninguna quizás en toda su vida.

« ¡Estamos salvados! » se dijo en un ímpetu de alegría. Después, dirigiéndose a la pobre mujer, con un tono de voz de angélica dulzura, añadió: « Dadle gracias a Dios. Dentro de algunos instantes volveré con leña, pan, caldo y leche para vuestros pequeños y para vos. ¡Paciencia! »

La pobre madre sonrió a su buen ángel y Sor Teresa bajó de cuatro en cuatro las escaleras de aquella vivienda.

*
* *

Sor Teresa no logró llegar hasta aquel ricacho, más orgulloso que un príncipe, sino con muchísimo trabajo. A aquel hombre no le gustaba que le estorbaran cuando se hallaba en alguna fiesta, y después le habían dicho que la persona que le esperaba en la puerta iba modestamente vestida, por no decir pobremente. Por supuesto que Sor Teresa no llevaba el traje con que se visten generalmente las Hermanas de la Caridad; pues en aquellos tiempos no era permitido llevar ni el velo más sencillo.

Por fin, el señorón recibió a la intrépida religiosa para que le dejara en paz.

— ¿Qué quieres? preguntó con aquel grosero y brutal lenguaje que los suyos usaban, como expresión de la verdadera fraternidad.

— Pido limosna, contestó con suave, pero digno modo Sor Teresa.

— ¿Para ti?

— No, para mí no; para mis dueños.

— ¿Tus dueños? ¿Eres sirvienta?

— Sí, lo soy.

— ¿Y de quién?

— De los pobres.

— ¿Qué significa esto?

Sor Teresa se puso a contar todo de una manera muy conmovedora, narrándole con tristes palabras la lamentable historia de aquella joven viuda, madre de tres hijos; haciéndole notar que, a pesar de hallarse en el rigor del invierno, no tenían vestidos, lumbre ni alimentos en aquella miserable choza.

*
* *

Aquel ricachón la escuchó haciendo grandes esfuerzos para permanecer impassible, tal como exigía su dignidad, y después le hizo esta absurda pregunta, tan ridícula que hubiera podido hacer reír a Sor Teresa a no ser por lo grave de las circunstancias y porque pensaba que había ya triunfado de aquel duro corazón:

— ¿Son patriotas?

— Ya lo creo que son patriotas, repuso ella vivamente, y tan es así que gritan hasta desgarrar el alma.

— ¡Pues bien! toma eso para ellos, contestó el personaje con áspero tono, dándole algunas monedas. Y no te olvides de hacerles gritar: ¡Viva la Nación!

— Para eso, habrá que esperar todavía algún tiempo; contestó sonriendo la religiosa.

Admirado por la sangre fría de su interlocutora, el señorón le preguntó:

— ¿Cómo te llamas?

— Sor Teresa.

— ¡Eso no es un nombre!

— ¡Pues no tengo otro!

— Vamos, ¡ya sabes lo que quiero decir! Sor Teresa es tu nombre de convento... pero antes, cómo te llamabas?

— ¿Antes? contestó la religiosa dirigiéndose hacia la puerta, antes me llamaban... ¡Luisa de Montmorency!

Y dejando confuso al ricacho, al oír ese apellido, de los más nobles de la historia francesa, aquella noble alma se retiró presurosa para ir a llevar un poco de consuelo y de cuidados verdaderamente maternos a los indigentes a quienes servía y a los cuales amaba como si fuesen miembros de su familia, porque en ellos veía al Salvador Jesús, ¡a su Dios amado y adorado!

El secreto de la verdadera fraternidad consiste en esto, y no en otra cosa.

PEDRO DE VINÇA.

XXXIV.

El Lirio.

Una mañana deliciosa y pura,
De esas que brillan en mi patria amada,
En que el alma contempla embelesada
El aspecto risueño de natura,
Por un valle de hermosa perspectiva
Vagaba yo callada y pensativa.

El canto de una tórtola sencilla
Causó a mi herido corazón tristeza,
Y dirigí mi planta con presteza
De un manso arroyo a la frondosa orilla;
Allí mi seno palpité gozoso
Un cuadro contemplando delicioso.

Un pavimento de esmeralda ameno
Nunca agostado por ardiente Estío,
Coronado de gotas de rocío
Luce a mis ojos de frescura lleno,
Y en él vertiendo delicado aroma
Un blanco lirio con modestia asoma.

Un lirio era de color de perla
Que del arroyo al agua cristalina
Su corola inclinaba peregrina

Cual si quisiera con placer beberla,
Y así su cáliz perfumado mueve
El aura suave, vaporosa y leve.

Inspira pensamientos apacibles
Su nevada y poética blancura,
Y al soplo halagador del aura pura
Agítanse sus pétalos flexibles;
Y ya busca, meciéndose, ya deja
La corriente fugaz do se refleja.

Como juega feliz niño inocente
De un arroyuelo en la ribera grata,
Y en el torrente de disuelta plata
Posa y retira la rosada frente,
Así jugar al lirio yo veía
Con el cristal que bajo dél corría.

Del lirio contemplé la forma bella
Retratada en los líquidos espejos,
Y del sol los espléndidos reflejos
Lucir lo hacían cual serena estrella;
Y yo, viendo sus galas, disfrutaba
Un placer celestial que me embargaba.

Porque gracioso en el esbelto tallo
Como un vaso riquísimo de esencia,
La frente rebosando de inocencia,
Del Sol alzaba el amoroso rayo;
Mas luego que la luz lo fatigaba
Al agua tembloroso se inclinaba.

A esa flor de castísima pureza
Un suave afecto natural me liga,
Y ella siempre será mi dulce amiga,
Y la flor que engalane mi cabeza;
Siendo todo mi encanto y mi delirio
Ir al valle a cuidar mi blanco lirio.

LUISA PÉREZ DE MONTES DE OCA.



XXXV.

El Jardín encantado.

(PRIMERA PARTE).

Había en una rica y hermosa ciudad cierto acaudalado comerciante, que tenía una excelente esposa y dos preciosas niñas: la mayor de éstas, llamada Juanita, tenía nueve años; la menor, cuyo nombre era Elisa, contaba solamente cuatro, y era hermosa como un ángel, con una carita redonda y sonrosada, unos labios rojos y finos como las hojas del clavel, ojos pardos, claros y brillantes, guarnecidos de largas sedosas pestañas y una cabellera graciosamente rizada. Los padres y la hermana mayor amaban a Elisa con delirio, pero no por estos encantos físicos que acabamos de describir, sino porque era dócil y cariñosa con todos: si hubiese sido fea la hubieran amado lo mismo, pues la belleza no es un mérito en las niñas, ya que no está en su mano el adquirirla; la bondad, la obediencia y la dulzura de carácter, sí son meritorias y deben recompensarse.

Elisa jugaba por las tardes con Juanita, que la cuidaba y vigilaba, en un pequeño jardín pertene-

ciente a la casa de sus padres. Este edificio era grande y tenía la entrada principal en una calle céntrica y hermosa, mas el jardín tenía una puerta pequeña que daba a una callejuela estrecha y poco frecuentada.

Una tarde Juana quedó en penitencia en el colegio y Elisa bajó sola al jardín; la mamá tenía visitas, y al ir la niña a pedirle permiso para jugar, le reiteró la orden que le daba todos los días de no traspasar el umbral de la puerta que salía a la citada calle.

La niña era dócil, como se ha dicho, pero la mayor parte de las criaturas de su edad y aún muchas mayores, cuando se entregan al juego se olvidan de las advertencias que se les hacen y no piensan más que en aquello que momentáneamente fija su atención; así es que habiendo visto una mariposa dorada y matizada de rojo y azul, que pasó por delante de sus ojos, la siguió con la vista para observar dónde se paraba; detuvo el insecto su vuelo en la rama de un rosal, y ella, andando de puntillas y conteniendo el aliento, se acercó, alargando la mano para agarrarla; pero en el instante en que iba a realizar su deseo, la mariposa voló y fué a posarse en una dalia blanca; igual tentativa y el mismo inútil resultado, el insecto voló por encima de la tapia del jardín y la rapazuela franqueó la puerta en su seguimiento; la fugitiva continuaba alejándose con su incierto y engañoso vuelo, y la perseguidora no se daba cuenta de la ruta que seguían. Detúvose la primera, cansada

al parecer, en el hueco de una pared (pues allí ya no había árboles ni flores). Elisa fué a agarrarla y, como siempre, se vió burlada en su esperanza; pero esta vez el animalito remontó tanto el vuelo y tardó tanto tiempo en descender, que la niña la perdió de vista. Entonces fué cuando trató de volver a entrar en su casa, pero mirando en rededor se vió en un sitio desconocido.

«Es verdad», se dijo a sí misma, «que cuando la mariposa voló por encima de la tapia, yo salí por la puerta del jardín, pero ésta no debe estar lejos».

La cuitada había torcido a la derecha sin fijarse en ello, dando vuelta a una esquina; así fué que aunque volvió atrás y anduvo de prisa y aturdidamente, como pasó por delante de la calle sin entrar en ella, continuó alejándose de su casa.

Empezaba a anochecer, y la pobre Elisa, cansada y llena de tristeza y de miedo, se puso a llorar gritando:

— ¡Mamá, mamá! ¡Juanita! ¡Juanita!

Pasaba a la sazón una mujer, y acercándose a la triste niña, le preguntó:

— ¿Por qué lloras, hermosa, qué tienes?

— Quiero ir con mi mamá, respondió la niña.

— ¿Quién eres, cómo te llamas?

— Me llamo Elisa Príncipe.

Bueno es que los niños desde su más tierna edad sepan decir su nombre y domicilio, pero es mejor que todo que obedezcan exactamente los mandatos de

sus padres, porque si la pequeñuela de nuestra historia no se hubiese separado de la orden recibida, se habría ahorrado los muchos disgustos que sufrió desde aquel aciago día.

Hemos visto que Elisa sabía su nombre y apellido, cosa que no olvidó jamás: con esto habría bastado si hubiese encontrado una persona honrada que hubiera tenido intención de devolverla a su padre, porque el nombre de éste era bastante conocido para que, entregando la niña al alcalde del barrio, éste hubiese hecho las diligencias necesarias al efecto; cuando no es así, las criaturas perdidas son recogidas por los dependientes de la autoridad, y los periódicos publican el hallazgo para que los interesados pasen a recogerlas.

Desgraciadamente Elisa cayó en manos de una mujer infame, que la llevó a su casa diciéndole que la conducía al domicilio paterno.

— Estamos muy lejos, decía la niña, me canso.

— Ya llegamos, respondió la malvada mujer.

Y para que la pobrecita no llorase, la tomó en brazos.

Entraron, por fin, en una casucha fea y sucia.

— Se ha equivocado Ud., ésta no es mi casa, dijo Elisa.

— Mañana te llevaremos, dijo otra mujer que había en la casa. Ahora es muy tarde, cenarás y dormirás con nosotras.

La niña no se atrevió a replicar, pero lloraba en silencio.

Mas tarde llegó un hombre, cuyo aspecto impuso miedo a la pobre niña; cenaron todos una especie de rancho o bazofia que la pequeña comió con bastante repugnancia, y la echaron en un jergón de paja en compañía de una de las mujeres. Por la mañana, el hombre salió y regresó acompañado de otro que le dió dinero y se llevó la niña, dándole dulces y colmándola de caricias.

— ¿Me llevará Ud. con mi mamá? dijo ella.

— Sí, hija mía, al momento, contestó.

¡Mas ay! ¡cuán lejos estaba de su pensamiento el hacer esta obra de caridad!

El tal sujeto era un saltimbanquis, que compraba criaturas robadas o extraviadas y les enseñaba a bailar en la maroma o en la cuerda floja, a pasar por un aro, a tenerse en equilibrio en el palo de una silla, apoyándose con las manos y teniendo los pies a lo alto, y otras habilidades por estilo. A la sazón tenía un muchacho de unos diez años, a quien había enseñado ya, y se dedicó a enseñar a Elisa.

Lo que la pobre niña sufrió hasta adquirir la agilidad necesaria para tales ejercicios, no es para explicado. Si sus miembrecitos no se doblaban como el dueño quería, los torcía, arrancando el dolor a Elisa gritos amargos que no conmovían el corazón del titiritero; si se caía de la silla o de la cuerda, le daban golpes.

— ¿Por qué no me lleva Ud. con mi papá y mi mamá? preguntaba ella.

— Porque te he comprado para enseñarte a ganar dinero.

— Y ¿quién me ha vendido?

— Aquella mujer de cuya casa te saqué.

— Aquella mujer será muy mala, dijo la niña llorando.

— Mala será, pero te ha vendido.

— Es que yo no era suya, sino de mi papá y mi mamá.

— Ella te encontró en la calle. ¿A dónde ibas sola?

La pobre afligida contó lo que le había acontecido, y añadió:

— ¡Ay! ¡cuán mal hice en salir del jardín, cuando me habían mandado que no saliese! Pero yo me pensaba que los niños no se vendían, nada más las muñecas y las cosas buenas para comer.

— Todo se vende.

El saltimbanquis se embarcó con el muchacho, Elisa y una mujer que tocaba el organillo mientras ellos trabajaban; desembarcó en una ciudad populosa, y allí se mostró en las calles y plazas llamando más la atención de las gentes la pequeña Elisa que el grandullón su compañero y el maestro, que tragaba estopa encendida y la sacaba después por la boca convertida en cintas de colores.

Iba la niña vestida de blanco, y en su traje y en la cinta azul que sujeta su rizada cabellera brillaban

las lentejuelas y las piedras de vidrio blancas, verdes o rojas, simulando diamantes, esmeraldas y rubíes, de manera que parecía un ángel.

Presentóse también en el circo ecuestre sobre un gran caballo, y mientras, temblando de miedo, y con el corazón oprimido por la tristeza y la nostalgia de la ausencia de los seres queridos, lucía sus habilidades, las niñas de su edad la creían feliz viéndola tan bella y tan graciosa; pero las madres oprimían los niños chiquitos contra su corazón compadeciendo, sin conocerlos, a los padres de la pequeña titiritera.

Así vivió cinco años, al cabo de los cuales murió el maestro, y el chico, aprovechándose de la confusión de los primeros momentos, recogió lo que pudo de las ropas y efectos pertenecientes a la compañía, y se escapó.

Quedó Elisa sola con la mujer del organillo, pero por fortuna habían regresado a su patria y precisamente a la ciudad nativa de aquélla, cosa que ella ignoraba, pues ni recordaba el nombre ni conocía las calles, tanto menos cuanto que vivían en un barrio pobre, muy distante del en que había habitado en unión de sus padres.

Lo que nunca olvidó fué su nombre y apellido, a pesar de que los saltimbanquis la llamaban Lisina.

La mujer, que era viuda y pobre, daba vueltas a su manubrio produciendo las pocas tocatas que tenía el instrumento; así paseaban calles y plazas, y

en cuanto reunía un pequeño auditorio, formando corro o asomado a los balcones, Elisa ejecutaba algunos saltos y piruetas, terminados los cuales recorría el círculo y miraba a los balcones con una pandereta en la mano. Caían en ella algunas monedas, y las pobres se retiraban a su casa, comprando al paso pan y legumbres para su alimento.

Así vivieron cerca de un año, hasta que la viuda cayó enferma de gravedad, y aunque la niña, que era naturalmente buena y compasiva, le prodigaba sus cuidados, ni su edad ni sus recursos le permitían asistir a una persona que se hallaba en tal situación. Advirtiéronlo los vecinos; al principio ayudaron a Elisa y le proporcionaron alimentos y medicina; más como todos eran pobres, se vieron obligados a renunciar a socorrerla en adelante, y dieron parte a la autoridad competente, la cual dispuso la traslación de la enferma al hospital, donde falleció pocos días después.

Hallóse la pobre Elisa falta de apoyo en el mundo, pero la Providencia no desampara a nadie y dispuso que una sociedad benéfica ofreciese un premio de quinientas pesetas a la familia que recogiese y amparase a la que todos creían huérfana. Presentóse el primero ofreciéndose al efecto un pobre zapatero remendón, que hacía pocos días había perdido a su esposa, hallándose con algunas deudas contraídas durante la enfermedad de aquélla de modo que más bien por conveniencia que por caridad re-

cogió a la niña; pero en el fondo era bueno y la trató, si no con cariño, a lo menos con benevolencia.

Tenía el viudo dos hijos: una niña del tiempo de Elisa, diez años escasos, y un niño algo menor, los cuales recibieron con cierto despego a la pequeña huéspedea, y les fué poco simpática porque les inspiraban envidia, especialmente a la chica, la belleza de Elisa, su gracia natural y cierta urbanidad y finura de modales que parecía innata en ella; mas esta hostilidad no se tradujo en riñas, porque la recién llegada las evitaba, con su prudencia, contentándose con el rincón más oscuro de la habitación, con dormir en la orillita de una cama dura, que compartía con la hija de la casa, y comer el pedazo de pan más duro y el más pequeño trozo de queso.

No se crea, empero, que Dios dejó sin consuelo a una niña tan amable y resignada, pues le proporcionó en el seno mismo de aquella familia una generosa protectora.

El zapatero tenía madre, una excelente mujer de sesenta años, muy buena cristiana y por consiguiente compasiva y cariñosa para con los desgraciados, y ésta animaba a Elisa con sus consejos, fortaleciendo su esperanza de otra vida mejor, y reprendiendo a sus nietos porque no trataban a su hermana adoptiva con toda la consideración a que sus desgracias la hacían acreedora.

Vivía esta familia en un arrabal inmediato a la ciudad; pasado el arrabal había una frondosa alameda, y a uno y otro lado, colocadas sin orden, algunas casas de campo de aspecto risueño y pintoresco; una especialmente llamaba la atención de nuestros niños por hallarse rodeada de un grandioso y amenísimo jardín.

Los hijos del zapatero y su compañera iban a la escuela; en honor de la verdad debemos confesar que los tres estaban bastante atrasados, pero Elisa era mucho más aplicada, y desde luego se hizo simpática a la directora y auxiliares del establecimiento, por su docilidad y su deseo de saber.

De día hubiera deseado estudiar, pero era necesario ayudar a la abuela en sus ocupaciones domésticas, y como la nieta no quería hacerlo, recaía el trabajo sobre ella; por la noche, después de la cena, la anciana reunía a la familia y se rezaba el Rosario; después mandaba a los niños que cada cual tomase su libro y estudiase la lección para el día siguiente; los dos hermanos se apoderaban de los sitios más inmediatos a la opaca luz de aceite que iluminaba la estancia, y Elisa quedaba poco menos que a oscuras, estudiando con dificultad hasta que los otros se cansaban y se ponían a jugar o se echaban a dormir en un rincón; entonces se acercaba a la luz y estudiaba con afán hasta que el sueño la vencía o le mandaban irse a la cama.

«Estudiaré el jueves», se decía a sí misma; pero,

llegada la tarde del día feriado, había que ir a buscar leña, o bien yerba para unos conejitos que se criaban en casa. La hija del zapatero, a quien no le gustaba trabajar, siempre encontraba una excusa para quedarse en casa, mientras su hermano y Elisa marchaban cada uno por su lado a cumplir su cometido.

La niña se dirigía siempre a un bosque algo distante, en cuyo camino se hallaba la gran casa rodeada del magnífico jardín de que hemos hablado, y a la ida o a la vuelta se quedaba encantada contemplando las frondosas acacias, los floridos rosales y otras bellísimas plantas que le adornaban, y el estanque donde se bañaban los cisnes; más lejos un pavo real llamaba la atención de la leñadora, por su pequeño cuerpo y su larguísima cola, pero rara vez lograba ver cómo la extendía en forma de abanico de brillantes colores, que a los rayos del Sol resplandecían como piedras preciosas.

El jardín encantado llamaba Elisa al recinto de que nos ocupamos, y no le faltaba razón para ello, porque al paso de las trilladas y limpias sendas, las recortadas e iguales enredaderas, que formaban rústicos pabellones, y las podadas y regadas plantas en general acusaban la existencia de una mano solícita, que se ocupaba en cuidarlas constantemente; fuese casualidad u otra cosa cualquiera, nunca veía jardinero ni otra persona alguna que pasease entre los árboles, ni el claro estanque reflejaba jamás humana forma. Alguna vez, pocas en verdad, la puerta de

hierro que daba al camino estaba abierta; probaba Elisa a traspasar sus umbrales, pero espantada de su osadía se quedaba como clavada en el suelo, retrocedía después, y tomando su hacecillo de leña que había dejado para descansar, emprendía el camino de la casa del pobre zapatero.

Mientras estuvo con los saltimbanquis, había oído la niña con gran placer cuentos de hadas y encantadores, que exaltaron su imaginación; y como no había tenido a su lado una persona prudente que desvaneciese aquellos errores, la pobrecita esperaba que del encantado jardín o de las entrañas sombrías del bosque surgiría una hada protectora, que la volvería a los brazos de su madre o que por otro medio cualquiera la colmaría de felicidad.

No sabía ella que no hay más genio sobrenatural que el Dios de las misericordias, que con su paternal providencia dirige los sucesos de modo tal, que sin prodigios ni encantamientos, lleguen a poseer la dicha y el contento aquellos que con sus virtudes se hacen dignos de ello.



XXXVI.

El Jardín encantado

(CONCLUSIÓN)

Una tarde salió Elisa de casa más triste que nunca. En lo recóndito del bosque pensó en aquellos bonitos cuentos, pero viendo que las hadas con su varita de marfil y su vestido bordado de oro no venían a su socorro, y solo el murmullo del viento entre las frondosas ramas contestaba a sus gemidos, recogió poca leña y de mala gana, y se dirigió a su casa por el camino que solía. Al pasar por el jardín encantado, un espectáculo bellissimo se ofreció a su vista: el pavo real había extendido su magnífica cola, y los rayos del sol poniente, que iluminaban sus plumas, hacían resaltar en ellas el color dorado, el verde y el azul, como si verdaderamente estuviesen esmaltadas de oro, esmeraldas, turquesas y zafiros.

Elisa, admirada, se fué acercando; la puerta estaba abierta y la franqueó, mas he aquí que cuando más absorta se hallaba en la contemplación del hermoso animal, oyó a su espalda el ruido de la puerta que se cerraba; volvióse a ver si esto era efecto del

viento o si alguna persona se hallaba en donde jamás había visto a nadie, y vió con sorpresa y temor un hombre de aspecto rudo, pero bondadoso, que, después de correr un cerrojo por la parte interior, se alejó tranquilamente.

— ¡ Buen hombre ! ¡ jardinero ! suspiró más bien que articuló Elisa.

Pero ni se atrevía a gritar, ni hubiera podido hacerlo aunque lo hubiera intentado, porque el miedo le anudaba la voz en la garganta, de modo que el hombre no la oyó, y entonces corrió a la puerta e intentó abrirla. Mas ¡ ay ! el cerrojo estaba muy alto y sólo llegaba a tocarle con las puntas de los dedos, cuando para que corriese era necesario tomarle bien y emplear bastante fuerza.

Convencida de la inutilidad de su tentativa, empezó a recorrer el jardín andando de puntillas con la mayor tímidez, y llorando en silencio, pero alimentando la esperanza de encontrar al hombre que había cerrado la puerta y suplicarle que volviese a abrirla, para franquear el paso a quien contra su voluntad se hallaba encerrada en aquel delicioso recinto. Muy diferente de lo que ella creía fué el encuentro que tuvo, pues al pasar por delante de una glorieta cubierta de enredadera, cuyas flores en forma de campanillas blancas y moradas se enlazaban graciosamente, vió bajo aquel toldo de follaje una bellísima joven, casi una niña, que ella tomó por una de las hadas de sus ilusiones. Llevaba un vestido blanco

con florecitas de color de rosa, y de este mismo color era el lazo que ceñía su esbelto talle y el que adornaba su sencillo peinado. Estaba sentada y parecía distraída por algún pensamiento triste; mientras su codo izquierdo se apoyaba en el rústico banco y la frente en la palma de la mano izquierda, con la derecha iba deshojando las ramas que estaban a su alcance.

Juntó las manos Elisa en ademán suplicante, y se acercó a la joven diciendo:

— ¡Señorita!

Levantó la cabeza la de la glorieta, abrió sus rojos labios una dulcísima sonrisa, y mirando a la que la llamaba, le dijo:

— ¡Hola, chiquitina! ¿qué quieres? ¿Por donde has entrado?

Aturdida la niña con estas preguntas, si bien animada por la suave forma en que se le dirigían y el apacible semblante de su interlocutora, contestó:

— La puerta estaba abierta, entré y la volvieron a cerrar.

— Y te encerraron dentro, es claro; si no hubieses entrado no te habría sucedido, dijo la de la casa sin dejar de sonreír.

— Yo no quería robar la fruta ni las flores...

— Ya lo creo, porque tienes cara de buena chica. ¿Qué querías, pues?

— Nada más que ver de cerca el pavo real. ¡Es tan hermoso!

— ¿Y le has visto ya?

— Sí, señorita.

— ¿Qué deseas ahora?

— Que me dejen salir.

— Ya daré orden para que te abran la puerta.

— Pero pronto, porque he dejado fuera la leña y tengo miedo de que me la quiten.

— ¿Qué sucedería si te la quitasen?

— Que el señor Pedro se enfadaría mucho.

— ¿Quién es el señor Pedro?

— El hombre que me sirve de padre. Pero ¡por Dios, señorita, que me abran la puerta!

— Yo mismo te la abriré, pero dime, pobrecita, ¿te pega ese señor Pedro?

— No me pega, porque no es malo; lo peor que suele hacer es dejarme sin cenar.

— ¿No tienes padre ni madre?

— No señorita, al menos no estoy con ellos.

— ¿Donde los tienes?

— No lo sé, y hasta ignoro si viven, porque me marché de casa cuando era muy pequeña, y no supe volver.

— ¿Cómo te llamas?

— Elisa Príncipe.

— ¿Estás cierta de lo que dices?

— Sí, señorita, bien cierta.

— ¡Hermana de mi alma! dijo la de la casa, ¡ven a mis brazos, querida hermanita! y la abrazó estrechamente.

—¿Ud., mi hermana?

—Sí, sí, ¿no tenías una hermana mayor?

—Sí, Juanita.

—Pues yo soy Juanita.

Y tomando de la mano a la atónita Elisa, la introdujo en la casa, gritando:

—¡Mamá! ¡papá! aquí está mi hermanita, mi querida hermanita. ¡Nuestra Elisa ha parecido!

Un caballero y una señora, desconocidos ya para la niña, se presentaron a su vista quedando tan sorprendidos como ella.

En pocas palabras explicó Juanita a sus padres las circunstancias del providencial encuentro; y mientras hablaba, cubría de besos y caricias a su hermanita, que antes de terminar le fué arrebatada por los autores de sus días.

La madre la estrechaba en sus brazos, la separaba un poco para contemplarla con fruición, y decía:

—Sí, no hay duda, ésta es la hija de mi corazón por quien tanto había llorado, éstos son sus hermosos ojos, ésta es su preciosa boquita, éstos son sus cabellos, aunque crespos y enmarañados.

Y volvía a besarla con frenesí, hasta que su esposo se la quitaba para acercarla a su seno y llenarla de caricias.

La gozosa turbación de Elisa es más fácil de sentir que de expresar; pero de pronto se separó de los brazos de los padres, y dijo:

—Aquellas buenas gentes estarán con cuidado.

— ¿Quiénes, hija mía?

— Los que hacían conmigo las veces de padres.

— Ya les mandaremos un recado.

— Necesitarán la leña para hacer la cena.

Llamó el padre a un criado, le mandó que cargase una mula con cuanta leña pudiese llevar, y la condujese a la casa cuyas señas le daría Elisa.

— Muy bien está, señor, dijo el criado algo sorprendido; y ¿pondré con la otra leña la que traía esa niña, que aun está junto a la verja del jardín?

— No por cierto, replicó el dueño, aquel hacecillo se guardará como un recuerdo precioso, porque ha sido conducido sobre los delicados hombros de mi hija...

El criado miró pasmado a Elisa.

— Porque habéis de saber tú y todos tus compañeros que esta niña, pobremente vestida, y que conducida por la mano de Dios ha llegado a nuestra casa, es una niña idolatrada a quien yo lloraba perdida; es, pues, tan señorita en esta casa como su hermana Juana.

El criado se inclinó.

— Di, a las personas a quien ella te dirige, que Elisa ha encontrado a sus padres, y que ya no necesita su protección, a la que, sin embargo, queda agradecida; que irá a despedirse y a manifestarles su reconocimiento.

Marchó el criado, y el caballero volviéndose a su familia continuó:

— Ese hacecillo guardado en un armario será en lo sucesivo un objeto que os recuerde vuestros deberes, hijas de mi alma. Si algún día os olvidáis de los necesitados, él os recordará cuán duramente y con cuanto trabajo se proporcionan el pedazo de pan que llevan a la boca y la lumbre que cuece sus pobres manjares. Si os olvidáis de dar gracias a Dios por las comodidades que disfrutamos, el hacecillo de leña os recordará que hay muchos que están privados de ellas; mientras a nosotros, sin ningún mérito de nuestra parte, se nos han concedido. Si os ocurriese murmurar de la Providencia, por cualquier otro motivo, la gratitud os sellaría los labios a la vista de esa leña, porque os traería a la memoria el beneficio que hoy nos ha dispensado el Señor, volviendo a Elisa a nuestros brazos; finalmente, si, lo que no creo, alguna vez os ocurriese desobedecer a vuestros padres y superiores, ella os recordaría cuán severamente castiga Dios la desobediencia.

Poco después, Elisa se sentó a una bien servida mesa y participó de una suculenta cena; su madre misma la lavó cuidadosamente, le mudó la ropa interior y la acostó en un limpio y mullido lecho. Aquella misma noche se llamó a una modista para que le hiciera vestidos iguales a los de su hermana, y en la tarde siguiente un coche paraba a la puerta de la casa del pobre zapatero, descendiendo Elisa con su elegante traje blanco con florecillas de color de rosa, y cubierta su linda cabeza con un sombrerito de paja.

Acompañábanla sus padres y su hermana, y tomando la palabra el caballero, contó que habían vivido en otro barrio lejano, donde tenían una casa de alquiler con un pequeño jardín, desde el cual salió imprudentemente la pobre Elisa, salida que fué el origen de todas las desgracias hasta entonces sufridas; que después mejoró su fortuna y habían adquirido en propiedad la casa que habitaban, pero que ni las comodidades que aquella ofrecía, ni la belleza del jardín, esmeradamente cultivado, habían sido parte a distraer la melancolía que les causaba la pérdida de su hija menor, y los temores que les inspiraba su hasta entonces ignorado destino.

Después, como estuviese municiosamente enterado por Elisa de cuanto a esta le había ocurrido en aquella casa, entregó una suma de dinero al padre de familia, y dijo:

— En cuanto a estos niños, continúen Uds. mandándolos a las escuelas municipales, con la posible puntualidad, yo los recomendaré a sus respectivos maestros, y velaré sobre su conducta; deseo que se eduquen como hijos de un artesano y no como hijos míos, pues no es bueno crear en los pequeños, hábitos que después han de echar de menos, y necesidades que no han de poder satisfacer.

— Ud., buena mujer, prosiguió volviéndose a la anciana, sé que ha sido el ángel tutelar de mi Elisa; así, permanezca Ud. aquí mientras sus nietos necesiten de sus cuidados, que cuando puedan prescindir

de ellos y el peso de los años haga penosos para Ud. los quehaceres domésticos, tendrá un asiento en mi hogar y un cubierto en mi mesa, y se la tratará como si fuese la abuela de mi hija.

La señora añadió algunas frases de gratitud, la niña regaló algunos dulces a los que habían sido sus compañeros, abrazó a toda la familia llorando de ternura y volvió a subir al coche acompañada de los suyos.

El zapatero, alma vulgar, se alegró de tener una carga menos y de haber adquirido derecho a la protección de personas ricas; los muchachos vieron con gusto alejarse de su lado a la que era para ellos objeto de envidia; pero el gozo más puro y desinteresado fué el de la abuela, que con delicadeza de sentimientos que así puede existir en la mujer del pueblo como en la dama de la aristocracia, vió con sumo placer a la humilde niña a quien tanto amaba elevada a un rango tan diferente, y rodeada de cariño y comodidades, y si algún rato vertía lágrimas por la ausencia de aquella dulce criatura, las enjugaba al momento y daba gracias a Dios por la suerte que le había deparado.

Pocos días después, llevaron a Elisa a despedirse de su maestra y condiscípulas, pues sus padres habían determinado que los maestros de Juanita, que iban a la casa, diesen también lección a su hermana. Los padres manifestaron a la profesora su gratitud por el celo que había desplegado en la educación de una alumna de quien ninguna recompensa material

esperaba, atendida la humilde clase a que se creía perteneciera, y rogaron aceptase un espléndido regalo, expresión de su reconocimiento. La digna profesora se alegró mucho del cambio de situación de su querida alumna, protestó de que cuanto había hecho por ella no era más que el cumplimiento de un deber, y si aceptó la dádiva, fué únicamente por no mostrarse orgullosa.

Pasaron los años, y cuando el hijo del zapatero fué maestro en el oficio de su padre y su hermana se halló en disposición de desempeñar el trabajo de la casa, la abuela fué trasladada a la de Elisa, donde pasó tranquilamente los últimos años de su vida, hasta que una enfermedad la postró en el lecho y la condujo al sepulcro. Murió en los brazos de Elisa, que jamás olvidó la compasión y el cariño que le había manifestado cuando la creyó huérfana y desvalida, porque los corazones nobles y generosos agradecen siempre los beneficios recibidos. Lloróla como a una persona de su familia, y después se distrajo con su ocupación predilecta, que era cuidar sus aves y sus flores.

El jardín encantado, triste y solitario algún día, es hoy la morada favorita de dos hermosas jóvenes, que enlazando cariñosamente sus brazos, pasean sus calles, se sientan a la sombra de las floridas acacias o tejen guirnaldas de jazmines y madreSelva.

PILAR PASCUAL DE SAN JUAN.

XXXVII.

Las Abejas.

I.

Como salen los niños juiciosos
Del calor de la casa paterna
Para ir a buscar enseñanza
En el campo ideal de la Escuela,
Agitando sus tenues alitas
En enjambre vivaz, las abejas
Por libar material del trabajo
Abandonan la dulce colmena.

II.

Por los huertos se esparcen, pasando
De una flor a otra flor con ahinco,
Extrayendo mil jugos preciosos,
Del perfume y sabor exquisito;
De la misma manera que bebe
En las páginas bellas del libro
De moral, instrucción, ciencia y artes
El espíritu ansioso del niño.

III.

Cuando ven su caudal acopiado
Las abejas, retornan de prisa
Y elaboran la miel y la cera
Con tesón y constancia que admiran.
El saber que en la escuela acumulan
Los que el tiempo jamás desperdician
En benéfica miel se convierte
Que perfuma y endulza la vida.



XXXVIII.

La Madre de Esteban el Grande.

En la Moldavia septentrional, entre Piatra y Fol-ticeni, se ve, en una montaña cercana a la ribera, las ruinas de un antiguo alcázar, llamado Niamtz, de que apenas queda nada en pie. La pequeña ciudad que se extiende sobre la falda de la eminencia ha sido construída casi enteramente con las piedras de la fortaleza antigua.

En otros tiempos esta plaza tenía mucha fama y pasaba por inexpugnable cuando servía de residencia a Esteban, el poderoso príncipe de Moldavia. Este había dado cincuenta batallas, y después de cada victoria levantaba una iglesia para expresar al cielo su gratitud. Defensor infatigable de su país, había concebido planes grandiosos para hacer de él una potencia extensa y temible. Recientemente se ha descubierto en los archivos de Venecia el texto de un tratado de alianza ofensiva y defensiva que había concluído con la muy poderosa república en contra de los turcos. Era él verdaderamente el baluarte de la cristiandad, baluarte a través del cual los turcos pretendían sin cesar abrirse paso ya que no podían destruirlo.

En esta época, era una tarea bien difícil reinar en la región del bajo Danubio, pues se tenía por vecinos a los turcos, los polacos, los húngaros, los cosacos y los tártaros, que no dejaban reposar ni de día ni de noche. Pero Esteban parecía haber crecido a la altura de su tarea e inspiraba a su pueblo una confianza sin límites.

Cierto día se había trabado un nuevo y ardiente combate, y se podían seguir las peripecias desde las almenas de la fortaleza. Desde hacía algunos instantes iba tomando un aspecto desconsolador; se hubiera dicho que esta vez la fortuna de los combates se disponía a abandonar a Esteban. En el castillo sólo habían permanecido dos mujeres, una era la esposa de Esteban; la otra, su madre. La joven princesa dejaba correr sus lágrimas por sus rosadas mejillas, que tenían por marco una espesa cabellera de color rubio dorado. Tan pronto contemplaba con mirada fija la llanura, como, en su angustia y terror, ocultaba su rostro bajo el velo para no ver más.

No acaecía lo mismo con su madre, que permanecía de pie cerca de la joven y miraba a lo lejos, sin hacer un movimiento ni decir una palabra. Bajo sus negras cejas, enérgicamente fruncidas, brillaban sus grandes ojos oscuros que, juntamente con su nariz, enérgicamente dibujada, prestaban a su fisonomía la expresión de un águila. Un velo del más fino tejido de seda cubría su negra cabellera de reflejos azules, encuadraba sus mejillas y venía a anudarse bajo una

barba saliente y firme, a la que prestaban mayor vigor todavía unos labios breves y salientes. Vestida con ricas telas de seda, permanecía allí todo el día sin tomar alimento ni bebida, con los ojos siempre fijos en el mismo lado. De tiempo en tiempo posaba su linda mano sobre la espalda de su nuera y le decía algunas palabras como para devolverle la fuerza y el valor. Su voz era fuerte y llena; al oírla, volvía por un instante la tranquilidad al pecho de la joven, hundida en una angustia mortal. Pero llegó un momento en que el aspecto del campo de batalla se volvió tan alarmante, que el desasosiego de la esposa redobló. Los combatientes se acercaban de minuto en minuto y pronto se notó que Esteban quedaba reducido a la defensiva.

— ¡Oh, madre mía! Van a matarlo.

— Esteban obtendrá la victoria antes de que termine el día.

La confianza y gravedad con que estas palabras fueron pronunciadas, detuvieron las lágrimas de la joven. Sin embargo, el ruido del combate cada vez se oía más cerca y la noche se aproximaba.

El sol había sido ardiente, pero ahora parecía precipitarse en el horizonte, mientras que las sombras se extendían por la llanura. El crepúsculo avanzaba envolviendo todas las cosas que apenas se distinguían; después la obscuridad se hizo completa. Las dos damas prestaban atención, teniendo cuidado de no hacer ningún movimiento, temerosas de que el

roce de los vestidos les impidiese escuchar el más leve de los ruidos lejanos. De repente se sintió el galope de un caballo lanzado a toda furia y fuertes golpes se percibieron dados en la puerta de la fortaleza.

— ¡Oh, madre mía! Bien segura estoy de que es Esteban. ¡Ya lo creo! Dejadme bajar para que le abra.

Con un gesto imperativo la anciana señora separó a la princesa, descendiendo luego con lentitud.

— ¿Quién golpea? preguntó desde adentro, pero sin abrir.

— Esteban, tu hijo.

— ¡Mi hijo! ¿Quién eres tú, extranjero, que pretendes penetrar en la morada de mi glorioso hijo?

— ¡Madre mía, ábreme! soy yo, tu hijo. ¡Estoy vencido, los turcos me persiguen, las heridas me quemán!

— ¡Eso no puede ser! ¡hijo mío! quien me habla es un desconocido. Mi hijo nunca vuelve sino victorioso. Mi hijo está lejos de aquí, arrojando a los enemigos de su país. Pero tú, joven extranjero, que quieres causarme tan cruel dolor, llamándote hijo mío, aprende esto: tú no entrarás, puesto que no sabes vencer; busca al menos una muerte heroica sobre el campo de batalla, y entonces seré para tí una madre y ornaré con flores tu sepulcro.

La joven princesa cayó de rodillas y con súplicas y lágrimas pretendió conmover a la anciana, pero ésta le impuso silencio con un gesto y se puso a escuchar.

Esteban bajó un instante la cabeza bajo el peso de la vergüenza y el dolor; pero en seguida, echando hacia atrás su flotante cabellera, sonó su trompa de guerra y lanzó, en la sombra de la noche, sonidos capaces de resucitar a los muertos y arrastrarlos en pos de sí; en seguida su desbandado ejército se ordenó y se estrechó a su alrededor en buen orden. Con la rapidez del huracán descendió de la montaña lanzándose de nuevo entre los enemigos que, alegres por haberlo vencido, se habían dispersado; en pocos momentos les batió, derrotándolos por completo.

La batalla se oía cada vez más lejos; el viento traía a las dos mujeres gritos de victoria que estremecían sus corazones de contento. Y de nuevo Esteban llevó el cuerno a la boca y lanzó una alegre fanfarria, dirigiéndose al castillo, cuyas almenas parecían escalar el cielo. Entonces se vió correr numerosas luces que daban vueltas por todos lados; se apresuraban los preparativos de una brillante recepción.

De nuevo se dejó oír, a lo largo de la colina, el galope de un caballo y Esteban apareció a la cabeza de sus guerreros, frente a la puerta abierta de par en par. Desde que advirtió a su madre, echó pie a tierra e inclinándose delante de ella, la dijo:

— Madre mía, es a tí a quien debo esta victoria.

Y por primera vez los ojos de esta mujer se humedecieron, estremeciéndose sus labios mientras que

el héroe recibía en sus brazos a su joven esposa radiante de júbilo.

— ¡Ibas a abrirme la puerta! la dijo.

Ella se estrechó contra él.

— ¡Te amo tanto, y estaba tan inquieta! dijo con una voz que apenas se percibía.

— Pero, repuso él levantando la voz, mi madre me ama todavía más.



XXXIX.

La vuelta de las Golondrinas.

(FRAGMENTO).

— Madre querida,
Madre del alma,
A la ventana ven del jardín;
Ven paso a paso
No hagas rüido...
—¿Qué quieres, mi ángel, mi serafín?

— ¡Si adivinaras
Lo que yo he visto!
Di, madre mía, dime lo que es.
—¿Será esa rosa
Fresca y lozana
Que del follaje miro al través?

— No, no es la rosa.
—¿Será ese lirio
Que al alba el cáliz nítido abrió,
Cándida imagen
De tu pureza?...
— No, no es el lirio, no aciertas, no.

— ¿Será sin duda
La mariposa
Que, revolando de flor en flor,
Al sol extiende
Sus alas de oro,
Do se refleja su resplandor ?

— No aciertas, madre.
— ¿Será ese alado,
Ese viviente veloz rubí,
Que el aire cruza
Como un suspiro,
Raudo pasando cerca de mí ?

— No madre, mira,
Vuelve los ojos
A esa columna que oculta está
Tras fresco manto
De verde yedra . . .
¡ Las golondrinas han vuelto ya !

¡ Madre, ya han vuelto !
— La primavera
Vendrá muy presto de ellas en pos.
— ¿ Acaso, madre,
Para anunciarla
Las dulces aves nos manda Dios ?

¡ Cómo revuelan
Entre las flores !
¡ Cómo recorren todo el vergel !

Y se detienen
Junto a su nido,
Allá en el borde del capitel.

¡Cómo gorjean!
Madre, ¿qué dicen?
— A Dios alaban cantando así;
Le dan las gracias
Del limpio cielo,
Del sol que encuentran de nuevo aquí.

Y a Dios bendicen
Por el follaje
Que abrigo y sombra les va a prestar:
Por el arroyo
De clara linfa,
Do irán su ardiente sed a apagar;

De nuevo miran
Su patria bella,
Su blanda cuna, su caro hogar,
Do entre las ramas
De los jazmines
Su alba primera vieron brillar;

Do las primeras
Tiernas caricias
Les dió el inmenso, materno amor;
Donde ensayaron
Su primer vuelo
Hasta ese fresco rosal en flor.

Hija, la patria
Es el santuario
Do guarda intactas el corazón
Esas reliquias
De los recuerdos,
Que siempre al alma tan dulce son.

Alli do vimos
La luz primera ;
Do nuestra infancia feliz pasó.
Donde aun resuena
El tierno arrullo
Que nuestra cuna blando meció.

Do los primeros
Sueños de dicha
Flores ciñeron a nuestra sien ;
Do de las penas
El primer dardo
Nuestra alma virgen hirió también.

Alli do afectos
Santos, profundos
Tienen benditos su eterno altar ;
Donde se calman
Los males fieros
Al dulce fuego del dulce hogar.

Donde el follaje
Del cementerio
Sombra a sepulcros amados da ;

Y en cada rosa
Que orna la piedra
Envuelta en llanto nuestra alma está.

— No llores, madre ...
— Las golondrinas
Por eso vuelan, mi bien aquí.
Esta es su patria ...
— Si la dejaron
Es que no la aman... — No hables así.

— Madre, si parten
Las golondrinas
Buscando ansiosas luz y calor,
Es que no tienen
Cual yo una madre,
Es que no tienen cual yo tu amor.

Ellas adoran
La primavera
Van a buscarla lejos de aquí ;
Mas yo la encuentro
Siempre en tus brazos ...
Tu amor es, madre, sol para mí.

ISABEL PIETRO DE LANDAZURI.



XL.

Andrea Bellido.

Patriota peruana. Esta mártir de la libertad de su patria, esta magnánima mujer, nació en la ciudad de Huamanga (hoy Ayacucho), y fué fusilada por los españoles en 1822 por su constancia en no revelar a los autores de una carta que estaba firmada con su nombre, y en la que se daban noticias importantes para que se salvara una fuerza patriota que iba a ser sorprendida en Quicamachai, seis leguas distante de Huamanga. Después de la acción de Macacona, se hallaba el guerrillero Quirós en dicho Quicamachai, y quedó cortado por consecuencia de esta derrota con toda su fuerza, que no bajaba de seiscientos hombres con el aumento que le habían dado los patriotas de Huamanga. Atacada esta fuerza por los españoles, tuvo que abandonar su posición, y entre los despojos que le tomaron en la retirada, quedó una chamarra del marido de la Bellido y se sacó de ella la carta que aparecía firmada por la consorte y contenía avisos anticipados sobre esta misma expedición.

Al tomar declaración a la Bellido sobre su carta,

hallaron que no hablaba castellano y que menos podía escribirlo.

Con este motivo, creció más el empeño de conocer el verdadero autor de la carta, que había dado un aviso tan interesante, y del que se había hecho un misterio en la ciudad, estando el secreto reducido a pocas personas.

La Bellido se negó constantemente a hacer esta revelación, y prefirió la muerte a la divulgación de un secreto que habría costado la vida al que vendió la confianza de los españoles, comprometiendo quizá a muchos otros vecinos. A la hora que se había señalado para su ejecución, si no declaraba quien era el verdadero autor de la carta, marchó al suplicio esta valerosa mujer, de más de sesenta años, con una calma que asombró a los espectadores. En los momentos de la ejecución se le volvió a requerir para que dijera la verdad y salvara la vida; pero la heroína insistió en su negativa, y recibió la muerte con una firmeza admirable, llevándose su secreto a la tumba.



XLI.

El Oro y el Hierro.

En el imperio de Urano
Que aquí su sol nos retrata,
Es fama que el soberano,
Ciego de amor por la plata,
La rindió su cetro y mano.

Pronto hasta el reino vecino
La fausta nueva cundió;
Y el galante rey Platino
Gustoso a ser se ofreció
Del regio enlace, padrino.

Con cohetes y atabales
Pregonóse el casamiento
A todos los minerales
Y vistosas fiestas reales
Dispuso el ayuntamiento.

Grande, suntuoso esplendor
Desplegó la corte toda
Del áureo emperador,
Para enaltecer la boda
De su monarca y señor.

Y queriendo el rey mostrar
Su contento a la nobleza,
Dispuso en palacio dar
Un baile, cuya grandeza
Nadie pudiera igualar.

Así se vió en un instante
Cambiado todo el palacio
Para la fiesta danzante ;
Los mármoles, por topacio,
El cristal, por el diamante.

Llegó el suspirado día
Y era admirable, en verdad,
Ver la rica pedrería
Que en esta solemnidad
Toda la corte lucía.

Comenzó al fin la función ;
Mas ¡ cuál el asombro fué
Al ver entrar de rondón
Al hierro por el salón
Para bailar un minué !

Indignada la nobleza
Al monarca recurrió
Para atajar tal vileza,
Y el Rey las órdenes dió
Para echarle con presteza.

Un ujier de toda gala
Al Hierro ordenó al instante
Que despejara la sala ;
Pero el metal arrogante
Mandó al ujier noramala.

Con semejantes modales
Quedó el ujier aturdido ;
Mas presto a las plantas reales
Dió razón de lo ocurrido,
Y con él, varios metales.

Montando el Oro en furor
Llégase al Hierro y le dice ;
« ¡ Villano ! ¿ Cuando el honor
Singular a ti te hice
De alternar con tu señor ?

« Queda en tu obscuro linaje ;
Pobre, plebeyo metal
Nacido para el herraje ;
Márchate y busca tu igual
Por la estirpe y por el traje. »

Grave el Hierro, mas modesto,
Contestó a su Majestad,
Con voz firme y digno gesto,
(Los nobles a todo esto
Oían con ansiedad) :

« Monarca soy en la tierra,
Que mi dominio allí alcanza
A cuanto su vida encierra,
Desde el útil de labranza
Hasta el proyectil de guerra.

« Yo enlazo el monte y el llano
Y paso a los ríos doy,
A las naciones hermano,
Y en la misma sangre estoy
De todo el género humano.

« Sujeta el agua a mi seno,
Ruge y tanta fuerza toma
Que a sus pies tiembla el terreno ;
Yo, en tanto, de vida lleno
Vuelo como una paloma.

« Sobre las ondas del mar
Amparo soy del marino ;
Que en mi se viene a estrellar
El proyectil asesino
Que plugo a Satán forjar.

« Yo los talleres sustentó,
Doy vida a la construcción,
Soy de la industria alimento,
Y, en fin, primer elemento
De la civilización.

« Rey sois vos por conveniencia,
Mas no por utilidad.
¡Pensad bien la diferencia!...
Vuestro reino es la opulencia,
El mío, la humanidad.

« Dadme asiento en vuestro trono,
Porque de aquí no me alejo ;
Y pues nobleza abandono,
Venga esa mano, os perdono
Que al cabo sois un rey viejo. »

Desde aquel día la fama:
Justa, imparcial con los dos,
Rey ficticio al Oro llama,
Mientras al Hierro le aclama
Rey por la gracia de Dios.



XLII.

Los Muebles.

(1ª PARTE)

En las antiguas iglesias la silla o *trono episcopal* era generalmente fijo: colocado en el fondo en el eje del edificio, como la silla del juez de la basílica antigua era de mármol, de piedra o madera, unida a unas sillas de coro dispuestas a cada costado a lo largo de los muros del ábside.

Entre las sillas señaladas por tener cierta particularidad contamos la *silla curul*, la *silla de posta*, la *silla de manos*, el *sillón académico* y en fin el *taburete*.

Las *sillas curules*, esas sillas reservadas en los tiempos de la antigua Roma, a los reyes, primero, y después a los que ejercían la dictadura, el consulado, la censura, la pretura y la edilidad, servían para conducir en diversas circunstancias a los primeros magistrados de Roma; eran transportadas en unos carros — en latín *currus* — y a esta circunstancia deben su nombre de «silla curul» como ellos la llamaban, es decir, que se llevaba sobre un carro.

Los que han querido mofarse de ella han dicho que silla curul significaba *silla que rueda*, pero no han hecho broma sino a medias, pues esta traducción libre es casi la verdadera. Las sillas curules, hechas de marfil y algunas veces de bronce, no estaban en uso sino en Roma; en las provincias y en las colonias la silla de honor era llamada *bisellium*.

Hacia el año 1664 fueron establecidas en Europa las primeras *sillas de posta*. Aunque éstas fuesen más bien sillones, dejaban mucho que desear; representaos una silla de manos sostenida por medio de un bastidor apoyado por detrás sobre las ruedas y por delante sobre el caballo y tendréis la idea de una silla de posta primitiva. He ahí uno de esos vehículos dentro del cual hoy haría cualquiera un papel no muy lucido.

Esta modesta invención tuvo, no obstante, su Cristóbal Colón y su Américo Vespucio: el inventor se llamaba de la Grugère y el padrino el marqués de Crenan; este marqués obtuvo un privilegio y los carruajes fueron llamados *sillas de Crenan*.

En Francia el uso de las *sillas de manos* había precedido, como cincuenta años, al de las de posta. Estas últimas eran originarias de Londres y fueron introducidas en el continente por M. de Montbrun. En Francia las sillas de manos fueron autorizadas en todo el reino por cartas-patentes, registradas en el parlamento el 11 de Diciembre de 1617. Estos coches sin caballos y sin ruedas eran una reminiscencia

de los tiempos antiguos: los babilonios y los romanos, en tiempo de los emperadores, se habían servido de las sillas de manos y principalmente de literas. Eran llevadas por esclavos y la diferencia de condiciones estaba señalada por el número de conductores. Sillas y literas han desaparecido en nuestro tiempo casi por completo: ya no se las encuentra sino en los países cálidos, en la China y las Indias, bajo el nombre de *palanquines*. La palabra palanquín es un término de marina, que designa un pequeño aparejo de cuerdas y poleas que sirve para levantar fardos. Aunque las personas llevadas en palanquín sobre las espaldas de los esclavos sean elevadas como fardos, no es, sin embargo, a esta comparación a lo que nuestro palanquín debe su nombre; éste es de origen sánscrito y viene de *palangka*, litera.

El sillón primitivo es lo que hoy llamamos *silla de tijera*. Juan Nicot, en el siglo XVI, la definía de la siguiente manera: «Una especie de silla con respaldo y brazos, que tiene un asiento de cintas entrelazadas cubierto de tela, y que se dobla para llevarla más cómodamente de un lugar a otro.»

Dos sillones se han hecho célebres en la historia: el del *buen rey Dagoberto*, que poseen los religiosos de la abadía de Saint-Denis y que Napoleón hizo transportar a Boulogne-sur-Mer en 1804 para distribuir solemnemente a sus soldados la cruz de la Legión de Honor, y aquel en que se sentaba Molière en Pezenas en casa del barbero Gelli para observar

las costumbres y los hábitos del fígaro del Languedoc.

La palabra *silla*, aplicada a un asiento de cuatro pies con respaldo, deriva del latín *sella*, de *sedere*, sentarse; esta palabra, tan extendida hoy, fué antiguamente aplicada, según se cree, al *escabel*, hoy día casi completamente desterrado de nuestras casas. Entre los antiguos la silla adquirió elegantísimas formas curvas, las que comúnmente remataban en garras de león. Los egipcios y los griegos las usaron con cojines y tapizadas con telas de vivísimos colores.

La *silla de montar* se ve aparecer entre los romanos, pues anteriormente sólo se usaba una simple manta que se sostenía sobre la cabalgadura por medio de una correa; esta silla primitiva dista mucho de ser la que hoy usamos, pero sin embargo podemos todavía contemplarla en la que usan algunas tribus árabes.

Sólo nos queda, para completar la serie de los muebles destinados al descanso, decir algunas palabras de las sillas que podríamos llamar colectivas, es decir, aquellas en que varias personas pueden sentarse a un tiempo: el canapé, el diván y el sofá, los cuales son originarios de las regiones de la languidez y del reposo.

Del cojín, llamado en griego *konops*, se deriva la palabra *canapé*.

Diván tiene su origen en la palabra árabe *diván*, que a la vez significa *consejo y colección de poesías*. Por eso la asamblea del consejo de Estado en Turquía

y el aposento donde tiene lugar dicha asamblea se llama diván, y diván se llama también una colección de poesías árabes, de las que cada una se llama *ghazel*.

Recordando que los orientales tienen el muelle hábito de estar extendidos, casi acostados, hasta cuando deliberan, se explica que los muebles hechos por el estilo de los almohadones y que rodean la cámara del consejo hayan recibido el nombre de este aposento.

El *sofá* ha sido y es todavía en Oriente un estrado elevado y cubierto de un tapiz, el que responde a lo que nosotros llamamos trono. La palabra árabe *sofpah* significa banco, estrado. Esta palabra ha sido dada después a una especie de cama de reposo, y sirve entre nosotros para designar un canapé, cuyo respaldo está dividido en tres partes. Mientras el diván no tiene respaldo, pues es únicamente un largo almohadón, el canapé lo tiene todo de una pieza.



XLIII.

Los Muebles.

(CONCLUSIÓN)

El *armario* es derivado del latín *armárium*, originario de *arma*, armas. Primeramente los armarios y cofres que en latín se designan con la palabra *armárium* servían principalmente para encerrar las armas. Gran sorpresa experimentarían nuestros abuelos de hace siglos si pudiesen ver de cuántos objetos inútiles y embarazosos están llenos los armarios de sus descendientes. Alimentarse y defenderse, a eso estaba reducida la vida de entonces, lo cual simplificaba mucho las cosas; en el armario las armas, en el aparador el pan.

Un armario se ha hecho tristemente célebre en la historia; es el armario secreto llamado *armario de hierro* que se descubrió por las mismas revelaciones del obrero que lo había construído en el palacio de las Tullerías en 1792. Allí se encontró o se pretendió encontrar los papeles de que se armaron para perderle los acusadores de Luis XVI.

A mediados del siglo XVIII se inventó un mueble con cajones, que tuvo en su aparición tan gran éxito.

que se le dió en testimonio el adulator nombre de *cómoda*.

Este mueble no era quizás tan cómodo como su nombre decía; pero, ciertamente, era muy hermoso. Después se le han dado dimensiones exageradas, una forma pesada y desagradable semejante a un enorme bloc de madera, y ha cesado de tener las cualidades que se le habían reconocido. *Cómoda* deriva de las palabras latinas *con modus* que quiere decir *con medida*, conveniente, y en la *cómoda* de nuestros días se comete el error de hacerla desmesurada.

Esta no es la primera vez que la palabra *cómoda* adjura de su significado. Ha servido de nombre ¡cruel ignominia! a un emperador romano cuyos doce años de reinado fueron una larga continuación de expoliaciones y crímenes.

¿Cómo recordar sin indignación el nombre de este monstruo cuando uno se le representa armado de una maza como a Hércules y apaleando en el circo de Roma a infelices desarmados?

Un mueble que jamás se debiera calificar de cómodo es el que nuestros padres llamaban *secretario*, y que tiene muy bien trazas de ser, en efecto, la tumba de los secretos. Esa parte móvil que se baja para ofrecer una mesa para escribir y que se remonta en seguida para poner bajo llave tesoros y secretos, tiene algo de singularmente desagradable: cruje bajo la mano, parece siempre estar a punto de abandonar sus bisagras. El *secretario* es, como su hermana la

cómoda, el mueble obligado de los cuartos de hotel. Es un mueble imposible, que irrita con sus escondrijos, con sus dobles fondos y con esa multitud de cajoncitos que es necesario abrir uno tras otro para saber donde se ha puesto el reloj.

La palabra secretario se aplica también a las personas y designa solamente hoy día a las que manejan la pluma en las asambleas o en las comisiones, o a las que hacen nuestra correspondencia particular secreta o no; pero hubo tiempo en que se daba este nombre al amigo confidente o depositario de nuestros sentimientos y de nuestros anhelos.

Corneille hace decir a uno de sus héroes:

Tú de mi corazón serás el secretario,
De todos mis secretos el gran depositario.

Ese hombre tenía, pues, dos secretarios, uno viviente y otro inanimado; un amigo y un mueble, en cuyos corazones y profundidades iban a esconderse los más secretos pensamientos. No lamentemos que este mueble haya pasado de moda.

El *escritorio*, mueble mucho más sencillo, ha destronado al secretario; su nombre deriva del latín *scriptorium*, el cual deriva a su vez de *scribere*, escribir. Este mueble ha transmitido su nombre al local donde trabajan lo amanienses y dependientes de comercio.

El mueble más necesario y el que también remonta a mayor antigüedad es el *lecho*. Para dar una explicación al nombre latino del lecho, *lectus*, se ha bus-

cado su origen entre otras derivaciones del verbo *legere* tomado bajo el significado de recoger, porque los primeros lechos estaban formados de ramas y hojas amontonadas. Los lechos de los lacedemonios eran hechos de caña. Después de haber dormido durante largo tiempo sobre la paja y hojas secas, los romanos adoptaron los lechos, de los cuales hallaron en Asia suntuosos modelos y no tardaron mucho en hacerlos con gran lujo.

La madera era de ébano, cedro o limonero; los adornos de marfil, de oro y de plata; los accesorios eran colchones del más fino plumón y de las telas y forros más preciosos. Los lechos antiguos recuerdan, por su forma, nuestros lechos de reposo, con la diferencia de que están abiertos por sólo un lado. Se estaba en ellos mucho más encerrado que en los nuestros, y esto, sin duda, porque no se conocía aún el uso de las cortinas, ni el de los pabellones o doseles.

El lecho hizo tales progresos en Grecia y Roma que hubo, no solamente lechos de reposo, sino también lechos para banquetes, en el adorno de los cuales los romanos desplegaron mucha y gran magnificencia. Los almohadones estaban recubiertos de púrpura recamada de oro, y por doquiera brillaban perlas y piedras preciosas. Como objeto de lujo el lecho de mesa tenía quizás su mérito; pero como utilidad, poca o ninguna. Estar con el cuerpo extendido no es una posición cómoda para comer, y apoyar los codos sobre almohadones, por más muelles que se les suponga, es un medio seguro de paralizar todos los

movimientos. La indolencia, aun cuando se haga auxiliar del fausto, es mala consejera.

Todos los muebles de que hasta aquí he hablado son muebles mudos. El más interesante de todos es aquel que habla, aquel que sin nuestro permiso turba el silencio. Pero de ese ya hablaremos más adelante en otra lectura, con objeto de dedicarle toda la atención que merece. Nos referimos al reloj.

El silencio anterior de los relojes había introducido el uso de hacer anunciar la hora en las poblaciones por veladores de noche; no obstante, hasta hace poco, a pesar del reloj del Cabildo, los *serenos* cantaban las horas y el tiempo que hacía, con gran fastidio de los amigos del reposo.

Pondremos fin a esta ya larga lista enumerando la etimología de algunos muebles más de uso corriente en nuestras casas.

El *costurero* indica claramente para lo que sirve; el *candelabro* viene de *candela*, que en latín quiere decir *vela*; la *vela* deriva del verbo *velar*, pues permanece encendida toda la noche; los *cuadros* también del latín *cuadrum*. El *aparador* y la *mesa de trinchar* no dejan duda respecto a su cometido; los *espejos*, que al principio fueron de metal bruñido, derivan del verbo *specere* en latín, que significa *ver*, *mirar*; y por último también del latín viene el nombre de ese elegante mueble de sala que se llama *consola*, pues deriva del verbo *consolidare*, obligado como está a sostener sólidamente otros objetos.

XLIV.

La Sátira y la Burla.

«¿Por qué», la adelfa preguntaba al quino,
«Si amargas son tus ramas cual las mías,
A ti la ciencia con amor te acoge,
A mi la ciencia con desdén me "olvida?»

«Porque, aunque iguales en el gusto somos»,
El árbol bienhechor grave replica,
«Con tus acerbos tallos das la muerte,
Con mis acerbos tallos doy la vida».

Adelfa y quino son para las almas
La burla necia y la prudente crítica:
La una, amarga y traidora, da la muerte;
La otra, amarga también, mas da la vida.

ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE.



XLV.

La más dichosa.

«¡Qué rosas tan magníficas!» dijo cierta mañana un rayo de sol. «Y esa infinidad de capullos próximos a abrirse serán también hermosas flores. Todas, todas son hijas mías... Pues qué, ¿por ventura no han nacido al calor de mis ardientes besos?».

—Son hijas mías, dijo el rocío, pues yo las he regado con mis lágrimas.

—Me parece, añadió el rosal, que su verdadero padre soy yo; y que vosotros todo lo más seréis sus padrinos, habiéndolas dotado según vuestros medios.

—¡Soberbias rosas! repitieron a la vez rosal, rayo de sol y rocío.

E hicieron votos para que cada una alcanzase la mayor dicha que puede haber a una rosa en este mundo.

Sin embargo — y esto era inevitable — una de aquellas rosas había de ser más feliz que las restantes, y otra había de ser la más infortunada de todas.

—Yo me encargo de averiguarlo, dijo el viento. Ya lo sabremos. Yo corro de un lado a otro; me meto un poquito en todas partes; me deslizo a través de

las rendijas más angostas, y me entero de lo que pasa adentro y afuera. Así pues, poco me ha de costar averiguar a cual de esas flores cabrá mejor fortuna.

Así las rosas abiertas como los capullos más adelantados se hicieron cargo de todo cuanto se acababa de decir.

He aquí que penetra en el jardín una tierna madre, con el corazón destrozado y vestida de luto, quien, después de practicar un minucioso examen, toma una rosa, la más fresca, lozana y abierta; en suma, la que le pareció más hermosa, llevándola a una habitación solitaria cuyos postigos permanecían entornados, y en la cual yacía, dentro de un ataúd, fría e inmóvil como una estatua, la hija de su corazón, la víspera llena de vida y de contento. La madre besa con efusión el yerto cadáver, imprime un segundo beso a la rosa y la coloca sobre el seno del cadáver.

La hermosa flor se llenó de felicidad, y a impulsos de la emoción más dulce se estremecieron todos sus pétalos.

— ¡Qué hermosa parte de cariño me ha tocado! se decía. Los hijos de los hombres me buscan y admiten; una madre me da uno de sus ósculos más tiernos, y luego me bendice; y colocada en el hermoso seno de un ángel, estoy a punto de entrar en el gran reino de lo ignoto. Decididamente, de entre todas mis hermanas yo soy la más dichosa.

Entró luego en el jardín una buena anciana encargada de limpiar los senderos y calles y de arrancar las malas yerbas, y parándose a admirar la soberbia

espesura de rosas, se fijó especialmente en una que estaba en el apogeo de su florescencia.

— Por poco que pique el sol, se dijo la vieja, mañana empezará a marchitarse. Puesto que ha embelesado al mundo con su belleza, ha llegado el momento de que preste alguna utilidad.

Y tomándola, la envuelve en un trozo de periódico, se la lleva a su casa, mezcla sus perfumadas hojas con algunas flores azules de espliego y acaba espolvoreando la mezcla con un poco de sal.

— Toma, pensó la rosa: me están embalsamando, honor muy grande que raras veces se dispensa a los hijos del hombre. He aquí que voy a sobrevivir a todas mis hermanas, conservando los colores y el perfume. Decididamente, yo soy la más dichosa.

Dos jóvenes se pasean por el jardín; poeta el uno, pintor el otro, y toman una rosa cada uno. El pintor reproduce en la tela la sorprendente imagen de la flor, con tan rara perfección que ella se figura encontrarse ante un espejo.

— Mientras millares de millones de rosas se marchitarán para desaparecer, dijo el pintor, tú vivirás y serás admirada siglos enteros.

— ¡Quién más feliz que yo! dijo la flor. Yo soy la más dichosa.

El poeta contempla con éxtasis los suaves matices de la rosa, y se embriaga con su perfume.* Los más armoniosos versos brotan de su pluma, relatando la vida de la noble flor y cantando los divinos senti-

mientos que simboliza, con lo cual entrega a la inmortalidad una obra maestra.

— Soy inmortal, dice la rosa; yo soy, pues, la más dichosa.

En medio del soberbio rosal, poco menos que oculta por las demás, había una rosa que tenía un defecto, el de caer inclinada sobre su tallo, presentando además los pétalos mayores de un lado que del otro y mostrando en el centro de la corola una pequeña excrecencia verde, deformidades de que ni las rosas pueden verse libres.

— ¡Pobre hija infeliz! murmuró el viento acariaciéndola.

Y la rosa tomó esta frase de cariño, no como una muestra de conmiseración, sino de preferencia, que por otra parte consideraba ser muy merecida, por lo mismo que tenía diferente estructura que todas sus hermanas, tomando por prueba de distinción la desmedrada hojita verde de su corola. Por casualidad vino a posarse en ella una bella mariposa, y creció su orgullo. Un saltamontes, desde una de las flores inmediatas, miraba con codiciosos ojos la hojita verde y exclamaba:

— ¡Cáspita! Si todos los pétalos fuesen como éste, cómo me los zamparía!

La flor, reventando de orgullo, aceptó este requiebro como el más indiscutible testimonio de ternura. «¿Puede darse, pensaba, mayor prueba de simpatía, que comerse lo que se estima, incorporárselo, para no separarse de ella nunca más?».

La noche sucede al día; el cielo se llena de estrellas, y desde la vecina arboleda el ruiseñor modula sus deliciosos trinos.

—Tengo la seguridad de que si canta lo hace por mí, dice la rosa, pues por fuerza ha de tener preferencia por una de nosotras. Y ¿cómo ha de elegir entre mis hermanas si todas se parecen? Yo soy la única que poseo un signo especial, un lunar, como dicen los hombres.

Al día siguiente, dos caballeros que iban fumando se pararon junto al rosal. Uno de ellos había leído que el humo del tabaco empaña el brillo de las rosas tornándolas en un color verde muy feo. Tuvieron el antojo de hacer la prueba; pero como era un sacrilegio destruir tan gallardas flores, examinaron el rosal detenidamente y descubrieron a la mal conformada, la cual, a las primeras bocanadas de humo perdió sus matices trocándolos por un color entre verdoso y amarillento extremadamente sucio. Con este contratiempo se acrecentó el orgullo de la rosa.

—Ahora sí, dijo, que no hay otra que se me iguale. ¡Una rosa verde! ¡Qué rareza! Yo soy la más dichosa.

El jardinero tomó una de sus hermanas a medio abrir, pero que ya indicaba que había de ser la más bella, y la puso en el centro de un magnífico ramo, artísticamente dispuesto para su joven amo. Por la noche, éste se llevó el ramo en el carruaje y la rosa brillaba con el esplendor de una perla, entre las flores

más raras, rodeadas de verde. El joven bajó del carruaje, siempre con su ramo, ante un soberbio edificio espléndidamente iluminado; entró en una gran sala, cubierta de dorados que destellaban a la luz de centenares de lámparas y candelabros, y en la cual se encontraban sentados espectadores en gran número, caballeros y señoras, vestidos todos de fiesta. A los acordes de la música, apareció en el escenario una cantante joven y hermosa, y apenas su voz vibrante moduló las primeras notas, embargando todos los corazones, cayó a sus plantas una lluvia de flores.

Tributo de admiración a la encantadora *diva* fué también el ramo en que figuraba nuestra rosa, la cual al volar por el aire hasta caer sobre el escenario, saboreó el honor que le habían hecho. ¿No iba acaso a excitar la admiración de aquella reina del mundo elegante congregado en el coliseo? Trémula de gozo, no cabía en sí de orgullo: pero al caer sobre la escena se desprendió del ramo y desapareció por entre bastidores. Un maquinista la recogió, aspiró su perfume y la guardó en su bolsillo.

Al volver a su casa a media noche, lo primero que hizo fué colocar la rosa en un platillo con un poco de agua; y al día siguiente, la ofreció a su anciana madre que, valetudinaria y débil, descansaba en un sillón. La pobre enferma recibió la hermosa flor enteramente abierta y aspiró sus perfumes con deleite.

—¡Cierto es que no has podido llegar a manos de la divina cantante que tiene el privilegio de enloque-

cer a sus admiradores; pero estás en casa de una pobre anciana, e inundas de gozo su corazón!

Y en efecto, ni un solo momento cesaba ésta de contemplar con alegría infantil la hermosa flor, que evocaba en su espíritu dulces y lejanos recuerdos de su juventud.

— En la ventana del cuarto hay una rendija, dijo el viento; me deslicé por ella y ví los ojos de la buena anciana brillar alegremente al contemplar la rosa, que con tanta dulzura vino a consolarla en medio de sus pesares. Si me preguntais cuál ha sido la más dichosa, ahora ya lo sé.

Sin embargo, las restantes rosas, y especialmente la última que brotó, la única que floreció en otoño, no estaban de acuerdo con el viento.

— Yo he sobrevivido a todas mis hermanas, decía: yo soy la niña mimada, el Benjamín de la familia; no pasa una sola persona por delante del rosal, que no se detenga a contemplarme; en honor mío un músico ha compuesto una romanza; sin duda alguna yo soy la más dichosa.

El viento interrumpe sus palabras, y después de soplar sobre ella y dispersar sus hojas por todos lados se va difundiendo por el mundo la peregrina historia de las rosas. Peregrina digo, y no me arrepiento, pues cada cual puede determinarla a su sabor, proclamando, según su modo de sentir, cuál de entre las bellas hijas del rosal llegó a ser la más dichosa.

ANDERSEN.

XLVI.

La Inocencia.

Tú que en los valles de Alejandria
La luz miraste por vez primera,
Bajo el sol puro de Andalucía,
Rosal galano, crece y prospera.

Crece y prospera: alta tu frente,
Verdes renuevos luzca gallarda;
Para ti el aura dulce y riente
Blandos arrullos pródiga guarda.

Cual la sonrisa de la inocencia
En la alborada se abren tus flores,
Bellas mostrando, ricas de esencia,
Grata frescura, vivos colores.

No aleve ocultas fuertes espinas:
Galas brindando, pródigo en torno,
Ora tus ramas tímido inclinas,
Ya al viejo muro sirves de adorno.

Tiende tus brazos, crece y prospera,
Que la inocencia no halla enemigos;
Plantas y arbustos, flor extranjera,
Rindente aplausos, son tus amigos.

Ya en la alborada fresca y süave
Tiernos pimpollos luce tu frente,
Y te saluda plácida el ave
Y te acaricia manso el ambiente.

Que la dulzura no halla enemigos:
Luce en tus tallos rosas galanas,
Auras y arbustos son tus amigos,
Aves y flores son tus hermanas.

Joven: si quieres que extraña tierra
Hospitalaria te dé acogida,
Vanas pasiones de ti destierra
Y en la inocencia busca tu egida.

Que el que, benigno, don tan sublime,
Prenda tan alta, guarda en su abono,
Ni bajo el peso del odio gime,
Ni de la envidia sufre el encono.

ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE.



XLVII.

Fidelidad en la desgracia.

Una pobre mujer lloraba a pocos pasos de la puerta de un montepío. Un hombre pasó, y le puso en la mano una pequeña moneda. La mujer se levantó con una especie de terror, y le devolvió su limosna.

— Perdonadme, le dijo él, no he tenido la intención de ofenderos.

— ¡Ah! exclamó la pobre mujer, ¿me ha oído Dios? ¡Ay! si, señor; soy muy desgraciada. He traído todo cuanto tenía de algún valor a esta casa. No me queda más que una cruz de oro, que mi pobre padre me había dado en la época de mi primera comunión; ella era todo mi consuelo. La he enseñado al dependiente; no ha querido darme por ella más que *tres francos*.

El hombre miró la crucecita y la guardó, dando a su dueña dos monedas de oro. La infeliz tomó su mano y la besó con transporte...

— Esto no es posible, dijo la pobre mujer llena de júbilo: ¡todo eso por mi cruz!... ¡Oh! ¡qué feliz soy! Voy, pues, a poderle prestar alivio ¡un médico

irá a verle! ¡gracias! ¡gracias! Pero... agregó en voz baja, ¿no os equivocais, señor?

— No, hija mía, ahora no me equivoco; pero de nosotros, los prestamistas sobre prendas, se abusa algunas veces; es necesario que me hagáis conocer vuestro nombre y vuestro domicilio... Además, habéis hablado, según creo, de socorrer a alguien; habéis pronunciado la palabra médico... ¿Es que necesitabais socorros para alguien más que para vos?

— ¡Ay! señor, contestó la mujer con alguna turbación, temo que os arrepintais de lo que habéis hecho por mí; pero es, no obstante, una buena acción... Yo os devolveré este dinero, señor, yo os lo reembolsaré ciertamente.

— No me arrepiento de lo que he hecho y creo enteramente en vuestra promesa; pero respondedme, os lo ruego...

— ¡Pues bien! señor, voy a decíroslo. Me llamo Catalina Gervais, he nacido en la Bresse y hace treinta años (porque ahora tengo cuarenta y cinco) que entré al servicio de un rico comerciante de Macón. Tenía una mujer buena y virtuosa y cuatro niños, que yo he criado y amado tiernamente. Durante muchos años fuimos muy dichosos y hubiéramos seguido siéndolo si mi señor no hubiese tenido un pleito con su hermano. ¿Qué queréis? creo que este hermano no tenía razón y ruego a Dios que lo haya perdonado. Sin embargo, es a mi pobre amo a quien la Providencia ha parecido castigar...

Aquel que se había dado el título de prestamista sobre prendas, se estremeció, se pasó la mano por la frente; un profundo suspiro se escapó de su pecho, pero la pobre Catalina no pareció advertir esta circunstancia y continuó en estos términos:

— He ahí, señor, que en dos años perdió de golpe a sus cuatro hijos, que eran ya crecidos y hermosos; mi buena señora murió también y quedé yo únicamente en esa desolada casa, para servir a mi buen amo y para llorar con él. Poco tiempo después, el señor experimentó nuevos quebrantos en sus intereses; de manera que hace ocho meses hemos tenido que dejar Macón para venir aquí. El señor esperaba hallar en París a unos amigos que le debían favores de cuando era rico, unos negociantes con los cuales había tenido relaciones; habló también de obtener un empleo... Nada de todo esto ha llegado: ha sido mal recibido por sus amigos; y él, que es altivo y sensible, no ha querido volverlos a ver. Poco a poco hemos agotado nuestros recursos, y luego ha llegado el invierno y mi pobre amo ha caído enfermo... He hecho todo lo que he podido para ocultarle nuestra miseria; he gastado todas mis economías: eran muy poca cosa, señor, porque mi amo había puesto mis ganancias en su comercio, y desaparecieron al mismo tiempo que su fortuna... Habitamos en la calle de la Vieille-Draperie... He ahí, señor, por lo que yo lloraba...

El prestamista sobre prendas guardó silencio un momento; un violento combate se libraba en su co-

razón o mejor dicho, algún doloroso recuerdo le agitaba...

— Catalina, dijo al fin con voz emocionada, ¿no se llamaba vuestro amo Jacobo Dumont?

— Es verdad, señor, respondió temblorosa la pobre mujer; así se llama... ¿De dónde lo conocéis?... ¡Dios mío! parecéis inquieto... Tomad, señor; he aquí vuestro dinero...

— No, no, noble y generosa mujer, exclamó el prestamista sobre prendas; corred cerca de vuestro amo; llevadle los primeros consuelos que podáis procurarle; no vayais a casa de un médico: dentro de algunos instantes habrá uno a su lado.

Después se descubrió delante de esta humilde sirvienta; y extendiendo su mano sobre su cabeza, agregó, con voz emocionada, pero grave y solemne como la de un ministro del Señor:

— ¡Catalina Gervais! que Dios os bendiga como yo os bendigo en este momento...

A la mañana siguiente un venerable eclesiástico entró en el corredor de una obscura y triste casa de la calle de la Vieille-Draperie; subió hasta el quinto piso, y se detuvo delante de una puerta carcomida, en la cual llamó. Fué Catalina quien salió a abrir.

— ¡Ahí está, señor! ahí está; dijo con acento de júbilo a un hombre acostado sobre un mísero camastro y que se levantó penosamente para verlo; he ahí quien os ha enviado un médico, y me ha bendecido en nombre de Dios... Que él sea el bienvenido...

El eclesiástico se acercó al enfermo; acercó las manos a sus ojos para enjugar una lágrima... y el enfermo balbuceó algunas palabras de agradecimiento...

—¿Experimentais alguna mejoría? le dijo el eclesiástico tomando su mano, que estaba abrasada por la fiebre.

—¡Ay! señor, respondió el enfermo con tristeza, no es ahí donde está mi mal; es mi corazón el que sufre. Cuando no se tiene ya ninguna esperanza... ¿Cómo podré corresponder a vuestra generosidad?... Porque Catalina me lo ha dicho todo, y vos no podeis ser un prestamista sobre prendas... Pero lo agradezco más; ¡gracias! ¡gracias!...

—Escúchadme, contestó el eclesiástico: curemos, ante todo, los sufrimientos del alma; los del cuerpo desaparecerán bien pronto. Nosotros nos conocemos, señor, nos conocemos mucho; pero desde hace muchos años no nos hemos visto

—¡Vos! exclamó el enfermo mirándolo con asombro, mientras Catalina le sostenía en sus brazos.

—Yo, respondió; ¡y qué! Jacobo, ¿no hallas en mí los rasgos de tu hermano José?... Soy tu hermano.

—¡Perdón! perdón!... dijo Jacobo esforzándose en ocultar su rostro bajo su cobertor... ¡Perdón, hermano mío! Dios me ha castigado cruelmente... ¿vienes tú para maldecirme?...

—En nombre del Señor, ¡perdón! exclamó Catalina, echándose a los pies de José Dumont.

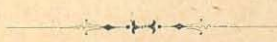
—Hermano, contestó éste mirando con enternecimiento a esta santa mujer, tenemos bajo los ojos un gran ejemplo, el de la virtud, tanto más pura y más bella, cuanto que parece ignorarse a sí misma. Librémonos a los sentimientos que ella debe inspirarnos. Tú me has privado injustamente de la herencia de nuestro padre; pero esta falta es menor que la que has cometido ocultándome tu desgracia, olvidando que tenías en el mundo un hermano entregado al Señor y cuya misión en la tierra es la de enseñar a los otros hombres a amar y a perdonar. . .

Los dos hermanos cayeron en brazos uno de otro; y Catalina, levantando las manos al cielo, lloraba de felicidad. . .

Un momento después José le presentó una hermosa cruz de oro, y le dijo con dulce sonrisa:

—Catalina, mi hermano y yo no nos separaremos en adelante; tomad este presente y aceptadlo como un dulce recuerdo de vuestra devoción hacia uno de mis hermanos. Sereis nuestra hermana; ¿no es esto, Catalina? Guardo vuestra crucecita; será para mí una prenda sagrada, y también un recuerdo del respeto que se debe a la virtud.

Catalina bajó modestamente los ojos y murmuró estas dulces palabras: «¡Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre!»



XLVIII.

La Calumnia.

Por hacer injusta guerra
A una paloma inocente,
Desplomóse una serpiente
De las cumbres de la sierra.

Dió una vuelta y luego mil ;
Y, por la ladera, en breve
Rodó una bola de nieve
Cuyo núcleo era el reptil.

Tanto el alud aumentaba,
Con tal estruendo caía,
Que en el valle se creía
Que el monte se desplomaba.

Al ver la masa glacial
Decía el vulgo admirado:
« ¿Qué gigante habrá lanzado
Proyectil tan colosal?
¿Qué ser todopoderoso
La impulsó con tanto brío? »

... Pero al fin, llegó el estío;
Fueron a ver el coloso
Que espantando al más sereno,
Descendió por la vertiente,
Y hallaron... a la serpiente
Revolcándose en el cieno.

No me importa, ni me extraña
Que, haciendo lo infimo, enorme
La opinión pública forme
El alud de la patraña.

A impulsos del ser más vil
La indiferencia se mueve.
Pero se funde la nieve,
Y sólo queda el reptil.

LEOPOLDO CANO.



XLIX.

Remedios Escalada de San Martín.

María de los Remedios Escalada nació en Buenos Aires el 20 de Noviembre de 1797, y era hija del canciller de la Real Audiencia, don Antonio José de Escalada, y de doña Tomasa de la Quintana.

Creció entre los halagos y caricias del hogar donde fué siempre la más distinguida por su carácter, sus bellas condiciones y ser la menor de sus hermanas.

Cuenta la tradición que su padre la mimaba de tal modo, que no vivía sino consagrado a su educación tratando de agradarla en sus caprichos.

Tenía esta joven catorce años cuando arribó a nuestras playas, tras larga ausencia, el comandante San Martín, y como la casa de los Escalada era un centro de los patriotas de la Revolución, fué de los concurrentes a ella, desde que manifestó sus intenciones de servir a la causa de la Independencia.

El después famoso adalid llegó pobre y sin relaciones; no traía más que su buena hoja de servicios en España y su anhelo de ser útil a su patria.

El viejo Escalada quizá entrevió en aquel soldado la pasta de un gran general y no tuvo inconveniente

en aceptar los galanteos a su hija, a pesar de la diferencia de edad entre ambos, que era casi de veinte años. Ella, niña, no muy alta, delgada y de poca salud; él, de edad provecta, estatura atlética, robusto y fuerte como un roble.

Los Escalada necesitaban un militar en su círculo, y ninguno mejor para ser incorporado que este veterano valiente y pundoroso.

San Martín, vinculándose a esa familia, conquistaba posición y atraía a sus filas un cuadro de oficiales que, como sus hermanos políticos Manuel y Mariano y sus amigos E. Necochea, M. J. Soler, Pacheco, Lavalle, los Olavarría, los Olazábal, y otros, daban brillo y hacían honor al regimiento que empezaba a formar.

El matrimonio se efectuó privadamente el 12 de Noviembre de 1812, y fueron testigos «entre otros — dice la partida original — el sargento mayor de «Granaderos a caballo don Carlos de Alvear y su esposa Carmen Quintanilla».

No habían pasado tres meses de esta ceremonia, cuando el teniente coronel San Martín tuvo ocasión de alcanzar el primer laurel de sus triunfos junto al convento de *San Lorenzo*, y desde entonces, acentuada su fisonomía militar y su importancia para la guerra, comenzó la vida pública que había de terminar simultáneamente con los días de su esposa.

San Martín marchó al ejército auxiliar del Alto Perú, lo dejó por enfermedad, y cuando, nombrado

Gobernador Intendente de Cuyo, hubo de trasladarse a Mendoza, pidió a su esposa que fuera a su lado.

Ésta se puso en viaje acompañada de su sobrina Encarnación de María (más adelante señora de Lawson), y después de una larga travesía por la Pampa abrazó al que ansiosamente la esperaba.

Apenas llegó a la capital de Cuyo, Remedios fué saludada y agasajada por aquella sociedad y se hizo querer tanto, que las ancianas aun la recuerdan con amor y los demás no han olvidado la simpatía que inspirara a sus padres.

Su casa era alegre, hospitalaria; allí concurrían los oficiales amigos del pueblo natal y los jóvenes de la localidad que se agregaron, Palma, Díaz Correa de Saá, los Zuloaga y Corvalán, que unidos a los anteriores cruzaron los Andes y se pasearon vencedores y aplaudidos en la ciudad de los Reyes.

Cuando el ejército marchó en Enero de 1817, el general en jefe también dejó el hogar, y éste desde entonces no le vió sino de paso, antes o después de sus victorias.

Un día del año 1819, San Martín manifestó a su esposa que convenía regresase al lado de sus padres, y ella, tan tierna hija como obediente consorte, así lo hizo, llevando muy pequeña a la que después fué la señora de nuestro ministro en Francia, don Mariano Balcarce.

Vivió en Buenos Aires en casa de sus padres, esperando siempre la vuelta anunciada de su esposo.

Estaba abatida y enferma, y la muerte de su padre agravó su malestar en 1822.

Los médicos aconsejaron que saliera al campo, y fué con toda la familia a la quinta de su hermano don Bernabé Escalada, donde falleció tísica el 3 de Agosto de 1823.

Murió como una santa — nos decía una de las sobrinas, que rodeó su lecho en los últimos instantes — pensando en San Martín, que no tardó en llegar, con amargura en el corazón y un desencanto y melancolía que no le abandonó jamás.

En el cementerio de la Recoleta hay un pequeño monumento de mármol que dice: *Aquí yace Remedios de Escalada, esposa y amiga del general San Martín*, y cubre los restos de la que fué digna hija, virtuosa esposa, madre amantísima, patricia esclarecida y mujer merecedora del aprecio y de la consideración de la posteridad.

ADOLFO P. CARRANZA.



L.

La Fe.

Yo soy amor, y del amor camino;
Soy blanca nave del sagrado puerto:
Por mí, postrado en el peñón desierto,
Canta el asceta su triunfal destino.

Soy consuelo del triste peregrino
Que cruza el mundo de pesares yerto,
Soy árbol santo del eterno puerto,
Rosa divina del rosal divino.

Sin mí, la pena se desgarrá y llora;
Sin mí, el dolor sus amarguras vierte;
Sin mí, el sepulcro con furor devora.

Aspirando mi luz, el alma es fuerte,
La pena se hace amor, la noche aurora,
La tumba claridad, paro la muerte.

BERNARDO LÓPEZ GARCÍA.



LI.

Los Paños.

(1ª PARTE).

Los paños, principalmente los que sirven para el adorno de las damas, pertenecen demasiado al dominio de la fantasía para que los nombres que los designan no sean algunas veces dados por circunstancias fortuitas y pasajeras.

Estos nombres o mejor estos sobrenombres desaparecen con la boga que los ha producido; ya no se halla hoy día ni crespón Rachel, ni paño Chambord.

Del Oriente nos han llegado las más antiguas telas. El damasco, la indiana, la persiana, el madrás; el calicot, el madapolán, la seda, la muselina, la gasa y el cachemir, son todas de origen oriental.

El *damasco*, la *indiana*, la *persiana* y el *madrás* han recibido los nombres de los mismos lugares que los han producido y no disimulan bajo ninguna transformación su procedencia asiática. No sucede así con el *calicot*, que, para adoptar el nombre de la ciudad de que ha nacido, ha cambiado dos de sus vocales. Ya que se ofrece la ocasión de citar la

ciudad de Calcuta no olvidaremos que al modesto mérito de haber fabricado la tela de algodón agrega otro, no menos importante en la historia: el de ser el primer puerto de las Indias visitado por Vasco de Gama (1498).

El calicot perfeccionado, es decir, el *madapolán*, es originario de una ciudad del Indostán inglés, cuyo nombre nos ha sido transmitido intacto. Sucede lo mismo a la fina tela de algodón que de la villa india en que ha nacido ha recibido el nombre de *masulipatán*.

No es el idioma chino el que nos ha dado las palabras *seda* y *satén*; pero es la China la que nos ha transmitido estos preciosos productos. El nombre latino de la tela de seda (*sericum*) viene de la *Sérica*, nombre bajo el cual los griegos y los romanos designaban los países de Asia (el reino de Siam y la misma China) en los cuales se iba a buscar la seda.

La crónica china—ya se sabe el crédito que debe darse a las crónicas—atribuye el descubrimiento de la seda a una de las mujeres del Emperador Hoang-ti, dos mil años antes de Jesucristo. Si algún descubrimiento debía ser hecho por una mujer, era, sin duda, el de la seda. Desde esa época se estableció el uso de tener en el interior del palacio un terreno destinado al cultivo de la morera, designada en la China bajo el nombre de *árbol de oro*. La emperatriz, acompañada de las damas de la corte, iba con gran pompa y tomaba ella misma las hojas de

algunas ramas para distribuir las a la especie de orugas que nosotros hemos llamado *bómbix* o gusano de seda.

La industria de la seda se desenvolvió rápidamente; sus hermosos y brillantes tejidos desalojaron casi por completo a las pieles de animales o a las telas groseras, y hoy día todavía no hay país en que el uso de la seda se encuentre más generalmente extendido que en el Celeste imperio.

Este dichoso privilegio de la profusión y abundancia de la seda no pertenece a Europa ni América. La seda ha quedado en nuestros países como un objeto de lujo, y cuando después de varios siglos, hubo penetrado en Europa, tuvo por largo tiempo un elevado precio. El primer traje hecho enteramente de seda data del año 220. No fué ni una soberana, ni una hermosa, ni siquiera un hombre quien lo vistió, sino un monstruo: el emperador Heliogábalo. Un siglo antes, el emperador Adriano no tenía dinero bastante para regalar uno de esos vestidos a su esposa.

Quisiera citar el nombre del importador de la seda en Europa, pero la historia no nos lo ha transmitido. Fueron unos monjes persas, llegados a Constantinopla, los que revelaron a Justiniano el arte de criar los gusanos de seda y de preparar sus productos para el trabajo. Trajeron de la China huevos de *bómbix*, que metieron dentro de un bastón hueco, y desde este momento la industria serícola fué cono-

cida en Europa. Esta industria pasó de Grecia a Italia; tal ha sido el camino por el cual muchas cosas hermosas han llegado hasta nosotros, y hacia fines del siglo XIII los papas introdujeron las moreras en el condado de Aviñón. A Luis XI pertenece el honor de haber establecido en Tours la primera fábrica de sederías, atrayendo a Francia obreros griegos e italianos. La célebre industria de Lyon data desde Francisco I y necesitó bastante tiempo antes de poder extender sus productos. Las fábricas de seda eran todavía muy raras hasta en las cortes, nos dice Rollin, y Enrique II fué el primero que llevó una media de seda en las nupcias de su hermana. Aviñón, Nimes, Saint-Etienne y París fueron las ciudades donde se establecieron en Francia las más importantes manufacturas de seda.

Conocido es el nuevo rumbo que imprimió el telar Jacquard, a principios de este siglo, a tan importante industria. Pasa con la seda, ya tan hermosa en su estado natural, lo que con las demás materias tejidas por la mano de los hombres: no se le puede otorgar todo el precio, toda la admiración que merece, sino dándose cuenta de las muchas transformaciones que está obligada a sufrir desde que el gusano la hila hasta que las damas la llevan. Soporta la ebullición, el devanaje, la torsión, el tinte, el tejido y en fin todos los trabajos de la confección.

Ahora que la faya está en decadencia y que el tafetán ha tomado sobre sí todo el poder que aqué-

lla tuvo, no se tomará a mal por cierto el que los sabios estén de acuerdo para hacer derivar la palabra *tafetán* del persa *Táftah*, participio pasivo de un verbo *taften* cuyo significado es tejer, enlazar.

Lo que en nuestros días caracteriza el tafetán y le distingue de otras telas de seda, es su brillo, su lustre. ¡Oh! ese brillo, tan desdeñado en un tiempo y hoy día tan apreciado, encierra una historia que merece ser contada.

Un fabricante de seda del siglo XVIII, Octavio Mai, víctima de acontecimientos desgraciados, estaba sumido un día en las tristes reflexiones que le sugerían una posición difícil y las preocupaciones pecuniarias. Revolvía dentro de su boca, distraídamente, un pequeño pedazo de su tela de seda cruda, que maquinalmente había llevado a ella, y que concluyó por echar al suelo. El que medita, busca y se aflige, mira involuntariamente hacia la tierra. Los ojos de Octavio Mai dieron con aquel pedazo de seda y se asombró de ver en ella un brillo tan extraordinario. La recoge y recuerda que la ha macerado entre sus dientes, y se da cuenta reflexionando, de la acción ejercida por un licor viscoso y por el calor de la boca. Esto fué un rayo de luz; el *brillo* de la seda había sido descubierto y la fortuna de Octavio estaba hecha.

* *Moaré* no ha sido siempre el nombre del apresto que reciben en la calandra o en el cilindro, por aplastamiento de su grano, ciertas telas de seda de

lana, de algodón o de lino para tomar un brillo cambiante, una apariencia ondulada y de reflejos diversos. El *moaré* era originariamente una tela hecha con el pelo de una cabra salvaje de Asia Menor, denominada *mo*; y como *hair* significa pelo, la palabra inglesa *mohair*, pelo de cabra angora, ha originado la palabra *moaré*.

Las diversas especies de sederías debidas a los progresos sucesivos de la industria son de origen europeo; la *florenxia*, tafetán ligero, y la *florentina*, satén labrado, que llevan el nombre del lugar en que han sido fabricados primero; el *gro de Nápoles* y el *gro de Tours*, así llamados porque los tejidos fabricados en estas ciudades son de grano grueso; la *faya*, seda negra, igualmente de grano grueso, fabricada en Flandes y cuyo nombre flamenco es *falie*; en fin la tela llamada *pou de soie*, en que el grano es más grueso que el de Nápoles y menos apretado que el de Tours. Dividida está la opinión sobre la etimología de este nombre un poco extraño y de mal tono; los unos lo creen una alteración de *padoue soie* (seda de Padua), y otros una corrupción de *tout de soie* o pura seda. Hay no obstante una versión que el deber me obliga a señalar a pesar de que repugna singularmente: se supone que se trata de la comparación con un insecto, y que la tela se llama así para indicar por una comparación forzada el grosor de sus granos.

¿Dónde está la verdad? ¿A cuál de estas opiniones es necesario dar la preferencia?

Existe incertidumbre respecto al origen de los nombres de dos clases de seda: la *marcelina* y el *fular*. Este último es, ciertamente, de origen indiano por su fabricación; ¿no será también por su nombre?

En cuanto a esa seda ligera que nosotros llamamos *gasa*, nos ha llegado directamente de Oriente pues ha nacido en la ciudad de *Gaza* en Palestina; esto es, en la misma antigua ciudad en que Sansón, prisionero dentro de sus muros, se escapó llevándose las puertas, y donde murió después voluntariamente, aplastado bajo las ruinas del templo de Dagón.

Gaza significa tesoro. El precioso papel que desempeña la gasa en el tocado de las damas en nada desmiente este significado.



LII.

Los Paños.

(CONCLUSIÓN).

Otro tejido ligero, la *muselina*, debe su nombre a Mossul, ciudad fuerte de la Turquía Asiática, situada sobre la margen derecha del Tigris. Sin embargo, en el Indostán se fabrican las muselinas en mucho mayor cantidad que en Mossul, donde se ocupan principalmente en teñirlas y estamparlas. Sigamos nuestro paseo a través del continente asiático. Imaginaos un país risueño, fértil, pintoresco, donde el cielo es siempre puro, la temperatura siempre dulce, el aire siempre saludable y embalsamado; rico en sabrosas sandías y mieles perfumadas; donde las cosechas son abundantes y los frutos exquisitos; donde no se encuentra ni reptiles venenosos, ni insectos dañinos; un país a 2000 metros sobre el nivel del mar, rodeado de boscosas montañas de donde manan fuentes que, cayendo en estrepitosas cascadas, forman arroyos y lagos, difundiendo a su alrededor la frescura, la alegría y la fertilidad; figuraos campiñas y colinas tan hermosas, tan florecientes,

que el país entero con sus ríos y arroyos, sus verdes praderas, sus cultivos variados y sus pueblos ocultos entre árboles, ofrecen el aspecto de un inmenso jardín: poned toda esta gracia, todo este encanto, al pie de ese gigantesco túmulo llamado Himalaya, y no tendréis más que una idea muy débil del delicioso valle de donde salen los cachemires. Este delicioso jirón del mundo ha sido designado en los registros de las rentas del imperio Mogol bajo los nombres de *Imagen del paraíso* y de *morada celeste*.

Sí; en este país embriagante, encantador, es donde se fabrican los tejidos maravillosos que no han podido ser imitados ni por el resto del Asia, ni por la misma Europa, y que han conservado a través de los siglos su antigua reputación. Los mantones que los indígenas indios y mogoles llevan en invierno sobre la cabeza y los hombros son fabricados con la propia lana del país: pero el cachemir propiamente dicho, el que forma la riqueza y la gloria de los habitantes de ese hermoso valle, no pertenece al país de Cachemira más que por su manufactura. La lana, o más exactamente el vello que sirve para tejerlo es sacado del pecho de las cabras del Tibet. Una vez en las manos del fabricante cachemirano, este vello, de un gris obscuro por naturaleza, es blanqueado por medio de una preparación de polvos de arroz, luego teñido de diversos colores, después tejido y lavado, y por último se fija alrededor de la pieza el fleco, por medio de una costura imperceptible, y el mantón está acabado.

Serinagor, capital de Cachemira, es el punto que reúne mayor número de fábricas, pero no quiero decir más, con respecto al villano carácter y al desaseo de los cachemiranos, sino que son indignos de las bellezas que los rodean; abandonaremos, pues, esta ciudad, no sin antes recordar que ella y sus alrededores son la patria de las más hermosas rosas del mundo. La suavidad de su perfume es proverbial en el Indostán, y ya se sabe qué precio tiene la esencia (*attar*) que de ella se extrae. El comercio de la esencia de rosa es una fuente de riqueza tan considerable para el país, que se festeja con regocijo la época en que abren los rosales sus espléndidos capullos.

Hácese remontar el origen del mantón de Cachemira a una alta antigüedad. El más maravilloso de todos, por lo menos el más fabuloso, fué, según se dice, fabricado para un habitante de Sibaris, ciudad que existió antiguamente en el sur de Italia. Muerto este sibarita llamado Alcistenes, Dionisio el Antiguo fué poseedor del mantón y lo vendió a los cartagineses por una suma equivalente a cuatrocientos mil pesos. Después de muchas vicisitudes, esta obra de arte fué destruída por un incendio. Duró algo más de novecientos años.

Es también el Oriente el que nos ha transmitido el chal y su nombre (*schal* en árabe) del que nosotros hemos españolizado la palabra. Allí el chal pertenece igualmente a los dos sexos y no tiene, como entre nosotros, usos restringidos; hace de todo a la vez; de alfombra, de turbante, de mantón y de faja.

Con esto damos por terminada la lista de los tejidos orientales, restándonos solamente todavía dar un vistazo a los productos de los países del lado en que se pone el sol.

Algunos tejidos hablan demasiado claramente por sus nombres para que haya necesidad de interrogarlos. El brocado o *brocato*, tejido de oro, de plata, y muchos colores, deriva del francés *brocher*, recamar; el *piqué* recuerda los puntos alineados en losanges o rombos que reúnen los dos tejidos de que se compone; la *alpaca* ha tomado su nombre de un rumiante de nuestra América denominado *alpaca*, famoso por la longitud y la finura de los pelos de su vellón; la *papalina* por fabricarse en Aviñon, entonces ciudad papal; el *orleáns*, el *barés* y el *tul* han tenido por cuna tres ciudades de Francia; el *crespón*, tejido ligero y rizado, debe su nombre al verbo *encrespar*, derivado del latín *crispare*. *Terciopelo* deriva de las dos palabras *terso* y *pelo*, a causa de que este tejido forma por la parte superior un vello finísimo; el nombre de la *lustrina* indica que ésta tiene lustre: el *encaje* es llamado así porque se coloca sobre otro tejido; la mayor parte de ellos van acompañados del nombre de los puntos donde se han fabricado, por ejemplo de Génova, Venecia, España, y principalmente de Alençon, de Inglaterra, de Valenciennes y de Bruselas; pero queda una incertidumbre respecto a los encajes denominados *blondas*.

¿Cuál es el origen de esta denominación? Quizás

deriva de *blondo*, *blonda* (rubio, rubia), ya que los encajes de seda no son tan blancos como los de hilo. El *lienzo* reconoce por origen de su nombre el lino, con el cual se le fabrica; otro tanto puede decirse del *linón*; el *droguete*, tela de muy poco valor, parece llevar este nombre como despreciativo.

En cuanto al *merino*, esta palabra en su origen significaba errante y por extensión se aplicó a las tropillas de cierta clase de carneros a quienes se conducía de prado en prado: de éstos pasó a los tejidos fabricados con su lana. *Tartán* es el nombre de una tela a cuadros grandes muy usada en el norte de Escocia y cuyo nombre parece derivar de *tiritaña*, tela endeble. Respecto a la tela de lana llamada *lasting*, sólo diremos que su nombre deriva del verbo inglés *to last*, durar, a causa de la mucha duración de este tejido.

Hubiéramos querido completar esta lista, desde el punto de vista etimológico, y decir de donde vienen las palabras *reps*, *organdí*, *choconada*, *tarlatana*, *percal* y su diminutivo *percalina*, pero el origen de estas palabras ha permanecido hasta hoy día en las más densas tinieblas.



LIII.

La Limosna.

Oye, hija mía: cuando el pobre toca
De puerta en puerta mendigando un pan,
Nos lo pide por Dios, y el Dios que invoca
Es el mismo que a todos pan nos da.

El Padre universal tiene un consuelo
Para todo dolor: y cada bien
Con que socorre al pobre sube al cielo
Y en densa nube tórnase al caer.

Por eso es su caudal inagotable;
Por eso cada bien abate un mal;
Por eso encuentra pan el miserable;
Por eso el desvalido encuentra hogar.

También la caridad en su eficacia
Da una limosna y la reciben dos:
El que la pide, un pan que su hambre sacia;
El que la da, la bendición de Dios.

Y el aturdido mundo no percibe
Quién en esa limosna gana más,
Si el mendigo infeliz que la recibe
O la mano piadosa que la da.

Pero en este dilema no hay razones;
Calcular es lo mismo que sentir:
Si das pan y recibes bendiciones,
¿La dádiva mejor no es para ti?

San Juan de Dios, que ansioso perseguía,
Para ofrecerla pan, a la orfandad,
Al ponerlo en su mano le decía:
«¡Gracias por la limosna que me das!»

No olvides, hija mía, la enseñanza
Que encierra el don munífico de Dios:
Si de fe se alimenta tu esperanza,
Busca en la caridad tu galardón.

LÁZARO MARÍA PÉREZ.



LIV.

El Mes de María.

Sentada en las rodillas de su piadosa madre, aprendía una niña a formar sobre su frente y pecho la señal de la cruz. Como acabase de decir: «en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo», se volvió hacia su amada institutriz y le dijo: «Mamá, ¿entonces en el cielo no hay madre?»

El corazón de la humanidad había hablado por sus labios infantiles, y *Dios* debía responder a este grito de un instinto profundo; su respuesta, es la dulce Virgen María, Madre de *Dios*, Madre de los hombres.

También la gran familia de *Cristo*, el verdadero pueblo cristiano, no se ha equivocado. ¡Dios y la Virgen! A ambos los vió sonreír cuando despertó su alma en la cuna. Sobre las rodillas maternas, aprendió a unirlos en su confianza y en su amor. No los separó ya en su culto y sus plegarias; les contará sus penas, les confiará sus lágrimas, los llamará en su socorro, y cuando le llegue el momento de morir, les recomendará su alma.

De este sentimiento profundo ha nacido la devo-

ción tan hermosa y tan dulce del mes de María. ¡También veis cómo ella se ha hecho rápidamente popular y querida a la piedad de todos los buenos cristianos!

Ninguna ley ha intervenido; la Iglesia no ha ordenado nada; todo lo ha hecho el corazón, la confianza, el amor. Un alma escogida ha comenzado en un rincón; inmediatamente el mundo entero ha hecho del mes de las flores una larga y dulce fiesta en honor de la Virgen bendecida, de la muy querida Madre de la gran familia católica. He ahí como a una misma hora, desde la catedral hasta la más humilde iglesia de campaña, por todas partes manos y corazones llenos de júbilo le prepararán un trono de flores y hermosos cánticos. ¿Y qué digo a la iglesia? También al hogar de la familia, en este amado santuario de *Dios*, el mes de María trae encantadoras y santas fiestas. Por todas partes donde hay ese hermoso tesoro que se llama una madre piadosa, por mísera y reducida que sea la casa, hay lugar para la cruz de *Jesús* y para la imagen de la Virgen María. Éstos son los dos guardianes de la familia, y cuando vuelve el mes de las flores, después de los trabajos del día, la madre lleva a sus niños a la Madre de *Jesús*, que sonrío en medio de algunas flores, y las rodillas se doblan, la plegaria sube sencilla, dichosa, confiada, hacia la misericordiosa Reina a quien jamás se implora en vano.

—¿Quién dirá lo que hay en esta piedad tan pura,

tan buena, tan amable, de santificante para las almas y de saludable para la paz y la felicidad del hogar? Sí, el culto de la buena Virgen es practicado admirablemente por la familia. ¿No le confía la madre, como por instinto, sus más queridas esperanzas? Al nacer de su hijo, ¿no es su primer cuidado el ofrecerlo a *Dios* por manos de María, y colgarle al cuello una pequeña medalla que guardaba en reserva, esperando que, a ejemplo de la Virgen Madre, pueda ir al templo a presentar ella misma su recién nacido al altar de María?

Y después, cuando la madre da a su hijo la primer noción de *Dios*, haciéndole balbucear el primer nombre del Padre celeste; cuando ensaya elevar esta débil inteligencia al conocimiento del *Dios* Salvador, ¿qué puede hacer mejor que enseñarle el Niño *Jesús* entre los brazos de la Santa Virgen? Así el niño aprende al mismo tiempo a amar a *Dios*, a su Hijo y a María que ha dado a todos este *Dios* Salvador. ¡Maravilloso efecto de una devoción que los distraídos y los ignorantes llamarían de buena gana estéril, y que proyecta en el alma del niño las vivas claridades de la fe y enciende en su corazón los primeros ardores del amor divino! ¡Cuántos gozos inefables, cuántos encantos celestes extiende en la aurora de la vida, esperando que disipe las nubes y tormentas del porvenir! Pueden sólo ignorarlos aquellos que no han visto a María cerca de su cuna y que no han aprendido a ofrecerles las primeras flo-

res de su corazón junto con las primeras flores de la primavera.

La educación apoyada en esta especie de devoción a María prepara admirablemente al niño para el gran día, el día decisivo de su primera comunión, que es dentro de la familia un acontecimiento de júbilo. En esta época importante de la vida con más confianza que nunca, la madre se dirige a la Santa Virgen. Le recomienda a su hijo, que va a llegar al tabernáculo viviente de *Jesús Cristo*; le suplica que termine su obra.

¿Cuál es el niño cristiano que no siente entonces la maternidad de María, y no se consagra de todo corazón al servicio de la Reina del Cielo?

¡Felices aquellos que resguardan su adolescencia bajo la protección de María, aumentan en sabiduría y en gracia, para el gozo y honor de sus padres! Mientras sean fieles a la devoción de su infancia, no harán correr las lágrimas de su madre.

Pero si algún día, ¡oh madres! vuestros hijos olvidan el invocar a María junto con vosotras, conforme lo hacían en los días de su inocencia, en el oratorio de la familia, id a derramar vuestras tristezas y vuestras lágrimas en el corazón de Aquélla que es la *Consoladora de los afligidos* y el *Refugio de los pecadores*. Tened confianza; vuestro hijo se acordará de los dolores de su madre, y María lo volverá a *Dios* y a vuestra ternura.

Respecto a las hijas, vuestra misión es más fácil.

Es el honor de las jóvenes cristianas el acercarse a María y hacerle cortejo. Es su felicidad el adornar el pequeño oratorio de familia, el cantar sus alabanzas, llevar sus insignias, celebrar sus fiestas, y principalmente en el mes que le está consagrado por la Iglesia. No seáis de esas madres, poco numerosas, gracias a *Dios*, que temen de sus hijas una devoción demasiado grande hacia la Santa Virgen. Comprended aquello que la piedad filial hacia María puede dar a la joven, en reserva, dignidad, amable sencillez y candor, devoción generosa, y todo aquello que puede aportar a la familia: obediencia, santos afectos, gozo, honor, esperanza y consuelo.

¡Oh María, sed la madre de todas las familias cristianas!



LV.

A la santa Cruz.

Árbol florido y hermoso
Donde descansa mi Bien,
Dénos tu sombra reposo,
Y sírvanos cariñoso
De esperanza y de sostén.

En el desierto arenal
Que nuestro pie cruza errante,
Sénos escudo y señal,
Guíanos siempre adelante
Como lábaro triunfal.

Mi camino acompañaste
Mitigando su rigor,
Mis lágrimas enjugaste,
Y constante me enseñaste
Lo sublime del dolor.

Si mi vida se desliza
Entre amarguras y cruz,
En esta enemiga liza, .
Mis heridas cicatriza,
Sé mi norte, estrella y luz.

Tú que mi cuna meciste
Y entre tus brazos crecí,
Defiende mi tumba triste,
De esperanza la reviste
Y alcance el lauro por Ti.

SOR MARIA LUISA DE JESÚS.



LVI.

Noemia.

La marquesa de X... había ido a habitar, después de su desposorio, un magnífico palacete, situado en la calle de Verneuil. Joven, rica, adulada en el mundo elegante, donde su rango la colocaba, ninguna desdicha, ningún serio pensamiento habían todavía entristecido su vida. La desgracia era para ella una palabra vana que más bien le causaba asombro que temor; porque además de que la creía alejada de su casa, jamás había sabido lo que eran angustias. No obstante, hacía muchos beneficios; su bolsa se desataba para todos aquellos que reclamaban su asistencia. Pero el sufrimiento que quiere ser adivinado, que se envuelve en su pudor, pasaba inadvertido ante las distraídas miradas de la señora de X... Para llegar hasta su corazón, generoso y compasivo, era preciso que tuviese una voz; que recurriese a esas fórmulas que se detienen en los labios demasiado pudorosos e inhábiles para pronunciarlas.

Entonces, abandonada al torbellino del gran mundo, la marquesa tenía poco tiempo que dedicar

a los desgraciados; hallaba, pues, mucho más cómodo confiar la distribución de sus limosnas a los subalternos. Si alguna vez interrogaba sus actos, si su conciencia, naturalmente timorata, le hacía algunos reproches, era suficiente, para tranquilizarla, el decirse que sus costumbres eran irreprochables, y que consagraba a dádivas caritativas una parte de las sumas que su marido dejaba a su disposición. Entonces, con nuevo ardor, se lanzaba en esa existencia agitada y tumultuosa del gran mundo, llena de peripecias y también de desencantos.

No obstante, se acercaba la Cuaresma, esa época consagrada por la Iglesia a las mortificaciones, al recogimiento y a la plegaria. La marquesa, imbuída desde la infancia en los principios religiosos, que estaban en ella más bien descuidados que destruídos, permaneció retirada, en cuanto llegó el solemne día en que tantos pecadores van ante los altares a reconciliarse con Dios, que siempre tiene un perdón para el hombre contrito y arrepentido. Negóse a recibir a nadie, y no salió de su palacio sino para asistir a los oficios de su parroquia. A menudo la palabra calurosa, insinuante, de un piadoso predicador, le arrancaba lágrimas y reanimaba en su alma un fervor que ella creía extinguido para siempre. No sin sorpresa sintió seguir a las violentas emociones que la agitaron durante el curso de su vida disipada, una calma, una serenidad que no había experimentado hasta entonces. Su salud, alterada

por las vigiliás, se fortificó visiblemente, gracias a la adopción de costumbres uniformes y pacíficas; pensó, pues, persistir seriamente en esta reforma a la cual se había sometido más bien por satisfacer un deber de conciencia que por un verdadero transporte de fervor religioso.

Su director espiritual, hombre preclaro, temiendo que una transición demasiado brusca produjera luego una reacción de tibieza y desaliento, entretenía el celo de su penitente sin excitarlo; quería que todo fuese debido a la experiencia y nada a la exaltación. Abandonaba, pues, a la marquesa, en cierto modo, a sus propios impulsos, convencido de que Dios tenía altos designios respecto de ella, y que un día se entregaría sin reserva a la santa causa.

Después de su reclusión la señora de X... iba a menudo a sentarse en una terraza que existía sobre el costado del palacio, donde estaba situado su dormitorio. Allí se complacía en contemplar los maravillosos fenómenos del cielo de marzo, que tan pronto aparecía sombrío y amenazador, como se ostentaba matizado de tintes ricos y armoniosos, como envuelto por un brillante encaje de luces; después los árboles de su jardín, cuyas hojas ya comenzaban a desarrollarse bajo los primeros rayos del sol primaveral.

Un día en que sus miradas erraban inciertas, se detuvieron en una casa vecina, de la que no percibía, por este lado, más que la parte superior, agu-

jereada por la ventana de una buhardilla. Esta acababa de abrirse lentamente, y al instante se mostró una joven, llevando en sus manos un rosal de Bengala que depositó sobre el pretil de la ventana. Entonces, arrancando una a una las hojas marchitas de la debilitada planta, fueron llevadas por el viento hasta la terraza del palacio. La marquesa siguió con interés todos los movimientos de la joven. Blanca y tan delicada como las rosas que intentaba reavivar en sus tallos, se hubiera dicho que a ella también le faltaba el sol, que el invierno había pasado con todos sus rigores sobre su infantil cabeza. «¡Pobre muchacha! ¡quizás carezca de lo necesario!» se dijo la señora X...; y al mismo tiempo dirigió la mirada sobre el rico mueblaje de su dormitorio. — «Pero no hay una pobre en el barrio a la que no haya socorrido con presteza cuando me ha dado conocimiento de su miseria; y seguramente, si esta joven se hallase en la misma situación se habría dirigido a mí o por lo menos a mi doncella de confianza».

Esta reflexión tranquilizó a la señora de X... Después, habiéndose cerrado la ventana de la buhardilla, fué a sentarse tranquilamente en un confidente situado cerca de un buen fuego cuyo calor le pareció tanto más agradable cuanto que el aire había refrescado mucho. Allí rodeada de todas las comodidades del lujo, olvidó muy pronto la buhardilla, la joven y el rosal de Bengala.

Sin embargo, dos semanas después, mientras la

marquesa se paseaba todavía sobre su terraza, la joven se presentó naturalmente a su imaginación, y al punto dirigió la mirada con una especie de curiosidad hacia la casa vecina; pero la ventana quedó cerrada y no vió más que el rosal encorvado, seco, falto de cultivo.

«Ha cambiado de aposento», fué el primer pensamiento que se ofreció al espíritu de la señora de X... En efecto, la ventana sin cortinillas y los vidrios cubiertos de una espesa capa de polvo, autorizaban tal suposición.

Por la noche, la marquesa fué a San Roque para oír predicar la Pasión por el célebre abad Cœur. El auditorio era tan numeroso, que no le fué posible colocarse en el interior de la nave; se vió, pues, obligada a sentarse a gran distancia del púlpito. A pesar de toda su atención, adivinaba lo que no podía oír según las diversas modulaciones que el predicador imprimía a sus acentos llenos y rotundos.

Hablando de la terquedad y de la cruel saña de los verdugos de Dios, hecho hombre, su palabra resonaba vibrante, enérgica. Caía como un destello del rayo sobre las cabezas de los oyentes; iba a perderse en grandes ecos en las capillas más lejanas del sagrado recinto. Mientras tanto, alrededor del púlpito, reinaban el silencio y la inmovilidad de las tumbas; se hubiera dicho que todos estaban dominados por el estupor y el espanto; que cada uno se acusaba de los ultrajes inferidos al Salvador del

mundo. Todas las miradas, dirigidas hacia el rostro inspirado del abad Cœur, parecían implorar su piedad, pedirle perdón. Muy pronto, por una transición hábilmente dispuesta, los acordes de su voz se endulzaron gradualmente. No articulaban ya sino sonidos tiernos y lastimeros; tenían lágrimas para ponderar la paciencia, la humildad, la dulce resignación del hijo de Dios en las más crueles angustias.

Entonces también, hubiérais visto levantarse todos los pechos, hubiérais visto un concierto de suspiros; era un dolor acerado, agudo: dolor que en la tierra no tiene expresión posible en ningún idioma; porque habría quedado desconocida para el hombre si no hubiese descendido de las sagradas llagas de Jesucristo.

La marquesa, vencida también por la elocuencia del abad Cœur, bajó su velo para ocultar las lágrimas que corrían por su rostro; y, terminado el sermón, esperó para retirarse a que la muchedumbre hubiera salido. No lejos de allí, semioculta por una columna, estaba arrodillada sobre una piedra una mujer que a menudo lanzaba una ojeada furtiva sobre la señora de X... El talle de aquella mujer parecía plegarse sobre sí mismo, quizás a consecuencia de una débil constitución o de un precoz desarrollo; porque era evidentemente muy joven, a juzgar por la facilidad de sus movimientos. El conjunto de su persona ofrecía una singular elegancia natural, aun-

que sus modestos vestidos, mal adaptados a la estación, todavía fría, revelaban su pobreza, y se creía ver temblar sus miembros debajo de la ligera muselina que los cubría.

La marquesa la examinó con una atención mezclada de profundo interés, pues ésta era la joven de la buhardilla; la había reconocido en su perfil puro, en sus infantiles facciones, llenas de una palidez enfermiza, y de esa gravedad melancólica que sienta mal en un rostro de quince años. La señora de X... hubiera querido hablarla, informarse de sus medios de existencia; pero, ¿cómo osar hacerle una de estas preguntas que no pueden ser aceptadas más que a título de limosna por parte de una extraña?

Permaneció, pues, indecisa en su puesto; luchando entre el deseo de socorrer a una criatura doliente y el temor de humillar quizás una susceptible altivez. Habituada a no tomar la iniciativa en tales circunstancias, la señora de X... ignoraba todavía que todas las iniciativas deben estar de parte del rico cuando el pobre se mantiene retraído y rehusa descorrer el velo que encubre al indiferente el secreto de sus dolores.

En fin, la marquesa se disponía a dejar la iglesia, cuando vió levantarse a la joven con un brusco movimiento y avanzar hacia ella con vivacidad, aunque con paso poco seguro. Llegada cerca de la señora de X... que pronto se detuvo, se apoyó en el respaldo de una silla, como si las fuerzas le hu-

biesen faltado; luego, después de algunos minutos de silencio, se escaparon de sus labios estas palabras en forma inarticulada:

— Perdón, señora, si me atrevo a importunaros. Pero... yo... yo... mi madre...

Y ocultando su cara entre sus manos retrocedió, como asustada por sus propias palabras.

— Calmaos, hija mía, le dijo la marquesa con bondad; había adivinado vuestra desgracia, y si una falsa timidez no me hubiese retenido, hubiera sido yo quien...

— ... No os pido nada, contestó la desconocida, rechazando con vehemencia la moneda de oro que le ofrecía la marquesa. ¡No soy rica, es verdad; pero mendigar!... ¡Oh! ¡jamás, jamás!

— La pobreza no es un crimen; avergonzarse sería un orgullo mal entendido. Aceptad, pues, este pequeño socorro, y creed que mi intención al ofrecérselo no es la de humillaros.

— Me habéis comprendido mal, señora, os lo repito. No soy una mendiga.

— No obstante, si no me equivoco, teníais algo que pedirme.

— ... En efecto... me acuerdo... ¡Oh! sí, eso es!

Y adelantándose para tomar de encima de una silla el devocionario con abrazadera de oro labrado de la señora de X...

— Señora, agregó presentándoselo, ibais a dejaros olvidado este libro y quería prevenirlos.

Entonces, sonriendo con esa sonrisa que oculta una horrible angustia, saludó a la marquesa, y se dirigió hacia una de las puertas laterales de la iglesia. Allí se detuvo para respirar, sus piernas parecían doblarse bajo el leve peso de su cuerpo. Sin embargo, habiendo reanimado sus fuerzas el aire fresco de la noche, se alejó de San Roque, eligió las calles más desiertas, y llegó, al fin, delante de una casa de miserable apariencia, situada detrás del palacete de la marquesa. Entonces, atravesando un corredor obscuro, subió en seguida los cinco pisos de una escalera tortuosa y mal segura; abrió sobre el descanso una pequeña puerta, que fácilmente cedió a sus esfuerzos y fué a sentarse anhelante, sobre una cama en la cual estaba acostada una mujer de facciones demacradas.

Aquella mujer, consumida por la enfermedad, estaba envuelta en una mala manta de lana; ningún vestigio de tela se percibía a su alrededor, la luz de una mariposa proyectaba una claridad débil, melancólica, en el interior de la buhardilla, e iluminaba sus paredes grisáceas y su miserable mueblaje que se componía de dos sillas, un viejo sillón de tapicería, una mesa de pino y algunos utensilios de cocina.

— Has estado mucho tiempo ausente, Noemia, dijo la enferma a la joven.

Y como no obtuviese ninguna respuesta, sacó con ansiedad la cabeza fuera de la cama.

— ¡Hija mía! ¿qué tienes?... exclamó. ¡Oh! ¡qué temblor! ¡qué palidez!

— Es solamente un poco de fatiga.

— Me engañas... No obstante haber llegado al último grado de la desgracia, aun queda siempre a los infortunados algo que temer.

— Es cierto; somos bien desgraciadas, pero la medida de nuestra desdicha está colmada, dijo Noemia con amargura. Así, tranquilízate, querida madre: lo peor que pueda sucedernos es el quedar en la misma situación... Pero ¿como te has sentido durante mi ausencia?

— Bien, muy bien, hija mía; eres tú quien me inquieta. ¡Oh! desecha esa sonrisa; me hace mal. Dime solamente lo que te aflige; ¿han insultado tu miseria? habla; tu madre hallará todavía quizás una palabra de consuelo para su hija.

— Me despreciarías, rechazarías a tu hija si supieras hasta qué punto he tenido que rebajarme.

— ¡Rebajarte! ¡tú!... ¡nunca! Tu alma, noble como el nombre que llevas, no se mancillará con un acto indigno; y hasta mi última hora bendeciré a la hija en la cual se ha concentrado todo mi orgullo en este mundo.

— No sigas, madre mía... no merezco estos elogios, porque, es preciso decírtelo, tu hija ha tendido la mano...; ha estado a punto de mendigar, pero le ha faltado el valor para hacerlo.

Las mejillas lívidas de la enferma se colorearon de un vivo rubor; durante algunos minutos pareció haber perdido el uso de la palabra. Sin embargo,

dominando por momentos el sentimiento que la agitaba, sus ojos se volvieron con enternecimiento hacia su hija, y atrayéndola hacia su seno.

— Tú me amas mucho, le dijo con una voz apenas inteligible; porque, lo sé, antes que implorar para tí la caridad de los transeuntes habrías sufrido todos los horrores de la miseria.

— Me perdonarías, pues si...

— Esperemos que el cielo nos evitará tal humillación, interrumpió con vivacidad la señora de A... Hasta el presente el trabajo de nuestras manos ha bastado, y sin esta cruel enfermedad...

Sin embargo, esta escena tenía un testigo: la marquesa acababa de oír, detrás de la puerta, que había permanecido entreabierta, toda la conversación sostenida entre la madre y la hija. Cuando la señorita de A... dejó a San Roque, su desesperación era demasiado visible para que ella no se sintiera conmovida. Siguió, pues, a Noemia hasta la entrada de la mísera buhardilla en que habitaba la pobre joven.

A la mañana siguiente, la enferma se vió rodeada de todo aquello que su situación reclamaba. A partir de ese día, un médico fué cada mañana a visitar a la señora de A... Muy pronto se halló en estado de levantarse, y entonces manifestó calurosamente al doctor todo su reconocimiento; porque creía era a él a quien debía tantos beneficios.

— Os equivocáis, señora, le contestó el médico: en todo esto no he hecho más que ejecutar las órde-

nes de una persona que habría venido ella misma a cuidaros si ciertos motivos de delicadeza no se lo hubiesen impedido.

— ¡Oh! decidme su nombre, su dirección, exclamó Noemia: quiero agradecerse, abrazar sus rodillas; sin ella ya no tendría madre.

El médico, cediendo a estas reiteradas instancias, la condujo a casa de la marquesa de X...

La señorita de A... reconoció fácilmente a la dama de San Roque e iba a echarse a sus pies cuando su bienhechora la recibió en sus brazos.

— Pobre pequeñuela, le dijo; ¿por qué no habré seguido los impulsos de mi corazón cuando te ví por primera vez? Te habría evitado muchas penas.

Poco tiempo después, la señora de A... y su hija se hallaban alojadas en un departamento decoroso y cómodo. La marquesa hizo señalar a dicha señora una pensión a la cual tenía derecho, y que la puso en adelante al abrigo de la necesidad.



LVII.

Meditación.

¿No ves? El año se ha ido,
Y mientras que de él nos queda
Sólo un recuerdo, que rueda
Hacia el seno del olvido,
De nuestra dicha ¿qué ha sido?
¿Qué fué de nuestro pesar?
Como espumas de la mar,
Como hojarascas marchitas,
Sus contentos y sus cuitas
El hombre mira pasar.

Nada en sus manos demora;
Todo corre, todo vuela:
Lo que logra, lo que anhela,
Lo que tiene y atesora.
Y al final de cada hora
El desdichado no advierte
Que es más débil, si más fuerte,
Y en su vanidad se olvida
De recordar que la vida
Es cómplice de la muerte.

¿Qué son placer y dolor?
¡Rosa el uno, el otro espina
Del sendero en que camina
Siempre con ansia mayor
A un algo siempre mejor!
Mas ni el mundo, ni la ciencia,
Ni la embriaguez de existencia
La despojan del hastío,
Ni colmarán el vacío
Que horroriza su conciencia,

¿Cómo acallar ese grito?
¿Cómo a su angustia dar calma
Si la ansiedad es del alma,
Si la sed es de infinito?
Entre el inmenso circuito
De los límites del suelo,
No habrá paz para su anhelo;
Pero levante la frente
Con el fervor del creyente
¡Y la Paz vendrá del cielo!



LVIII.

La Madre de familia.

La madre es el primer médico y el primer maestro del niño. No sólo nutre su parte física con la savia que brota del seno materno: nutre también su espíritu con sus ideas, le trasmite sus sentimientos, lo forma, casi puede decirse, a su imagen. Con los procedimientos de todos los días y de todos los momentos auxilia o contraría el desarrollo de la naturaleza física, intelectual y moral del niño.

Si el maestro, para desempeñar con conciencia su misión, necesita estudios y conocimientos especiales, ¿cuánto más no debe necesitarlos ese maestro de todos los instantes, la madre, que enseña a hablar y a sentir, y a querer al niño? Cualquiera que sea la edad que el niño tenga cuando va a la escuela, aunque ésta sea la de párvulos, el niño ya no es una naturaleza virgen: la vida del hogar, la enseñanza de la madre ha impreso una dirección dada a las facultades embrionarias de la criatura, y más tarde, el

maestro encuentra en la madre el auxiliar más poderoso, si ésta sabe educar a su hijo, y el más temible obstáculo, si por su ignorancia es incapaz de comprender las exigencias de una buena educación.

Por otra parte, ¿no se comprenden desde el primer momento todos los males que pueden resultar de la ignorancia, cuando se trata de quien, por ley natural, vela por la existencia y modela el desarrollo del niño?

No dudamos del cariño maternal: para hacerlo tendríamos que desconocer las leyes fundamentales de la naturaleza humana, y que cerrar en nuestro corazón la fuente de nuestras más gratas, más puras y más inefables alegrías. ¿Pero el cariño destruye acaso la ignorancia?

¿Basta ser madre para conocer la naturaleza del niño, y los mejores medios de favorecer su desarrollo? ¿La intuición materna puede adivinar lo que la ciencia ha tardado siglos enteros en profundizar? La razón y la experiencia de todos los días demuestran que semejante suposición está completamente desprovista de fundamento.

¿Quién no conoce madres que adoran a sus hijos y que los educan mal? ¿Quién no conoce madres que adoran a sus hijos y que contrarían por ignorancia su desarrollo? ¿Quién no conoce criaturas débiles, entecadas, enfermizas, en su parte física, y atontadas, opificadas, en su parte intelectual, que han sido con-

ducidas a ese estado por un cariño tan profundo como extraviado en la ignorancia?

Al hacer estas observaciones tocamos una llaga viva y herimos, bien a nuestro pesar, sentimientos respetables y desgraciadamente hartos susceptibles. Seguros estamos de que habrá más de una madre que al leer el párrafo anterior habrá dicho en su interior de la manera más enérgica: «No es cierto».

¿Qué madre tiene la culpa de que su hijo sea débil y enfermizo? ¿Cuál es capaz de atontarlo? y, ¡oh aberración del escritor! ¿cuál pervierte la conciencia de su hijo?

Es sabido que las criaturas, como las plantas, necesitan aire puro y sol bastante para crecer y desarrollarse robustos; y, sin embargo, ¡cuántas madres, no por exceso de cariño, sino por ignorancia de las leyes naturales, y por tener cuidados que dan resultados contrarios, condenan a sus hijos a vivir respirando el aire malsano de habitaciones cerradas, sin dejar que los hiera y los vivifique el rayo del sol, y que hinche y expanda sus pulmones el aire fresco y puro de los campos! Así, ¡cuántas criaturas crecen como las plantas de invernáculo, pálidas, débiles, contrariadas! Entre los hijos del pueblo, a este respecto, la necesidad hace oficio de saber: los niños crecen más fuertes porque las madres no pueden tener con ellos esos cuidados excesivos que se encuentran a menudo en las clases pudientes. Y en esto hacemos sólo las observaciones generales. ¿Qué será si descen-

diésemos a los detalles? ¿A esas infelices criaturas, que se crían entre franelas, que se resfrían si el aire de la tarde les da en el rostro, y que se enferman si por acaso llegan a tocar en el suelo con el pie desnudo, o llega un rayo de sol a tocarle en la frente descubierta? ¡Cuántas reformas no introduciría en la crianza de los niños el que se diese a la mujer conocimientos, siquiera elementales, de la higiene de los niños, y de lo que se ha llamado medicina doméstica!

Con respecto a la parte intelectual, ¿quién no conoce criaturas que lloran a cada paso, que son voluntariosas, cuyo espíritu se atonta llamando *gracia* a todo cuanto dicen y hacen, y aplaudiendo, y festejando, y repitiendo hasta las más insípidas necedades? En esta materia, más acaso que en ninguna otra, se ve fácilmente la paja en el ojo ajeno, y no la viga en el propio.

Por eso nosotros preguntamos: ¿Quién no ha visto en hijos ajenos el defecto que acabamos de señalar? —¿Y quién no comprende que sólo el extravío de la ignorancia puede inducir a los padres a causar a sus hijos tan grave mal?

Es género que abunda las criaturas mal criadas, y entre éstas y las atontadas, no hay más que una pequeña diferencia, en muchos casos imperceptible. Es tanto más imperdonable ese error en los padres, cuanto que, si nada hay menos atrayente, menos simpático que un niño mal criado, nada hay que des-

pierte más interés, que guste más, que sea más lindo, como generalmente se dice, que un niño bien criado, que una criatura que se conserva en su puesto, y que embellece todo cuanto la rodea, con el encanto, con la poesía, con el perfume que se escapa, por decirlo así, de la naturaleza humana en sus radiantes y primitivos albores, cuando no ha sido contrahecha por los errores de la ignorancia y de la preocupación.

Y la misma ceguedad, que lleva a muchos padres a atontar la inteligencia de sus hijos, los lleva también a pervertir en ellos el sentido moral, sin conciencia de lo que hacen. — Todos los días vemos niños en quienes, desde temprano, se fomenta el torpe sentimiento de la venganza, aún cuando ésta se haga con formas que no parecen producir ese resultado. — Si un niño se cae, si pega contra una silla, y llora, para hacer que calle y satisfacerlo, se le dice que dé golpes a la silla; es una broma, es cierto, pero es una broma que despierta desde temprano en el corazón del niño el sentimiento mezquino de la venganza, y que lo acostumbra a creer que hay en el sufrimiento ajeno un consuelo para las desgracias propias. ¡Cuántos padres también no acostumbran a sus hijos a tener que darles algo; siempre que quieren obtener de ellos que hagan una cosa cualquiera! Así, la conciencia de lo justo, de lo que es bueno, de lo que debe hacerse porque es bien hecho, se ahoga al nacer en el espíritu del niño, y desde los primeros

pasos se le hace egoísta, pequeño en sus móviles, interesado, con ese interés raquíico que nos induce a buscar en todas las acciones un resultado positivo inmediato que satisfaga nuestras aspiraciones menos elevadas. — ¡Y cuántos padres hay que nunca encuentran una falta en sus hijos, con respecto a otros niños, que les dan siempre la razón, aun cuando se trate del caso, hartó general en los niños mimados, de que el hijo se haya apropiado de un juguete de otro niño y se niegue a devolverlo a su legítimo dueño! ¿No se pervierte así la conciencia de los niños?

Pero, cualquiera que sea el alcance y la importancia que se atribuya a estos errores cometidos en la crianza y educación de los niños, nadie desconocerá que habría gran conveniencia en hacerlos desaparecer por completo, dando a la mujer la educación especial que necesita para el buen desempeño de sus deberes como madre de familia. Y es eso tanto más necesario, cuanto que, salvo rarísimas excepciones, todas las mujeres, aún las que no son madres, desempeñan a menudo funciones maternas, interviniendo directamente en la crianza y la educación de los niños.

El carácter de la mujer, el cariño de las madres, las afinidades misteriosas que hay entre ésta y el hijo, hacen que sea la madre la que mejor puede cuidar y guiar al niño, cuando se encuentra en los primitivos albores de la vida; pero aquellas disposiciones

especiales de la mujer serán desarrolladas, robustecidas y perfeccionadas por una educación apropiada, y de dos mujeres que tengan el mismo amor a sus hijos y los cuiden con el mismo solícito afán, será mejor madre la que sepa mejor cómo atender a las necesidades del niño, cómo auxiliar su desarrollo, cómo preservar su salud y cómo enriquecer su embrionaria inteligencia.

JOSE PEDRO VARELA.



LIX.

Con amor del Cielo.

Jesús, cuando a tu presencia
Llego confusa y llorosa,
¡Con cuanto amor tu mirada
Me acaricia y me reprocha!
«¿Lo ves? parece decirme,
¡Cuán presto y qué triste tornas!
¡Qué pobre y turbada vienes,
Qué desolada y qué sola!
Cuantas veces te miraba
Correr ilusa y ansiosa,
Mi amante voz te decía:
¿A dónde vas, pobre loca?
Rosas de Mayo purpúreas
Te embriagaron con su aroma,
Y las rosas de este valle
Al tocarlas, se deshojan.
Ven acá, mi bienamada;
Torna, mi ovejuela, torna;
Y en mi Corazón herido
Tu herido pecho conforta».

Si, mi Jesús, a Tí vuelvo
Siempre agradecida y pronta,
Que al bien que no renunciamos
La vuelta no es trabajosa.
Es cierto que en mi camino
Bajéme a coger las rosas
Que por hacérmelo fácil
Derramó tu mano pródiga;
Y tanto en mi loco empeño
Acaricié su corola,
Tanto las llevé a mis labios
Sedienta y avariciosa,
Que una a una desprendida,
Cayeron todas sus hojas.

Mas si sólo me han quedado
Tallo y espinas, no importa,
Que es de razón se conviertan
Para mí, espinas en joyas,
Y con ellas me engalane,
Pues con ellas te coronas.

No me digas, Dueño amado,
Que llego a tus plantas sola,
Pues la imagen peregrina
Que esculpió tu luz hermosa
En el fondo de mi alma,
No se altera ni se borra;
Siquiera desposeída
De bellezas ilusorias,
Roto el soberano hechizo
Que la humana mente forja
Ávida de lo imposible,

Engañada y ambiciosa,
A mis ojos se presente
Cual si se trocara en otra;
Señor, que si a trueque vamos,
También mi parte me toca;
Ya que el amor de mi alma
Muda de vida y de forma.

Ya no es el amor que sueña,
Amor que espera y que goza;
Es el amor que bendice,
Amor que olvida y perdona.
Ya no es la luz meridiana
Que bellos espacios dora;
Es lámpara suspendida
Es la capilla recóndita,
Que ante el divino sagrario
Arde tranquila y devota.
Y no es el himno entusiasta
De vivas y ardientes notas
Que en la enramada resuena
Al despertar de la aurora;
Es la oración de la tarde
Poética y silenciosa.
Tal es el amor que enseñas,
Rey mío, el que Tú sancionas,
En el cual no hay desencantos,
Inquietudes ni zozobras;
Amor que a sí no se busca,
Sino que busca tu gloria;
Amor desinteresado,
Que sin quejarse, se inmola,

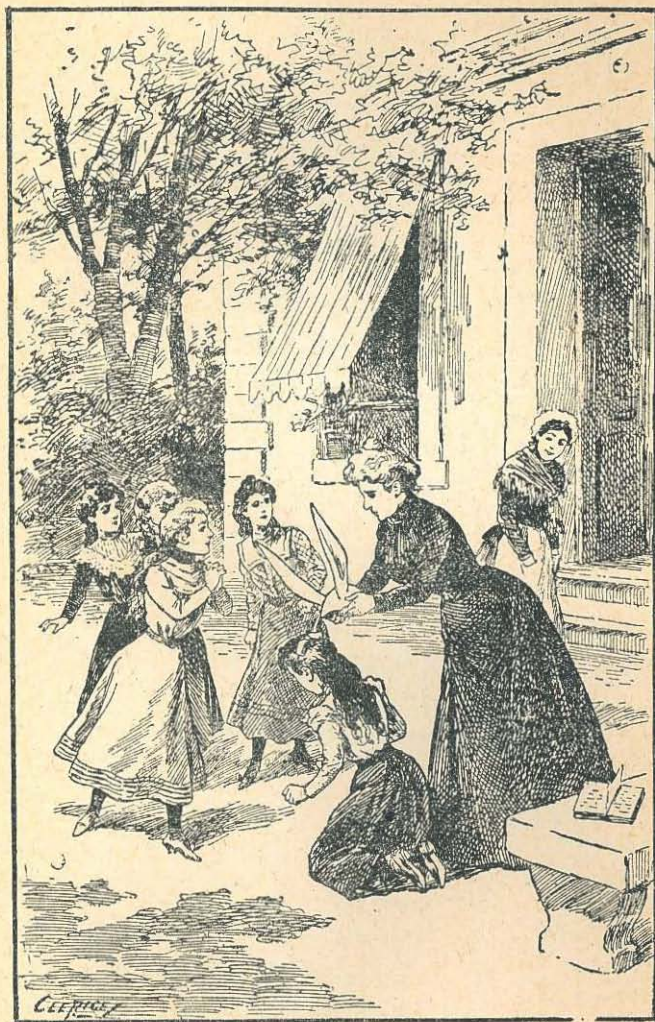
Que se depura y sublima,
Amor que impetra y que ora,
Porque del tuyo en la fragua,
Mi Dios, se temple y se forja,
Como rayo que a la tierra
Lanza tu misericordia.

AURORA LISTA.



SABER MENTIR NO ES VIVEZA

Zarzuela original en un acto.



PERSONAJES

LA MAESTRA.

CARLOTA.

ERNESTINA.

LUISA.

CIPRIANA.

UNA SIRVIENTA.



SABER MENTIR NO ES VIVEZA.

ZARZUELA ORIGINAL EN UN ACTO.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa el patio de un colegio; a los lados las clases.

ESCENA I.

Sale CARLOTA y CORO DE NIÑAS.

¡A jugar, a jugar compañeras!
Ya la clase por fin terminó.
Se acabaron las caras severas;
Ya no hay libro, deber ni labor.

*(Cuando llegan a estos versos sale ERNESTINA
y otra parte del CORO cantando).*

¡A leer, a leer, compañeras!
Si la clase por fin terminó,
La que es buena y estudia de veras
De los libros jamás se cansó.

Cantando los coros, las niñas que siguen a Carlota quedan mirando a las de Ernestina, entre las que se encuentran Luisa y Cipriana).

CARLOTA, *a las de Ernestina.*

¡Miren las hipocritonas,
Parecen que siempre estudian
Y al fin no salen, las pobres,
De burras, burras, reburras!

ERNESTINA.

Carlota, ya das comienzo
A tus cansadoras burlas.
¿Qué es lo que hacemos nosotras
Que tanto a ti te disgusta?

CIPRIANA.

Tan sólo porque estudiamos
Su envidia así nos insulta.

CARLOTA.

A ver si cierras la boca,
Que cuando la abres, rebuznas.

LUISA.

¡Qué modo de hablar, Carlota!
Tú no te corriges nunca.
Bien ha dicho la maestra
Que en la clase eres la última.

ERNESTINA.

¡Pobre, no le digas eso!...
Mírala cómo se ofusca.

LUISA.

Sí; la última, ¿no digo?

(Todas las niñas han formado coro mientras la sirvienta riega unas macetas sin ser vista y escucha atenta y disimuladamente).

CARLOTA.

Como la maestra es una...
Que no me puede pasar,
Dice eso porque es injusta.

ERNESTINA.

¡Eso no te lo permito!
Mal de la maestra ninguna
Delante de mí hablará.

CARLOTA.

¡El desparpajo me gusta!
¿Quién te ha dado a ti ese mando,
Princesa de la casucha?
No tomes aquí esos airs
Porque no pegan; si alguna
A mandar tiene derecho,
¡Esa soy yo, por mi cuna!
Tengo un tío que es un médico
De muy elevada alcurnia;

Un primo que es capitán
Y que fué herido en la última
Revolución, y mi padre
Que tiene una gran fortuna,
(La sirvienta oye y hace aspavientos).

Tres casas y cuatro estancias,
Dos quintas llenas de frutas,
Llenas de flores y nidos;
En cada quinta diez grutas
Y en cada gruta un arroyo
Que corre haciendo gran bulla
(Las niñas oyen con gran atención).

Arrastrando pececillos
Color de oro y de púrpura...
Tiene coches de seis ruedas
Como no se han visto nunca,
Y dos petisos chiquitos,
Son así. *(Indica el tamaño).*

TODAS.

¡Qué linda yunta!

CARLOTA.

En las tardes del verano
Salgo con ellos.

LUISA.

Si usas
Tanta riqueza, ¿por qué
Cual pobre vistes?

CARLOTA.

Preguntas

Una tontera; las niñas,
Mientras son chicas y estudian,
No deben de gastar lujo
Porque se distraen y ofuscan.
Así lo dice mi abuela
Que es persona muy sesuda.

(La sirvienta oye como antes).

Pero si no... ¡ya verías!
Los trajes de seda nunca
Me faltarían, sombreros
Con anchas cintas y plumas;
Botas de charol, bronceadas
Y de paño, tengo muchas
En casa, pero no quiere
Mi abuela que es muy sesuda,
Y hay que obedecerla...

CIPRIANA.

¡Tienes

Una abuela que es muy dura!

CARLOTA.

¡Ya lo creo! Ni juguetes
Quiere que traiga, y abundan
En mi casa por baúles
Muñecas trigueñas, rubias,
Que dicen mamá y papá,
Que tienen guantes, pelucas,

Enaguas y vestiditos
Y que hasta tocan la música.

CORO DE TODAS, *menos Ernestina.*

(*Cantando.*)

¡Qué bonitas, qué bonitas
Esas muñecas serán!
Tú eres muy rica, Carlota;
¡Ah! ¡cuánta felicidad!

ERNESTINA, *aparte.*

Yo no le creo ni pizca,
Pero no pensemos mal.

CARLOTA.

Y eso no es nada: ¡si vieran!...
Tengo un castillo, un bazar,
Un carrito con dos pipas
Llenas de agua, infinidad
De soldaditos de plomo,
Con jefes y general;
Las carpas y los fusiles,
Dos cañones de cargar
Con pólvora, y yo los hago
Cuando lo quiero pelear.
Tengo un títere, ¡qué títere
Más extraño y singular!...
Se le tira una cuerditita
Y ya se pone a saltar;

Primero la pierna izquierda
Levanta con gravedad
Y sacude la derecha
Como si fuera a nadar,
Y mueve luego los brazos
Con mucha celeridad,
¡Hasta que al fin su cabeza
Concluye por arrancar!

TODAS.

¡Pobrecito!

CARLOTA.

Si es de palo
Y nada le duele.

TODAS, *respondiendo*

¡Ah!

CARLOTA.

Y en seguida sobre el cuello
Se la vuelve a colocar.

CORO, *cantando.*

¡Qué bonito ese títere
Tan particular,
Que con una cuerditita
Puede saltar.
¡Yo lo quisiera

Para reirme un poco
Con sus lindezas!

LA SIRVIENTA, *mientras cantan.*

¡Ay, niña más mentirousa
Eu nunca en mi vida vieira!
As mentiras se le saltan
Cumu chispas de la lengua.

CARLOTA.

Y en fin otras tantas cosas
Curiosísimas y espléndidas
Que están muy lejos, muy lejos
De esa hipocritona necia.

TODAS, *cantando.*

Si yo fuera tan rica, tan rica,
Compraría juguetes sin fin;
La riqueza el contento duplica.

ERNESTINA.

¡El que es rico, no es siempre feliz!

CARLOTA.

¿Qué sabes tú?

ERNESTINA.

Yo sé mucho
Porque eso en mi casa enseñan:
La vanagloria del mundo,
Lo fútil de la riqueza,

Y a tener contenta el alma
Por medio de la paciencia.
Así me ves sin pesares
Al través de mi pobreza;
Yo no tengo como tú,
Ni juguetes, ni muñecas,
Ni tus cien pares de botas,
Ni tus vestidos de seda;
Pero no echo de menos
Tus títeres sin cabeza.
Siempre cumplo mis deberes
Y en el colegio me premian,
Porque estudio mis lecciones
Y tengo juicio y soy quieta;
Al paso que tú, con todo
Tu boato y tu riqueza,
No me adelantas; ¿por qué?
— Porque aquí soy la primera,
¡Mientras que tú, nunca sabes
Las lecciones sino a medias!
Yo que soy pobre y estudio
Las sé de pe a pa completas.

(Carlota, fuera de sí, pega a Ernestina. Ernestina al sentirse tocada devuelve el golpe y siguen peleando. Todas las muchachas se vuelven y ven que la que pega es Ernestina, menos Cipriana y Luisa que desde antes vieron que fué Carlota quien empezó. — Durante esto las más de las niñas se han diseminado, juegan y conversan separadamente sin escuchar este diálogo, excepto Luisa y Cipriana que están al lado de las contrincantes).

CIPRIANA.

¡Pero Carlota!

LUISA.

¡Ernestina!

TODAS.

No sean así... (*Después*). ¡La maestra!

ESCENA II.

DICHAS Y LA MAESTRA.

LA MAESTRA.

¿Qué ruido es ése? ¿qué hay?

(*Las niñas se van aquietando poco a poco*).

LA SIRVIENTA.

Esas niñas que pelean.

LA MAESTRA.

¡Con que pelean! ¿Y por qué?

TODAS, *menos Ernestina*.

Todo por una friolera.

CARLOTA, *a Luisa*.

Como digas que yo he sido
Luego te arranco una oreja.

CIPRIANA.

Fué... fué...

TODAS.

Fué porque Ernestina.

CARLOTA, a *Cipriana*.

¡Te voy a romper la jeta
En cuanto me acuses!

LA MAESTRA.

Pero al fin ¿qué hay?

TODAS, *menos Ernestina*.

Escuche,
Yo se lo diré
Con mucha claridad:
Fué... fué... fué... fué...
Por una necesidad.

LA MAESTRA.

Pero terminad.

UNA PARTE DEL CORO.

Fué porque Ernestina...
Fué porque Carlota...

(*Disputan y repiten*):

¡Carlota!

¡Ernestina!

LA MAESTRA.

Mirad que se agota
Mi paciencia ya.

UNAS.

¡Pero si fué Carlota!

OTRAS.

¡Pero si fué Ernestina!

UNAS.

¡Tú no sabes ni jota!

LA MAESTRA.

¡A ver si se termina
Este berengenal!...
Carlota y Ernestina
Que vengan acá.

CARLOTA Y ERNESTINA.

Presentes.

LA MAESTRA.

Muy bien
Ahora, ¿qué hay?

CARLOTA.

Fué Ernestina.

ERNESTINA.

No, señora.

LA MAESTRA, *a unas.*

Pues, ¿quién fué?

UNA NIÑA.

Fué Ernestina, yo la ví
Cuando le pegó a Carlota;
Yo jugaba a la pelota
En este rincón de aquí;
Oigo un ruido, me doy vuelta
Y veo a ésta, a Ernestina,
Que un cachetazo le suelta.

ERNESTINA.

No fué así.

LA MAESTRA.

La disciplina
Manda quedarse callada
Mientras habla un superior.
Más juicio sería mejor.
(A la niña que hablaba).
Tú continúa.

LA NIÑA.

Después
Carlota se sulfuró
Y ella también a su vez
Cachetazos le pegó.

LA MAESTRA, *a Ernestina.*

Por empezar, peleadora,
 En un rincón de rodillas
 Te quedarás una hora;
 Idos vosotras, chiquillas,
 Que no hable nadie con ella.
 Y tú, Carlota, si vuelven
 A pegarte, me lo avisas;
 Que las niñas no devuelven
 Los cachetazos.

CARLOTA, *entre sí.*

¡Qué risa!

(Vanse todas).

ESCENA III.

ERNESTINA Y LA SIRVIENTA.

LA SIRVIENTA, *para sí.*

¡Peru estu es una injusticia!
 Eu vi que fué la Carlota
 La que primeiro pegou.
 ¡Qué niña más mentirousa!
 Esta probe no ten culpa,
 La otra es a piliadora.
 Si eu non aubera entrado
 Hoy nesta casa otra cosa
 Sería porque eu dijera
 A verdade ¡sin señora!

Gujetes, vestidos y outras
Cousiñas dice que tiene...
Las ha tomado por bobas.
¡Grandezas! ¡ben as conozco!
¡Serví en su casa de tonta!
Son más pobretes... me deben
Todavía cuatro onzas
De ocho meses de trabajo,
Y si non salju ¡me doblan!
Como que apenas se come
Y viene acá la juasona
A decir que es rica... vamos,
Aunque me dijan chismosa,
Tenju que hacer que non quede
En penitencia esa moza
Con tanta injusticia, y sepan
Que aquella es la mentirousa
La harajana, la farsante,
La embostera y piliadora.
Y de ese modo me cobro
Un pouco das cuatro onzas
Que me deben en su casa
Y que non pienso en la bolsa
Ver nunca... ¡Con que, curaje!...
Aunque me dijan chismosa.

(Vase).

ERNESTINA, *cantando*.

Estoy injustamente
Penitenciada.

¡Ay! no siento la pena
Sino la fama,
Yo que nunca en la vida
Tuve una falta,
Verme hoy en el castigo...
¡Todo por nada!...

(Hablado).

Por nada, ¿cómo? no tal...
Yo la culpa también tuve;
Si ella primera hizo mal
¿Por qué el brazo no detuve?
Hay que sufrir con paciencia.
Y si la hubiera tenido
No estaría en penitencia
Ni nada habría sucedido.
¡Y todas me acusan! pero
Cuando empezó la pendencia
Me atropelló tan ligero
Que nadie lo vió. ¡Paciencia!

ESCENA IV.

LA MAESTRA Y DICHA.

LA MAESTRA.

Ernestina, ¡la verdad!
¿Fuiste tú la que empezó?

ERNESTINA.

No señora; no fui yo;
Fué Carlota.

LA MAESTRA.

Tu humildad,
Tu discreción premiaré;
Y en cuanto a Carlota, aquí
Un día entero pondré.

ERNESTINA.

Perdónela, ¡pobre! (*La maestra piensa*). ¿Sí?

LA MAESTRA.

No, es un ejemplo; después
A más de ser peleadora
Es una hipócrita, y es
Tan mentirosa que azora.
Mira, la nueva sirvienta
Hoy la oyó de lujo hablar;
¡Sirvió en su casa y me cuenta
Que no tiene ni un dedal!
Pero yo la compondré.

(*Llama, acercándose al fondo*).

Niñas, niñas, pronto ¡acá!

ESCENA ÚLTIMA.

TODAS Y DICHAS.

LA MAESTRA, *a Carlota*.

¿Con que tienes en tu casa
Mil juguetes y vestidos?...
Dime, ¿y de ese modo mientes?

CARLOTA.

Señora ¡yo no he mentido!

LA MAESTRA.

¿Aún persistes? ven y mira.
Hoy ha entrado a mi servicio
Esta sirvienta que ha estado
En tu casa...

CARLOTA, *entre sí.*

¡Ay, ay, qué he dicho!
¡Francisca acá!

LA SIRVIENTA.

Sí, seguro
Que sé lo que tienes. ¡Lindos
Juguetes! Vamos... mejore
Fuera non haber mentido...

LA MAESTRA.

Ya ves, Carlota, qué presto
Se descubre a un mentiroso
Y qué vergüenza tan grande,
Qué despreciable bochorno
Es el tuyo. Y cuando pienso,
Carlota, que eso no es todo
Lo malo que tú hoy hiciste
Sino qué...

CARLOTA.

¡Perdón imploro!

LA MAESTRA.

Vamos, ¿confiesas tu falta?
Pues bien, sí, yo te perdono,
Pero la culpa, el castigo
En cambio no te lo ahorro.
Es necesario un ejemplo:
Mentiras, calumnia, todo
Pagarás, teniendo puesto
Una semana este gorro
Con las orejas de burro.

TODAS.

¡Ay, que castigo espantoso!

LA MAESTRA.

Además, en los recreos
Estarás aquí de hinojos,
Y para empezar, en vez
De Ernestina te coloco
En el rincón y el bonete
Con las orejas te pongo.

LA SIRVIENTA.

¡Ay, qué bunitilla queda!

LA MAESTRA, *a todas.*

Dejen este patio solo.
Y tú, Ernestina, ¡al recreo!

LA SIRVIENTA.

¡Ay, qué bien le queda el jorro!

TODAS, *se van cantando.*

Ya Carlota pagó sus mentiras,
La calumnia Carlota pagó:
Que su ejemplo me sirva de mucho
¡Ay, que nunca como ella esté yo!



LA JUVENTUD DE SANTA CATALINA DE SIENA.

Melodrama en dos cuadros.



PERSONAJES.

CATALINA (edad quince años).

Doña LAPA BENINCASA, su madre.

Doña EGIDIA, amiga de Lapa.

LAURA, amiga de Catalina.

CORO DE ÁNGELES.

CORO DE VECINAS.

La acción pasa en Siena el año de 1362.



LA JUVENTUD DE SANTA CATALINA DE SIENA.¹⁾

Melodrama en dos cuadros.

CUADRO I.

La escena representa una cocina pequeña; fogón con campana; una mesa, bancos; estantes con cacharros; ollas y cacerolas sobre el fogón; arde el fuego, poca luz. — Una ventana lateral, practicable a la derecha; el fogón a la izquierda. La entrada al fondo.

ESCENA PRIMERA.

(Al levantarse el telón se oirá como una melodía lejana, suave. — Catalina, con el pelo corto y cubierta la cabeza con un velo, estará ocupada cerca del fuego, revolviendo las ollas, en que prepara la comida. La música debe oírse siempre que en este cuadro quede Catalina sola en la escena, y cesará en cuanto entre cualquier otra persona en la cocina).

CATALINA.

¡Pobre madre mía! su cariño la ciega! Cree que estos rigores podrán arrancarme del alma la vocación religiosa! ¡No se puede luchar contra Dios: es cosa de insensatos!... ¡Cuántas gracias tengo, sin embargo, que dar a mi madre, por su tratamiento: así siquiera me obliga a sufrir algo en cambio de las delicias celestiales que me embalsaman la vida!...

Veamos, que no se queme la sopa: atendamos por ahora a las cosas del cielo sin olvidar las de la tierra. (*Separa la olla del fuego*). Esto es para mi buen padre: él también está desolado con mi vocación y aprueba la conducta de mi madre para conmigo... No comprendo cómo el afecto terreno, el amor a una vil criatura como yo, les haga olvidar lo que deben al Creador... Si tienen vida, haberes y alegría ¿no se lo deben a Él?... ¿Y cuando Dios llama a sí a uno de estos hijos, al más indigno de todos, a mí, se hacen ingratos y le dicen: ¡no quiero!...? De veras, de veras, ¡no comprendo!

(*Queda pensativa*).

ESCENA II.

DICHA y DOÑA LAPA. (*La música cesa*).

DOÑA LAPA, *con amargura*.

¿Qué tal, caprichosilla; qué tal?

CATALINA.

Bien madre.

DOÑA LAPA.

¡Bien!... ¡siempre bien! mientras tus padres sufren por ti... soñamos con un porvenir brillante para la hija ingrata, y lo rehusa. La regalamos joyas y trajes espléndidos, ¡y los rehusa! Tenías los más hermosos cabellos del mundo, y hasta ese adorno dado por Dios mismo... lo has rehusado cortándolos...

CATALINA, *con dulzura.*

No madre, no los he rehusado, he hecho sacrificio de ellos al mismo Dios.

DOÑA LAPA.

Y a nosotros también nos has hecho el sacrificio de nuestro cariño rechazándolo constantemente, ¿no es cierto?... Quieres vestirme como una criada, quieres parecer una mendiga... pues, entonces, no pretendas llegar a la sala de nuestra casa... ¡tu sitio es la cocina!

(Vase furiosa).

ESCENA III.

(Así que sale doña Lapa, vuelve a empezar la música y se oye a lo lejos un Coro de Angeles).

CATALINA.

¡Madre mía!...

(Se vuelve a las ollas.)

CORO ANGÉLICO.

Paciencia, Catalina,

Alegra el Corazón;

¡Más cerca estás del cielo en la cocina,

Mucho más, que en las fiestas del salón!

Paciencia, Catalina,

Alegra el corazón...

CATALINA, *cayendo de rodillas, canta.*

¡Gracias, Señor!... ¡Del cielo

Me llega este consuelo!

Un éxtasis bendito
 Me inunda el alma
 De júbilo infinito
 Y de infinita calma!

(Se oye el Coro de nuevo).

CORO.

¡Alegra, Catalina,
 Alegra el corazón!...

CATALINA, *canta.*

¡Prefiero la humildad de la cocina,
 Mil veces más, que el fausto del salón!

(Hablando). ¡Ya lo creo! ¿qué ganaría yo con verme halagada por las lisonjas de todos, si para ello es menester perder la paz del alma? Porque si bien es cierto que se puede vivir santamente, porque en el mundo estamos, no es en medio de su desborde y su bullicio, ni cautivada por la vanidad de sus agasajos como se puede cultivar el alma cristiana... *(Se acerca a la ventana).* ¡Ahí está la ciudad... Torres... casas espléndidas... vamos! ¡ni aunque me dieran todo eso! ¿De qué me serviría todo ello, si pierdo uno solo de mis contentos íntimos?... ¡La ciudad!... ¡Y allí... más lejos... los célebres baños... centro de reunión del mundo... y de los otros dos enemigos del alma!... ¡Y decir que toda esa gente que allí se pierde, no tiene más que levantar los ojos para ver el cielo!

VOZ DE HOMBRE, *dentro*.

¡Catalina... la comida... pronto!

CATALINA, *como saliendo de un sueño*.

¡Mi padre!... Es cierto, ya es la hora... *(Sirve y vase por la puerta de entrada llevando las fuentes)*.

(Mientras Catalina se ausenta, penetra una viva claridad por la ventanilla y se oye de nuevo el Coro angélico cantar).

CORO DE ÁNGELES.

¡La flor de los prados
No tiene de su alma el perfume...
Ni tienen los astros del cielo
La célica lumbre
Que en su pecho de virgen cristiana
La virtud de los santos difunde.

ESCENA IV.

DOÑA LAPA Y DOÑA EGIDIA.

(Entran como continuando una conversación. La música cesa).
EGIDIA. *(Es algo mas vieja que doña Lapa)*.

Pues eso, querida Lapa: todas nosotras hemos sido jóvenes y tenido un poco de veleidades místicas; ¡pero... cuán pronto se desvanecen! El método que te propongo me parece excelente.

DOÑA LAPA.

Razón tienes, amiga mía: y aunque algún sacrificio pecuniario nos cueste, dispuestos estamos, mi marido y yo, a gastarlo todo con tal de arrancar tal locura de la cabeza de Catalina. ¡Cómo si no se pudiera servir a Dios lo mismo siendo buena esposa y obediente hija!...

EGIDIA.

Ya lo creo; pero ya verás cómo su estadía en los baños la disuade de su capricho religioso...

DOÑA LAPA.

¡Porque no es más que un capricho!...

EGIDIA.

Allí se rozará con damas joviales y alegres y con apuestos mancebos que la trastornarán el seso...

DOÑA LAPA.

Dificilillo me parece eso último, Egidia amiga, porque más apuesto y rico que el partido que le deparamos y rehusa a todo trance...

EGIDIA, *riendo*.

¡Bah! ¡bah! parece más vieja que yo. Si rehusa será porque no le gusta. Acuérdate de tus tiempos: no es el mejor mozo el que nos gusta, sino que el que nos gusta es el mejor mozo... ¡Ah! ¡ah! ¡ah!

DOÑA LAPA.

Razón tienes... sí, sí, así es, y mi Jacobo bien puede dar fe de ello... Con que nada, estoy decidida... ¡iremos a los baños!

ESCENA V.

DICHAS Y LAURA.

(Laura es joven y viste bien; entra corriendo y gritando).

LAURA.

¡Catalina! ¡Catalina! *(Cuando ve a las dos viejas, queda como suspensa, y luego con tono sumiso a Doña Lapa).* ¡Ah! ¡dispense Ud. señora! Creí que Catalina estaría aquí... y sola... si no, no hubiera dado esos gritos...

EGIDIA, *a. Lapa.*

Esa vecinita puede sernos de gran utilidad para llevar a cabo nuestro plan.

DOÑA LAPA.

Cierto. *(A Laura).* No tienes que disculparte, Laura: propio es de tu edad tal alegría juvenil y, casualmente, lamentábamos, yo y esta buena amiga, que le faltase eso a nuestra Catalina...

LAURA.

Sin embargo, nunca la he visto triste.

EGIDIA.

Sí, pero su alegría no es la que queremos.

DOÑA LAPA.

Desearíamos que el mundo la gustase más... que fuese como tú...

EGIDIA.

Y para ello hemos combinado un plan.

DOÑA LAPA.

¿Quieres darnos una manita?

LAURA.

¿Yo? ¿Y cómo? ¡Y para qué!

EGIDIA.

Para hacer la felicidad de Catalina...

DOÑA LAPA.

Ya ves que yo soy su madre... y yo no puedo querer más que su bien.

LAURA, *queda un momento pensativa entre sí.*

¿Quién sabe?

EGIDIA.

Y... ¿qué decides?

LAURA.

¡Pues bien! ¡hablad!... Estoy a vuestras órdenes.

DOÑA LAPA, *entusiasmada*.

¡Así me gusta!

EGIDIA.

¡Simpática muchacha!

LAURA, *confusa*.

Y ¿qué tengo de hacer?

DOÑA LAPA.

Poca cosa. Entusiasmárla, para que vaya a los baños dócilmente...

LAURA, *asustada*.

¡A los baños!

EGIDIA.

¿Qué te espanta?...

LAURA.

Que dada la fama, esos sitios donde no se vivé sino en fiestas mundanas, creo que será imposible convencerla...

EGIDIA.

Ta, ta, ta... imposible... para nosotras que somos viejas... pero ustedes, las mozas se entienden.

DOÑA LAPA.

Ciertamente. No tengas miedo... píntale los encantos de la temporada balnearia lo mejor que puedas, y en recompensa... te llevaremos con nosotros.

LAURA.

¡Oh, no pido recompensa alguna!... Ud., que es su madre, ¿no dice que es para bien de ella? Eso me basta: ¡la quiero tanto!

CATALINA, *desde adentro.*

Madre...

EGIDIA.

¡Ahí viene!

DOÑA LAPA.

Ánimo ¡a ver cómo sales!

LAURA, *para sí.*

¡Creo que mal!

ESCENA VI.

DICHAS Y CATALINA.

CATALINA.

Madre, papá te aguarda para la cena. ¡Oh Laura! ¿tú por acá? (*Las dos conversan.*)

DOÑA LAPA.

Voy, voy.— ¿Gusta Ud., Egidia? sí, sí, venga...

EGIDIA.

Iré por ver qué tal mano tiene Catalina para cocinera.

(*Catalina se ruboriza.*)

DOÑA LAPA, a *Laura*.

Vamos. (*Mirada de inteligencia*).

(*Doña Egidia la anima moviendo la cabeza hacia adelante, indicándole a Catalina. — Vanse*).

ESCENA VII.

CATALINA Y LAURA.

CATALINA.

Y bien... ¿qué dices, amiga mía?

LAURA.

(¿Cómo empezar?) Nada... deseaba verte y vine...
Luego se me ha ocurrido una idea... y...

CATALINA, *arreglando las ollas y platos*.

¿Una idea?...

LAURA.

Y venía a proponértela...

CATALINA.

¿A mí?... ¡ayudar algún pobre!

LAURA.

(¡Hum!) No... eso precisamente no... pero...

VOZ, *de adentro*.

Catalina.

CATALINA.

Es papá, que pide el segundo servicio... discúlpame... luego hablaremos.

LAURA.

Vé, vé...

(Catalina sale llevando otras fuentes).

ESCENA VIII.

LAURA, *sola*.

¡Qué alma angelical! ¡qué bondad! Me dan ganas de no hablarle ni jota de los baños... Pero me comprometí a ello... paciencia, probaré... pero si se enfada, le cuento todo... ¡Por nada, por nada querría perder su amistad!

ESCENA IX.

CATALINA Y DICHA.

CATALINA, *que vuelve con platos y fuentes*.

Aquí me tienes de vuelta... veamos de qué se trata.

LAURA.

Se trata de una cosa muy sencilla y al mismo tiempo muy entretenida... de un paseo.

CATALINA, *asombrada*.

¡De un paseo!

LAURA, *media cortada.*

Sí, que durará un mes.

CATALINA, *más asombrada aún.*

¡Un mes!

LAURA, *como quien cierra los ojos y atropella.*

Sí un mes: un paseo delicioso entre música y fiestas... llevaremos vestidos lujosísimos y tendremos apuestos acompañantes... nuestras madres irán con nosotros...

CATALINA, *la oye como atontada y repite:*

¡Nuestras madres!

LAURA.

Pasas aquí una vida tan encerrada... anímate... vamos...

CATALINA.

¡Vamos! ¿y a dónde?... ¿y para qué?...

LAURA.

¿A dónde? A los baños, Catalina, donde va la flor y nata de la sociedad y se goza de la vida...

CATALINA.

¡Ofendiendo a Dios!... *(La toma de la mano y la mira).* Laura, ven, ven aquí a la luz: ¿eres tú? ¡de veras que no te conozco!... Venir a invitarme a mí para...

¿Has perdido el juicio? ¿Sueño?... ¿Te has vuelto enemiga mía?... ¿Qué te he hecho?...

LAURA, *conmovida*.

¡Oh... nada, tú nada... perdón!... (*Cae de rodillas*).

CATALINA.

¿Qué haces? ¡Levántate!

LAURA, *levantándose*.

Perdóname Catalina, perdóname... no era yo quien hablaba... Poco ha tu madre y doña Egidia me arrancaron la promesa de que te entusiasmaría para ir a esos malditos baños, a los que yo tampoco no tengo ni pizca de ganas de ir...

CATALINA.

¡Ah! ¡comprendo!... Ya extrañaba que tú... Ven, sobre mi corazón... (*Se abrazan con efusión*).

ESCENA X.

DICHAS Y DOÑA LAPA Y EGIDIA.

(*Entran mientras se abrazan tiernamente*).

EGIDIA.

¡Bravo! ¡bravo, se han entendido!

DOÑA LAPA.

¡Qué felicidad!

LAURA.

¡Ya lo creo!... Como que yo tampoco quiero ir a esos baños...

DOÑA LAPA, *sorprendida*.

¿Qué dices?

EGIDIA, *sorprendida*.

¿Estás loca?

LAURA.

No, no; muy cuerda.

CATALINA.

Madre ¿por qué intentas arrancarme de esta tranquilidad en que ahora vivo: ya que no quieres que vaya al claustro, déjame aquí en la cocina, en la sombra...

DOÑA LAPA.

¿Persistes en tus locuras?

EGIDIA.

¡Qué extravagante!... ¡Yo la haría obedecer a mi modo! (*A Laura, haciendo señas de pegarla*).

DOÑA LAPA, *horrorizada*.

¡Oh no!... ¡Si lo que yo quiero es que no sufra!

EGIDIA, *levantando los hombros*.

¡Bah!... (*A Laura*). Y tú, ¡buena la has hecho!

LAURA.

Yo cumplí con lo prometido, pero Catalina me venció...

DOÑA LAPA.

¿Te venció? ¿eh?... ¿Te venció la testaruda?... Eso es lo que quiere... vencer a todos... a nosotros... a nosotras, a su padre y a mí nos vencerá también... y nos echará a la tumba...

¡Madre!

CATALINA, *afligida.*

¡Señora!

LAURA, *con reproche.*

¡Ya lo creo!

EGIDIA, *aprobando.*} (*Simultáneo.*)

(*En esto se oye la música y el Coro angélico, que parece ser oído únicamente por Catalina.*)

CORO ANGÉLICO.

¡Que tu alma no tema
Por su vocación!

¡Cielos!...

CATALINA.

¡Está en éxtasis!

LAURA.

¡Es lunática!

EGIDIA.

¡Nos matará!

DOÑA LAPA.

CORO ANGÉLICO.

¡Tus alas de ángel el mundo quema!
¡Tu arma y escudo será la oración!

CATALINA, *resuelta*.

¡Y bien... iré!

LAURA, *asombrada*.

¿Eh?

EGIDIA.

¡Ya decía yo... los baños!

DOÑA LAPA, *radiante*.

Gracias hijita, gracias. (*La abraza.*)

CATALINA, *a Laura*.

Sí... iré.

CORO ANGÉLICO.

¡Y tu arma y escudo será la oración!

(*Cae el telón.*)

CUADRO SEGUNDO.

La escena representa una sala en casa de los padres de Catalina.

ESCENA I.

CORO DE AMIGAS Y VECINAS.

UNA PARTE DEL CORO.

Al fin se levanta...

LA OTRA.

¡Oh, qué enfermedad!

PRIMERA Y SEGUNDA.

¡Si toda me erizo
Con sólo pensar!...

SEGUNDA.

Dicen que ha perdido
La antigua beldad.

PRIMERA.

¿De veras? ¡Ay pobre,
Qué fea estará!...

SEGUNDA.

Su cara de rosa
Marchita está ya...

PRIMERA, *con asombro.*

¡Su cara de rosa
Marchita está ya!

SEGUNDA.

Su cutis comido,
Horror nos dará.

PRIMERA.

¡Su cutis comido
Horror nos dará!

PRIMERA Y SEGUNDA.

¡Es cosa terrible
Tal enfermedad...
Eriza los pelos
Oirlo contar!...

ESCENA II.

DICHAS Y LAURA.

LAURA.

¡Silencio! ¡silencio! ¿No ven que aturden a la enferma con esos gritos?

TODAS.

¡Laura!... (*Pausa.*) Sí; tienes razón; pero nos ha impresionado tanto la enfermedad de la pobre Catalina...

LAURA.

¡Qué sería si la hubieseis visto, cuando yo la vi, con la cara toda brotada de horribles viruelas!... Y con qué paciencia y resignación las soporta...

UNA DEL CORO.

Veremos ahora que ha quedado tan desfigurada si demuestra la misma resignación...

OTRA.

Sí; porque una cosa es dolor, y otra la fealdad.

TODAS, *menos Laura.*

¡Ya lo creo!... ¡Quedarse tan fea!...

LAURA.

Veréis como será lo mismo: la única belleza que Catalina desea conservar es la del alma.

CORO.

No digo que no...
¡Pero está por ver!
Pues creo que yo
Y toda mujer,

Por buena que sea
 Ser fea no quiere...
 Si sabe que es fea,
 ¡Se muere, se muere, se muere!

LAURA.

¡Qué frívolas sois! ya veréis como tengo razón.
 Dentro de poco saldrá Catalina. (*Por irse.*) Voy a ayu-
 dar a vestirla. (*Volviendo.*) ¡Ah! (*A ellas.*) No hagais ba-
 rullo, porque el médico ha recomendado el silencio.

TODAS, *gritando muy recio.*

¡Pierde cuidado!...

(*Laura vase.*)

ESCENA III.

• CORO, Y DESPUÉS DOÑA EGIDIA.

CORO. — PRIMERA.

La veremos.

SEGUNDA.

La veremos.

PRIMERA.

Y no quiero pensar mal.

SEGUNDA.

Pero por santa que sea...

PRIMERA Y SEGUNDA.

¡No se ha de conformar!

EGIDIA, *entrando*.

¡Ay! niñas, ¡qué gritería! ¡Cómo se conoce que estáis en los quince abriles!

TODAS, *entre sí*.

¡Ya viene esa vieja antipática! (*A ella*.) Doña Egidia... dispense Ud.

EGIDIA.

Nada, nada, ¿qué he de dispensarles?... para eso es la juventud, para vivir alegre.

TODAS.

Tiene razón.

EGIDIA.

No para hacer como esa tonta de Catalina, que se ha resistido a divertirse cuando tenía buena cara, y ahora...

TODAS.

¡Es cierto!

EGIDIA.

Nada... Una muchacha debe reír, cantar y bailar, y pasar la vida lo más alegremente que pueda.

TODAS, *entre sí*.

¡Qué viejita tan simpática!

EGIDIA.

Ya vendrán los días tristes... cuando seais viejas como yo... ¡si os sucede lo que ha Catalina!

TODAS.

¡Qué horror!

EGIDIA.

No, no os lo deseo. Es una enfermedad muy atroz; yo soy vieja y todo, y tiemblo. Con deciros que desde que la pobre cayó en cama no he aportado por aquí... de miedo al contagio...

UNA DE ELLAS.

¿A la vejez, viruelas?

EGIDIA.

¡Atrevida! ¿Quién ha sido? ¿quién? (*todas rien.*)
(*Enfurecida.*) ¿Os burlais? Sois unas mal criadas, unas insolentes... ¡zaparrastrosas! (*Vase.*)

CORO, *recio.*

¡Qué vieja antipática! ¡uf!...

ESCENA IV.

(Al desaparecer Egidia, óyese levemente la melodía angelical del primer cuadro, y va en crescendo hasta que se abren las puertas de la habitación de Catalina y entra ésta apoyada en su madre y Laura. — Mientras esto sucede, el coro, como si no oyera la música, seguirá haciendo críticas y bur-las de Egidia. Sólo al oír que se abren las puertas exclamará.)

CORO.

Ahí está... *(Entre ellas.)* ¡Pobrecita! *(Fuerte.)* ¡Catalina!... *(Entre ellas.)* ¡Qué horror!

CATALINA, *que no estará muy desfigurada; sólo debe llevar en la cara ese rojo crudo que dejan en el cutis las viruelas.*
¡Amigas mías!...

DOÑA LAPA.

Siéntate, hija, siéntate, no, ahí no; aquí, aquí; este sitio es más cómodo.

(Laura y algunas del coro se apresuran a ayudar a sentarla.)

CORO.

El verte ya libre
De tu enfermedad,
El verte ya buena
¡Qué gusto nos da!

(Entre ellas como cuchicheo.)

Pero es una pena
Lo fea que está...

DOÑA LAPA.

No hagan tanto ruido, está muy débil: la atolondran.

CATALINA, *a Laura.*

Dime, Laura, ¿estoy muy desfigurada? Alcánzame un espejo; quiero verme.

DOÑA LAPA.

(¡Se preocupa de su cara! ¿Será posible que la enfermedad la haya cambiado más que nuestros consejos?)

LAURA.

Corriendo voy. (*Entra.*)

CORO.

Pide un espejo... se quiere ver... la que sólo del alma se preocupa... ¡hum!

LAURA, *volviendo con un espejo ovalado y con mango.*

Aquí lo tienes.

DOÑA LAPA.

(¡Qué cambio tan repentino!)

CORO.

(Observémosla.)

CATALINA, *toma el espejo, con desgano, y se mira.*

¡Gracias, gracias Dios mío, gracias por haberme enviado esta enfermedad que me ha transformado el rostro!...

DOÑA LAPA Y CORO.

¿Qué dice?

CATALINA.

Madre...

DOÑA LAPA.

¿Qué quieres, hija mía?

CATALINA, *sonriendo.*

Supongo que ya no tendrás ideas de casarme... ¡con esta cara!

DOÑA LAPA, *confusa.*

No hables tonterías. (¡Me engañé!)

CORO.

(¡Chasco nos dimos; siempre es la misma!...)

(*Catalina, después del esfuerzo que ha hecho, siente un mareo y se sienta.*)

DOÑA LAPA.

¡Catalina! ¿qué sientes?... ¿qué sientes?...

CATALINA.

Nada, madre... poca cosa, un vértigo... será el ruido.

DOÑA LAPA.

Mejor será que te retires...

CATALINA.

Sí... Laura, acompáñame.

(Vanse.)

UNA DEL CORO.

Y nosotras también nos retiramos... ya la hemos visto...

CORO.

Vamos... que nuestros quehaceres nos reclaman.

(Cantan saliendo.)

Hasta luego doña Lapa...

Que avance la mejoría...

ESCENA V.

DOÑA LAPA Y EGIDIA.

(En cuanto sale el coro, entra Egidia toda sofocada.)

EGIDIA, como mirando al coro.

¡Insolentes... canallas!

DOÑA LAPA.

¿Pero qué pasa, Egidia?

EGIDIA.

¿Qué me ha de pasar?... que esas muchachuelas... que hoy me llamaron... ¿querrás creerlo?... me llamaron vieja... me lo han vuelto a repetir...

DOÑA LAPA.

No las hagas caso...

EGIDIA.

¡La sociedad va de mal en peor!... En nuestro tiempo...

DOÑA LAPA.

Eramos lo mismo... Pero dime: ¿qué te has hecho en tanto tiempo?...

EGIDIA.

¡Ah! tienes razón... a eso venía... después de nuestro fracaso de los célebres baños en los que tu Catalina salió convirtiendo a Dios a muchos mundanos, sin que logran nuestros esfuerzos arrancarla de su locura de la vocación...

DOÑA LAPA.

No me hables de eso.

EGIDIA.

... En fin, no nos hemos visto. ¡Qué quieres! soy muy aprensiva... y la enfermedad que atacó a Catalina me horroriza...

DOÑA LAPA.

Egidia... ¿a la vejez viruela?...

EGIDIA, *enojada*.

¿Tú también?

DOÑA LAPA.

Yo creo que te lo puedo decir... como que somos de una misma edad...

EGIDIA.

Pero no viejas... Vengo a ver... a Catalina y...

DOÑA LAPA.

En este momento está en su cuarto... pasa.

EGIDIA.

¿En el cuarto donde estuvo enferma? ¡Ah!... no... tengo miedo... si pudiera mirar por el ojo de la llave.

DOÑA LAPA.

Es esa puerta, mira... si puedes mirar. (*aparte*)
¡Qué vieja tonta!...

(*Egidia mira, da un grito y retrocede.*)

DOÑA LAPA.

¿Si se habrá vuelto loca? ¿Qué te pasa?

EGIDIA, *horrorizada.*

La que creo que está loca es tu hija... Mira...
mira.

(*Doña Lapa mira.*)

EGIDIA.

La ves con las espaldas descubiertas... castigán-
dose...

DOÑA LAPA.

Horror... y la sangre le chorrea... (*Golpeando la puerta.*)
¡Catalina! ¡Catalina!

CATALINA, *dentro.*

Voy... madre, voy.

DOÑA LAPA.

Y Laura que la ha dejado sola sin advertirme...
¡Catalina!

ESCENA VI.

CATALINA Y DICHAS.

DOÑA LAPA.

¡Cruel... cruel!... todo lo he visto... te deshaces,
te matas...

EGIDIA, *impresionada.*

¡Qué horror!

DOÑA LAPA.

Así no puede durar... Si eso es por causa de tu vocación... no quiero, no, no quiero que te martirices más... ¡entra en el convento!...

EGIDIA.

¡Qué horror!...

CATALINA, *abrazando a su madre.*

¡Madre!

DOÑA LAPA.

Ingrata... (*reaccionando.*) ¡Hágase la voluntad de Dios!...

CATALINA, *cae de rodillas.*

¡Gracias, Señor!

(*Se oye el Coro angélico mientras cae el telón.*)



ÍNDICE

I. Ramillete de la Joven.....	7
II. El caer de la Tarde.....	15
III. El Sol.....	19
IV. La niña María Luisa.....	24
V. El premio a la Caridad.....	25
VI. Manuela Pedraza y otra patriotas.....	28
VII. Fe, Esperanza y Caridad.....	32
VIII. El Ángel de la Guarda.....	35
IX. Historia de una Tetera.....	37
X. La Araña y la Oruga (fábula).....	45
XI. La Luna.....	48
XII. La Niña honrada.....	51
XIII. Beneficencia.....	52
XIV. El Amor propio.....	59
XV. Un Arma.....	63
XVI. Orfandad.....	67
XVII. Santa Rosa de Lima.....	69
XVIII. La Falsedad.....	74
XIX. La Margarita.....	77
XX. La Ardilla, el Dogo y el Zorro.....	84
XXI. Las Estrellas.....	88
XXII. La Rosa de sí misma enamorada (apólogo).....	90
XXIII. La viuda de Zehra.....	93
XXIV. Una Ofrenda a la Virgen.....	98
XXV. Humildad y Soberbia.....	100
XXVI. La Tumba y la Rosa.....	105
XXVII. La Oración.....	106
XXVIII. La perfecta Hermosura.....	113

XXIX. Los Relojes.....	115
XXX. El «Padre Nuestro» (cuadro nocturno).....	122
XXXI. Sor Juana Inés de la Cruz, célebre poetisa.....	125
XXXII. A la muerte de una Joven.....	128
XXXIII. Sor Teresa.....	132
XXXIV. El Lirio.....	139
XXXV. El Jardín encantado (primera parte).....	142
XXXVI. El Jardín encantado (conclusión).....	154
XXXVII. Las Abejas.....	164
XXXVIII. La Madre de Esteban el Grande.....	166
XXXIX. La vuelta de las Golondrinas (fragmento).....	172
XL. Andrea Bellido.....	177
XLI. El Oro y el Hierro.....	179
XLII. Los Muebles (primera parte).....	184
XLIII. Los Muebles (conclusión).....	189
XLIV. La Sátira y la Burla.....	194
XLV. La más dichosa.....	195
XLI. La Inocencia.....	202
XLVII. Fidelidad en la desgracia.....	204
XLVIII. La Calumnia.....	210
XLIX. Remedios Escalada de San Martín.....	212
L. La Fe.....	216
LI. Los Paños (primera parte).....	217
LII. Los Paños (conclusión).....	224
LIII. La Limosna.....	229
LIV. El Mes de María.....	231
LV. Á la santa Cruz.....	236
LVI. Noemia.....	238
LVII. Meditación.....	250
LVIII. La Madre de familia.....	252
LIX. Con amor del Cielo.....	259
SABER MENTIR NO ES VIVEZA, zarzuela original en un acto...	263
LA JUVENTUD DE SANTA CATALINA DE SIENA, melodrama en dos cuadros.....	285



Teatro Inf

Como su título indica, se trata de comedias destinadas a niños, teniendo gran esmero en el lenguaje, cuidando el lenguaje en forma y el fondo, a la vez que educativa.

moso tomo
le Sartori.

álogos y
autor ha
obrita,
es: la
nte útil

ficha
805

Monólogos, Diálogos y Comedias

para niños,

Coleccionados por CLEMENTE B. GREPPI.
Un tomo rústica.

Constituyen esta colección varios monólogos, diálogos y comedias, muy en armonía con la capacidad intelectual de los pequeños actores a que están destinados, que consideramos recomendable a la atención de los maestros.

La Patria en la Escuela, por VICTORINA MALHARRO.

Recitaciones patriótico-
escolares para niños. Un tomo cartulina, cubierta en colores.

Escrito con sencillez a fin de hacerlo comprensible a los niños, *La Patria en la Escuela* presenta una serie de recitaciones en prosa y verso, algunos monólogos y dramitas patrióticos, formando un libro recomendable a los maestros como un auxiliar para completar esta parte de la educación de la niñez.

Azules y Blancas, Colección de comedias infantiles.

Un tomo en rústica.

La extraordinaria y creciente aceptación que de parte de los señores profesores va mereciendo el cultivo del diálogo que tanto facilita la soltura de los niños y el desenvolvimiento de sus facultades de expresión, nos indujeron a publicar esta lindísima colección de 12 comedias patrióticas para niños y niñas, que por su índole predisponen el corazón infantil al gran amor que han de profesar a la patria y cuanto con ella se relaciona.

CABAUT y C^{IA}, Editores ✕ Buenos Aires

Gobierno, Administración e Higiene del Hogar ≡≡

Por ANGEL C. BASSI.

Un tomo en tela, ilustrado.

Corresponde la obra, cuyo título antecede, al curso de Ciencia Doméstica dictado por el autor en el Liceo de Señoritas anexo a la Universidad Nacional de La Plata, y se halla por completo adaptado a las exigencias modernas del hogar, siendo una obra de excepcional valor pedagógico.

La Epopeya Patria

Poema histórico por JULIÁN DE CHARRAS.

Un tomo de lujosa presentación, ilustrado.

Pocas obras ofrecen tan justificado interés como ésta, en el doble aspecto educativo y literario.

Las admirables e inspiradas estrofas, en que el autor canta los cien primeros años de vida de nuestra gloriosa nación, la Epopeya Patria, encierran bellezas admirables para el aficionado a la lectura y ofrecen un material abundante a los profesores, para la enseñanza de la declamación a los alumnos, así como para efectuar lecturas públicas en fiestas escolares, aniversarios patrios, etc. Es obra ésta que recomendamos especialmente para regalos y premios, a cuyo fin le ha sido dada una presentación primorosa, a la que contribuyen las artísticas ilustraciones de Hohmann, que la adornan.

“Librería del Colegio” ≡ Alsina y Bolívar

22093
R. FRAGUEIRO

LA NIÑA
ARGENTINA

Serie Tercera

LL
1915
FRA